

Chrétien de Troyes

El Caballero del León

Biblioteca Medieval Siruela



Chrétien de Troyes

El Caballero del León

Edición de Marie-José Lemarchand

Epílogo de Heinrich Zimmer



Ediciones Siruela

1.ª edición: mayo de 1999
2.ª edición: septiembre de 2001

Título original: *Li chevaliers au lion*
En cubierta y contracubierta: miniatura del fol. 65
del ms. fr. 1433 de la Biblioteca Nacional de París.
Las láminas interiores constituyen ocho
de las diez miniaturas que iluminan el código

Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart
Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela
© De la introducción, traducción y notas, Marie-José Lemarchand
© Del epílogo, Ediciones Paidós, Barcelona 1999
(Heinrich Zimmer, *El rey y el cadáver*,
traducción de María Tabuyo y Agustín López)
© Ediciones Siruela, S. A., 1984, 1999
Plaza de Manuel Becerra, 15. «El Pabellón»
28028 Madrid. Tels.: 91 355 57 20 / 91 355 22 02
Fax: 91 355 22 01
siruela@siruela.com www.siruela.com
Printed and made in Spain

Índice

Introducción	
Marie-José Lemarchand	9
Nota sobre la traducción	19
<i>El Caballero del León</i>	21
Notas	139
Bibliografía	145
Epílogo	
Heinrich Zimmer	149

Introducción

Marie-José Lemarchand

Mi señor Yvain, siempre seguido del león y de la doncella, se adentra en el vergel, donde ve, tumbado encima de una tela de seda, reclinado sobre el codo, a un hombre vestido con gran riqueza y, delante de él, a una doncella que iba leyendo una novela —no sé de quién ni de qué trataba—, y para escuchar esta lectura, que iba siguiendo recostada, había acudido una dama.

(vv. 5352-5361) [pág. 116]

Con este cuadro intimista, Chrétien de Troyes nos deja con la duda de si ha pretendido retratarse, no con el pincel de miniaturista con que iluminó la escena, sino acaso con el distanciamiento burlón que introduce el comentario del narrador omnividente. El inciso «no sé de quién ni de qué trataba» tal vez sugiera que la novela que está leyendo la doncella podría ser una de las obras del propio canónigo de Troyes, e incluso, quizás, *El Caballero del León, opera nascendi*, cuyos fragmentos serían leídos a medida que se progresaba en su composición, como era práctica corriente en los círculos cortesés.

Nos dejara o no Chrétien, a modo de retrato¹, una alusión a su persona, esta miniatura, una de las muchas engarzadas en el texto, nos servirá de punto de partida para adentrarnos en su novela. Silueta huidiza la del autor, que se aleja de su obra de puntillas y por la puerta trasera, como el personaje del fondo de *Las*

¹ Retrato en clave, en el sentido que tenía este juego literario en los salones preciosistas de épocas más tardías, donde, como en la *Chambre des Dames* del Medievo, se iban leyendo las novelas.

meninas, porque tan poco o nada es lo que sabemos del canónigo de Troyes; sólo podemos situarlo gracias a las dedicatorias que escribió a sus mecenas en el prólogo de algunas de sus obras, cuyas fechas de composición también quedan algo imprecisas². En efecto, en *El Caballero de la Carreta* (compuesto hacia 1177-1178), Chrétien afirma que escribió su novela obedeciendo al requerimiento e indicaciones de la condesa María de Champaña, que no era otra que la hija de Leonor de Aquitania y del rey Luis VII de Francia. Siguiendo el ejemplo de su madre, la condesa convirtió la corte de Champaña en lugar privilegiado de creación de la literatura cortés: Troyes llegaría a ser, junto con el reino anglo-normando, es decir, Aquitania y la corte insular de los Plantagenet, uno de los centros de difusión de la cultura a lo largo de todo el siglo XII. Allí, Chrétien, el primero de los *trouvères*, o poetas de la lengua de *oïl*, se inició en la lírica provenzal, tradujo varias obras de Ovidio, descubrió la maravillosa materia de Bretaña, fuente de inspiración de sus novelas artúricas (luego imitadas a su vez en versiones populares, como la versión galesa del siglo XIV glosada a modo de epílogo por Heinrich Zimmer), e incluso, a través de su protector, Enrique de Champaña, que mantenía relación con la corte de Constantinopla, pudo desarrollar unas obras de marcado carácter oriental y bizantino, como *Cligés* y *Guillermo de Inglaterra*.

No lamentemos esa falta de datos sobre el autor porque nos queda su obra, una de las más ricas de la literatura medieval europea, y, en concreto, *El Caballero del León*, un texto que sigue apasionando tanto a estudiosos como a lectores de todas las edades (véase en la Bibliografía la reciente publicación de libros de cuentos y juegos sobre *Yvain*). Por todo ello, resulta un reto dar unas claves de interpretación dentro del marco de una breve introducción.

Pero volvamos a la miniatura del principio: nos recuerda esta descripción que, en los textos medievales, lectura y escritura eran

² Aunque no exista una cronología segura de sus obras, éstas suelen situarse entre 1170 (*Erec*), 1176-1181 para las tres novelas siguientes (*Cligés*, *Lancelot* e *Yvain*) y alrededor de 1184 para *Perceval*. Últimamente C. Luttrell ha propuesto unas fechas más tardías para las cinco novelas.

difícilmente separables. En primer lugar, porque el lector generalmente no era tal, sino más bien oyente, y andaba al acecho de un texto leído en alta voz; luego porque cada obra se escribía a modo de glosa o comentario sobre lecturas de obras anteriores, eslabones de una larga cadena textual de manuscritos.

Esto que advertía Montaigne, que hay más libros sobre libros que sobre cualquier otro tema, pues no hacemos más que glosas sobre glosas³, la Edad Media lo intuyó y usó como método creativo, retomando todo un legajo de textos según el principio de la *translatio studii*, y así puede entenderse la obra de Chrétien de Troyes como el entretejer de varios temas y texturas. Del legado clásico, tan presente en el siglo XII —siglo de renacimiento humanista *avant la lettre*—, retoma Chrétien la influencia ovidiana: pone en romance⁴, al estilo de la doctrina cortés de los leales amantes, unos mandamientos amorosos, cuyas reglas codificadas unos años más tarde por otro autor de la corte de Champaña, André Le Chapelain, inspiran los debates amorosos de la obra.

Además de la influencia clásica que se tiñe de *fine amor*, sutilezas cortesas que recuerdan un proceso de refinamiento a modo de alquimia amorosa, el tercer motivo presente en el texto es la materia de Bretaña, la famosa leyenda artúrica. Del mismo modo que la dinastía de los Capetos recurre a las proezas de la gesta carolingia para afirmarse como retoños de la gigantesca figura del emperador Carlomagno —una recuperación efectuada a la sombra de la abadía de Saint-Denis, guardiana del poder teocrático—, análoga función parece tener el santuario de Glastonbury, identificado con Avalón en la gesta artúrica⁵. El rey Arturo, su padre Uterpendragón y su tan deslumbrante como diabólica parafernalia de hadas, mujeres serpiente, profetas y

³ «Il y a plus à faire à interpréter les interprétations qu'à interpréter les choses; et plus de livres sur les livres que sur tout autre sujet; nous ne faisons que nous entregloser» (*Essais* III, XVIII).

⁴ En el prólogo del *Cligés*, al enumerar las obras que ha compuesto, alude a los *Remedia Amoris* y al *Ars Amandi*, que puso en lengua romance: «...et les comendemanz Ovide / et l'Art d'Amors an romanz mist (vv. 2-3)».

⁵ Allí se «descubrirían», bajo el reinado de Enrique II, los cuerpos del rey Arturo y de la reina Ginebra.

dragones fueron utilizados por la casa real anglonormanda para legitimar el origen extranjero de la monarquía, recurriendo más allá de los fundadores de la dinastía sajona a un fabuloso mundo celta. El artífice de una operación político-literaria común a varios césares fue en este caso Geoffrey de Monmouth, que con su *Historia regum Britanniae*, escrita hacia 1135, fabricó una tradición monárquica apoyada en la abadía de Glastonbury.

Para entender la relación entre el uso político de la leyenda artúrica y el novelista de Champaña, conviene recordar qué casas reales y principescas constituían la Francia del siglo XII. La Corona de Francia, encarnada en la dinastía de los Capetos, se enfrentaba en su reducido ámbito a tres grandes vasallos rebeldes: la familia de los Plantagenet, cuyo papel era preponderante, pues, aparte de su feudo angevino, ocupaba el trono de Inglaterra, y las casas de Champaña y Flandes. Por tanto, si Chrétien de Troyes escribe al servicio de los representantes de la alta feudalidad, como la condesa de Champaña, vinculada a su vez a la dinastía anglonormanda, porque era hija de Leonor de Aquitania, y como el príncipe Felipe de Flandes, no resulta casualidad la reapropiación de la leyenda artúrica por parte del creador de la novela cortés.

En su análisis de los antagonismos ideal / realidad con los que define la novela caballeresca, Erich Köhler profundiza en esta utilización del mito, señalando cómo el carácter ideal del reino artúrico permite reagrupar los intereses dispares de una nobleza amenazada por el afianzamiento de monarquías nacionales, que inician una dinámica de centralismo, base del futuro Estado moderno. Los personajes de las novelas de Chrétien —y muy especialmente Yvain— protagonizan unas virtudes caballerescas acordes con esas cortes principescas, que se oponen al nuevo sistema de valores: a saber, la largueza o generosidad del don sin contrapartida frente a la codicia y el cálculo de valores contables; el vasto ámbito de la aventura frente al recinto de los feriantes, que plantan sus tiendas y puestos de transacción ante las mismas barbas de los señores de Champaña; mientras ellos, reclinados en paños de seda, escuchan las novelas de Chrétien, nace en sus puertas el nuevo mundo del crédito con el pagaré, que florenti-

nos y sieneses introducen en las ferias de Troyes⁶ para llevarse los famosos *panni francesi*.

El concepto de «trabajo», alabado por Juan de Salisbury, y que defiende en su *Policratus* (1159), figura en cambio en *El Caballero del León* como símbolo de degradación social, pues, como en otras ficciones, aparece el caballero privado de su misión guerrera y reducido por maleficio a *laborator*, o, en nuestro caso, a cazador; descripción que pertenece todavía al universo fantástico, puesto que en la realidad la nobleza feudal, si bien andaba amenazada por la nueva situación económica, conservaba aún un inmenso poder. Faltan unos siglos para que la imagen de un caballero convertido en labrador pueda ajustarse a una realidad social circundante, y entonces sí resultará paródico que quien vive como un campesino quiera ejercer de gentilhomme⁷. Así don Quijote, que viviendo como un labrador sueña con ser caballero, es prueba del mayor extravío, pues, como advertía el infante don Juan Manuel: «El mayor yerro que ome puede fazer es en no conoscer ni guardar su estado». En la obra de Chrétien, en cambio, por constituir el trabajo una subversión de los valores aristocráticos, adquiere dimensiones fantásticas uno de los episodios más famosos, el del taller de las hilanderas, que resulta ser lugar de maldición no sólo por la miseria de los sueldos de las obreras, sino por la alienación que supone para unas doncellas el estar sujetas a tan indigna condición.

Mutaciones ligadas al surgimiento de una economía monetaria transformaron la sociedad del siglo XII, especialmente a partir de su segunda mitad —periodo que antecede en muy poco a la producción literaria de Chrétien—, y llevaron a una nueva definición de los conceptos de «riqueza» y «pobreza». Nació entonces una nueva teología del pobre, que, colocado en el último peldaño de la escala mística, se vuelve ahora instrumento de salvación para su rico benefactor. Desde esta perspectiva, el Caba-

⁶Sobre la importancia de las ferias de Champaña y el papel de Troyes como «domicilio de cambio de Europa», véase H. Pirenne, *Histoire économique et sociale du Moyen Âge*, págs. 87-88 (véase Bibliografía).

⁷Cf. el capítulo VI de *Mimesis* de E. Auerbach dedicado a «La salida del caballero cortesano».

llero del León, libertador de famélicas doncellas, ilustra a la perfección ese nuevo código de valores: con esta proeza, Yvain queda retratado como el representante del orden divino, y así se puede entender el comentario medio irónico de Chrétien al describir el júbilo de las doncellas: «y no creo que al mismísimo Creador, si hubiera bajado del cielo, lo habrían acogido con tanta alegría» (vv. 5772-5777) [pág. 122].

En la fusión de los códigos monásticos con los caballerescos, la *humilitas* figura como mayor virtud, unida a la *caritas*, que hará del último protector de Chrétien, Felipe de Flandes, a quien dedicó su *Perceval*, un caballero cristiano sublime. Aunque *El Caballero del León* sea una obra de significación más profana, algo apunta de este servicio caballeresco hacia el más humilde o desfavorecido. Código que se extiende también en beneficio de una subnobleza empobrecida, como el valvasor, último peldaño de la jerarquía feudal pero que encarna en la novela, como en otra obra de Chrétien, *Erec*, todos los valores propios del linaje, aparente paradoja que se explicaría por la exaltación cristiana de la *humilitas*⁸.

Quien en cambio queda excluido por definición del universo caballeresco es el villano, pues cortesía y villanía son valores antagónicos. El encuentro de Calogrenante y luego el de Yvain con el rústico guardián de rebaños simboliza el enfrentamiento de dos mundos ajenos, si bien no hostiles. El terrible verso 30, «un hombre cortés, aun muerto, vale mucho más que villano vivo» [pág. 23], no deja lugar a dudas sobre el concepto que tenía Chrétien de la villanía, pues figura al principio de la obra, cuando el autor expone las razones que le han llevado a emprender el relato⁹. Si nos fijamos en la acumulación arcim-

⁸ Así lo explica E. Köhler (*Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik*, pág. 28) refiriéndose a una obra posterior, pero creo que la observación ya es válida para la época de Chrétien porque permite explicar algo tan paradójico como el hacer del último noble la encarnación de los valores caballerescos.

⁹ En la afirmación que presta Chrétien al villano: «...me contestó que era un hombre» (v. 326) [pág. 28], ha querido ver J. Frappier una nota de compasión, pero hay que observar que, en la respuesta del villano, «hombre» se debe entender por oposición a «diablo», pues le preguntó el caballero qué tipo de

boldesca —en realidad aristotélica— de animales de mala traza que componen la fisonomía del villano (cabeza de rocín, ojos de búho, nariz de gato, boca de lobo, colmillos de jabalí, orejas elefantinas), hasta podríamos decir que más vale un león que un villano...

Con la lectura del vergel y el taller de las hilanderas tenemos dos escenas opuestas¹⁰. Así, en la primera de ellas, el Caballero del León queda confrontado con la visión de un lugar maléfico, que al principio sólo pudo entrever por las rendijas de unas estacas y que luego se agiganta con el espectáculo desolador de trescientas doncellas harapientas, derramando lágrimas sobre el inacabable trabajo de hilar al que están condenadas. En cambio, en la escena del jardín, donde los señores del castillo se recrean en el supremo lujo de la lectura / audición de una novela, queda reflejado un ocio idílico del que disfrutaban esos tres personajes aristocráticos; juego de espejos casi perfecto si se tiene en cuenta que Chrétien sitúa esta antagónica visión de trabajo / ocio en un mismo lugar: el castillo de la Pésima Ventura.

Motivos como el bosque, con su senda recta entre malezas, sus espacios clareados por el fuego, la fuente tormentosa y apacible, u otros a los que no se ha podido aludir¹¹, todos pueden ordenarse según dos principios. Unos pertenecen al campo de lo mágico, fantástico y hostil, reflejo de la nueva realidad extraña al

«criatura» era (v. 325) [pág. 28]; por otra parte, resulta difícil de aceptar para el siglo XII la definición de «hombre cortés / villano» como una pura categoría moral, fuera de cualquier referencia social (*Étude sur Yvain*, pág. 18), lo que parece una lectura «clásica», es decir, que proyecta sobre la Edad Media valores tal y como se entendían en el siglo XVII, con su concepto del *honnête homme*.

¹⁰ Funcionan de un modo que recuerda ciertos cuentos árabes, donde un personaje contempla una escena, generalmente con carácter de ensueño, y luego su exacto revés. J. Gyori observa en «Le cosmos, un songe» (pág. 105) el paralelismo de ambas escenas, pero para calificarlas de *vision surréaliste*. Prefiero la referencia a los cuentos árabes que me parece que ofrece más analogía con su función simbólica en la narración.

¹¹ Sobre estos motivos, véase el epílogo de mi edición de *El Caballero del León* de 1984.

universo caballeresco. Frente a aquel mundo inquietante, la vía recta del orden jurídico, moldeado según el *ordo divinis* de la caballería celestial al que sirve el caballero artúrico. Entre ambos, unas zonas intermedias, linde entre nuevo y antiguo mundo, donde el caballero encuentra la ayuda y alianza de personajes como el villano, el ermitaño y el león.

Tras significativos encuentros en el bosque de Brocelandia, el que abandonó el castillo de su dama como Yvain ya es el Caballero del León, redentor de cautivas; cumple su papel liberador con proezas singulares, pero al servicio de un orden colectivo. Triunfará de oscuras fuerzas, encarnadas por seres demoníacos y gigantes animalescos, combatientes que no respetan el código de la caballería, y por una serie de pasos difíciles, elementos fantásticos omnipresentes en la novela, especialmente en el castillo de la Pésima Ventura, que asumen la función obstaculizadora propia de todos los relatos de bajadas a zonas infernales, a aquellos reinos sin retorno de donde sólo vuelve el elegido¹².

Si retomamos la interpretación sociológica apuntada al principio, estos agentes maléficos representarían aquellas nuevas fuerzas sociales, ajenas a los valores caballerescos, y lo que en la realidad histórica posee carácter insoluble u hostil reaparece en la ficción bajo el aspecto de sortilegio u obstáculo¹³. Así, las dos escenas antagónicas señaladas a la atención del lector, el taller de las hilanderas condenadas a la maldición del trabajo y el refinamiento aristocrático del vergel idílico, representarían la división del espacio cortés en dos reinos, a semejanza del dualismo de la

¹² El carácter fantástico de la novela merece un estudio aparte, especialmente el episodio de la Pésima Ventura, cuyos moradores no se atreven a revelar el fatídico secreto e intentan espantar al caballero con gruñidos de mal augurio, función de advertencia comparable con la que ejercen los habitantes de la posada en *Drácula*.

¹³ E. Köhler se ha valido de esta observación para llevar a cabo un análisis del papel de Yvain como defensor del derecho consuetudinario: la costumbre puede ser buena o mala, según pertenezca o no al círculo artúrico. Así Yvain, como representante de la corte artúrica, estaría destinado a asumir la defensa de la fuente matando a Esclados, personaje ajeno al universo caballeresco; cf. *Le rôle de la «coutume»*.

filosofía medieval, el antimundo de los poderes extraños y hostiles y el afortunado círculo de la corte artúrica.

Antes nos hemos referido a las fuentes de la novela cortés, la *matière*, aludiremos para terminar, sin poder detenernos en su análisis, a los otros dos conceptos con que Chrétien define el proceso de composición de sus *romanz*: la *conjointure*, o trabazón narrativa de los materiales, y el *sen*, o significación del relato. Los libros de Eugene Vinaver, *From Epic to Romance* y *The Rise of Romance*, publicados en Oxford en 1964 y 1970, respectivamente, marcaron un hito en el estudio de la novela artúrica, al proyectar nueva luz sobre la poética de Chrétien —lo que él llamó *conjointure*—. E. Vinaver mostró cómo el paso de la épica a la novela cortés, el *roman*, nace como manifestación de una nueva conciencia, influida por la filosofía aristotélica y la dialéctica, el *hic et non*, afirmación / negación, de Abelardo. Con esta su penúltima obra —la última que pudo terminar, ya que la muerte no le dejó acabar su *Perceval*—, Chrétien inicia el camino real de la novela: Yvain es el primer héroe moderno en busca de sí mismo que terminará siendo el que tenía que llegar a ser (v. 4296) [pág. 99]. Yvain deviene en Caballero del León, una doble identidad cuyos resortes aprovecha Chrétien a la perfección, no sólo en sentido metafísico, sino como juego narrativo, hasta el enredo; su dama no sospecha que el caballero que se esconde detrás del yelmo y al que llaman el Caballero del León, por su fiel compañero de torneos, no es otro que Yvain, su esposo.

En este nivel de significación, el final de la novela, es decir, la reconciliación del caballero con su dama y la fusión de las dos identidades del mismo personaje, simbolizaría el feliz término de una búsqueda de la armonía entre ambos universos lograda por Yvain, ya Caballero del León.

Alcalá de Henares, marzo de 1999

Nota sobre la traducción

Para la traducción del presente texto, joya de la literatura medieval tanto por la riqueza de la obra en sí como por los múltiples comentarios que ha suscitado su lectura, he cotejado los dos manuscritos que han servido de base a las ediciones de W. Foerster, T. B. W. Reid y M. Roques; se trata del ms. B. N. fr. 1433 y del ms. B. N. fr. 794, o copia de Guiot. He tenido en cuenta las observaciones de Jean Frappier sobre las distintas ediciones y he consultado también el trabajo de Pierre Jonin, *Prolégomènes à une édition d'«Yvain»* (Aix-en-Provence 1958).

Pese a los abundantes estudios críticos sobre la tradición manuscrita de *El Caballero del León*, que no han dejado de publicarse en los últimos años, sigue siendo el más fiable de los once manuscritos el de la Biblioteca Nacional de París, ms. B. N. fr. 1433 (fols. 61 r.-118 r.; fin del siglo XIII), que, con sus diez miniaturas (de las que se reproducen ocho en la presente edición), resulta ser además el de mayor belleza. Es digna de ser subrayada la labor del artista, que realza aún más que Chrétien el papel del león como fiel compañero del caballero: inseparable del protagonista desde la primera miniatura (encuentro de Yvain con la hija del valvasor) hasta la última, donde aparece tumbado a los pies de la cama en la que gozan los amantes.

El hecho de que, como ha demostrado David F. Hult, este manuscrito fuera obra de tres copistas y de que hayan transcurrido desde veinticinco años (en el caso del ms. de Annonay, principios del siglo XIII) hasta ciento cincuenta años (ms. F y V 1450) entre la fecha de composición del texto y la de su transcripción en un manuscrito subraya la precariedad del concepto

de texto original (*Ur-Text*), reivindicado por los discípulos de Lachmann¹.

Las obras medievales plantean al traductor el doble reto de pasar no sólo de un idioma a otro, sino de un código a otro, con referencias a un sistema de valores distinto y a signos culturales hoy de difícil percepción. Las notas y la introducción que acompañan a la presente versión tienden a ayudar al lector moderno a recuperar tales claves de interpretación. Con el fin de no caer en la proliferación de notas, éstas se han limitado a aclaraciones sobre el contexto cultural, evitándose en cambio explicaciones de términos técnicos que figuran en los diccionarios.

He querido rehuir tanto el arcaísmo gratuito que utiliza vocablos en desuso como los términos cuya modernidad chocara con el contexto de la obra.

Agradezco a mi editor el haberme brindado la posibilidad de hacer una nueva versión del viejo texto, en vez de conformarse con seguir reeditando por sexta vez el texto de 1984.

También quedo muy agradecida a mi amigo Joaquín Rubio Tovar, por la confianza puesta en mí, aun fuera del *Alma Mater*...

Por último, *last but not least*, doy las gracias a mi amiga Eldha González Pérez por su constante ayuda a lo largo de tantas sesiones de lectura-audición de mi traducción: no dejó de hacerme valiosas sugerencias, bien sobre el ritmo del texto, bien sobre espinosas cuestiones de interpretación del significado, lo que me obligó felizmente a volver otras tantas veces al texto original, para lograr —al menos así lo espero— limar las imperfecciones de mi versión de 1984.

¹ Cf. M.-J. Lemarchand, «¿Qué es un texto original? Apuntes en torno a la historia del concepto», *I Encuentros Alcalaínos de Traducción*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares 11-12 de mayo de 1995 (publicados en 1996).

El Caballero del León

Arturo, el noble rey de Bretaña, cuyas proezas son para nosotros ejemplos de valor y cortesía, al llegar la fiesta que llamamos Pentecostés, la celebró con todo el fasto propio de la realeza, reuniendo a su corte en Caraduel, en el país de Gales.

Después del banquete, los caballeros formaron grupos junto con las damas, damiselas o doncellas, según ellas los iban llamando para sentarse a su lado. Unos contaban historias, otras hablaban de Amor, de las angustias y tormentos que causa, y de los deleitosos bienes de que a menudo gozaron los discípulos de su escuela, cuya regla era a la sazón dulce y buena. Hoy, en cambio, Amor ha perdido muchos de sus fieles, le han abandonado casi todos y con ello se ha envilecido, porque, como los que amaban a la antigua usanza conseguían fama de corteses, valientes, generosos y honorables, en nuestros días, Amor se ha vuelto fingimiento. Los que no sienten nada pretenden estar enamorados, pero es mentira, y al fingir que aman, sin ningún fundamento, convierten al amor en ficticio engaño.

Pero hablemos ahora de los que fueron y dejemos a los que están en vida, porque, a mi parecer, un hombre cortés, aun muerto, vale mucho más que un villano vivo. Por ello me complace contar unos hechos muy dignos de escucharse, que tratan de aquel rey tan ejemplar que se sigue hablando de él ¡aquí y más allá de estos reinos! Estoy de acuerdo con los Bretones: su fama permanecerá siempre y, gracias a ella, se seguirá recordando a los nobles caballeros a los que eligió y que se esforzaron con gran honra.

Pero aquel día se sorprendieron mucho al ver que el rey se le-

vantaba muy pronto de la mesa, cosa que pesó a algunos y dio mucho que hablar, pues nunca antes había abandonado tan gran fiesta para retirarse a sus aposentos a dormir o descansar. Pero ocurrió aquel día que lo retuvo la reina, y tanto se demoró a su lado que, olvidándose de los demás, se abandonó al sueño.

Al otro lado de la puerta de la cámara estaban Dodinel, Sagremor, Kay, mi señor Gauvain, así como mi señor Yvain y, con ellos, Calogrenante, un caballero muy afable, que empezó a contar una historia, que no era para él motivo de honor sino de deshonra. Mientras iba avanzando en su relato, la reina le fue prescindiendo oído, se levantó de junto al rey, se acercó sigilosamente a los caballeros y, antes de que nadie se diera cuenta, se sentó de improviso entre ellos; Calogrenante se percató en seguida de su presencia y fue el único en levantarse, poniéndose de pie a su lado, casi con un brinco. Kay, que gustaba del sarcasmo y de zaherir con saña y perfidia, le increpó:

—Por Dios, Calogrenante, ¡qué ímpetu el vuestro!, ¡y qué precioso salto el que os acabo de ver!, ¡y cómo me agrada que de todos nosotros vos parezcáis el más cortés! ¡Hasta tal punto andáis desprovisto de toda cordura que sin duda así opináis! Mi señora tendrá razón en pensar que vos nos ganáis a todos en nobleza y cortesía, creyendo que, si no nos hemos levantado, fue por pereza, sin duda, o porque no nos dignamos hacerlo. ¡Pero, por Dios, señor! ¡Si no nos hemos levantado, ha sido sencillamente porque no hemos visto a mi señora antes de que vos os levantarais!

—En verdad, Kay —dice la reina—, de no poder descargar todo el veneno del que estáis lleno, me parece que habríais reventado. Resultáis odioso e innoble, al denostar así a vuestros compañeros.

—Señora —contesta Kay—, si no ganamos nada en vuestra compañía, cuidad que al menos no perdamos. No creo haber dicho nada que se me pueda tomar a mal, pero os ruego que no hablemos más de ello: no es cortés ni razonable sostener pleitos ociosos. Para que nadie le dé más importancia, esta disputa no debe continuar y, en cambio, debéis ordenarle que siga contando la historia que empezó, porque no guarda relación con estos reproches.

Calogrenante quiere intervenir para replicar a aquellas palabras:

—Señora —dice—, esta querella casi no me afecta: poco caso hago de ella y le doy escasa importancia. Si Kay me ha ofendido, a mí esto no me perjudicará. A caballeros más valientes y prudentes que yo, vos, señor Kay, habéis ultrajado con infamias deshonrosas, según vuestra costumbre: es de ley que siempre apesete la basura y aguijonee el tábano, que el zángano siempre persiga con su zumbido y el insidioso no deje de enojar e injuriar. Pero no contaré nada más hoy, si mi señora me da para ello licencia, y le ruego que no me lo pida ni insista su merced sobre asuntos que no son de mi agrado.

—Señora, todos los que están aquí —interviene Kay— os estarán muy agradecidos si le convencéis, y le escucharán de buen grado. No lo hagáis porque yo os lo pida, sino por la fe que debéis al rey, vuestro señor y el mío, y acertaréis ordenándole que siga con su relato.

—Calogrenante —dice la reina—, no os sintáis molesto por esta provocación de mi señor Kay, el senescal. Hasta tal punto tiene el escarnio por costumbre que resulta en él un hábito imposible de reprimir. Os mando y os ruego que no se enfade vuestro corazón, ni por su culpa dejéis de contar algo que nos alegraría oír, y si queréis gozar de mi aprecio, volved a empezar desde el principio.

—En verdad, señora, me causa gran pesar lo que vos me ordenáis; antes me dejaría arrancar una muela, si no temiera enojaros, que proseguir ahora con mi relato, pero cumpliré vuestro deseo, ya que, si a mí me pesa, a vos os complace. Escuchad entonces. Prestadme oídos y corazones, porque todas las palabras se pierden, si no se entienden con el corazón. Hay quienes oyen algo sin entenderlo y sin embargo lo alaban, cuando para ellos es un mero sonido, pues su corazón no lo entiende; la palabra llega a los oídos como viento que vuela, que ni para ni reposa, y se aleja ligera, si el corazón no anda al acecho, listo para cogerla; porque si puede captarla al oírla, y la encierra y retiene, entonces los oídos son vía y conducto por donde llega la voz al corazón, y el corazón coge en el vientre¹ la voz que penetra por el oído. Luego quien me quiera entender debe prestar oído y corazón, pues no es de sueño, ni de fábula o mentira de lo que quiero hablar.

»Lo que voy a contar me sucedió hace ya más de siete años,

cuando yo iba en busca de aventura, solo, como anda el labriego, pero armado con todas las armas, como debe estar un caballero. Escogí un camino a la derecha y me adentré en un espeso bosque. Resultaba penoso avanzar por aquella senda, llena de zarzales y malezas traidoras, y sólo con gran esfuerzo pude mantener mi ruta. Fui cabalgando así casi todo el día, hasta que salí del bosque —que era el de Brocelandia—. Fuera del bosque, entré en una landa y vi una torre almenada a media legua galesa —algo menos quizás, pero más no habría—; me dirigí hacia allí al trote, vi la torre almenada con el foño, ancho y profundo, que la circundaba, y de pie, encima del puente, y sobre el puño un azor ya mudado², al dueño de la fortaleza.

»Apenas le había saludado cuando vino a cogerme el estribo y me mandó descabalar. Descabalgué —¿qué otra cosa iba a hacer?—, pues necesitaba hospedarme; entonces me repitió más de siete veces seguidas:

»—¡Bendito sea el camino que os ha traído hasta aquí!

»Pasamos el puente y la puerta, entramos luego en el patio. En medio del patio de aquel valvasor³ —¡que Dios le dé alegría y honor, tanto como me dio a mí aquella noche!—, había colgado un disco que no llevaba, creo yo, hierro ni madera, ni nada que no fuese cobre; sobre aquel disco dio el valvasor tres golpes⁴ con un martillo que colgaba de un pequeño poste. Al oír aquellas llamadas, los que estaban en el interior de la mansión salen y bajan al patio. En cuanto me apeé del caballo, se lo llevó uno de los escuderos. Entonces vi venir hacia mí una doncella de gran hermosura y distinción. Me detuve para contemplarla y vi que era bella, esbelta y de buena estatura; me quitó las armas con gran destreza —lo hizo a la perfección— y me vistió con un manto corto, de escarlata azul como pavo real, ribeteado con piel de petigrís⁵; todos se fueron retirando, hasta que no quedó nadie, salvo ella y yo, lo cual me resultó muy grato, pues yo no quería otra compañía.

»Luego ella me llevó a sentarme en un prado, el más hermoso del mundo, cercado por una pequeña valla alrededor. Entonces la encontré tan refinada, educada y culta en su conversación, de tanto solaz y encanto, que me deleitaba su compañía, hasta tal punto que bajo ninguna obligación hubiese querido alejarme de

ella; pero al anochecer, mucha contrariedad me causó el valvasor, que vino a buscarme a la hora de la cena; no pude ya demorarme e hice lo que me mandó. De la cena sólo os diré que fue en todo de mi agrado, desde el momento en que vino a sentarse la doncella frente a mí.

»Después de cenar, me confió el valvasor que no sabría decir desde cuándo no había hospedado a caballeros andantes en busca de aventura, porque hacía mucho que no había dado hospedaje a ninguno. Luego me rogó con insistencia que volviera a pasar por su castillo, como galardón para premiar sus servicios, y le contesté: «Me será muy grato, señor». Pues habría sido vergonzoso rechazar su ofrecimiento: poca gratitud habría demostrado a mi huésped negándole este favor.

»Aquella noche quedé muy bien alojado, y al despuntar el alba, mi caballo ya estaba ensillado, tal como lo había pedido la víspera: se había cumplido mi ruego a la perfección. Encomendé al Espíritu Santo a mi buen huésped y a su querida hija; a todos pedí licencia para despedirme y me marché en cuanto pude.

»No me había alejado mucho todavía del castillo, cuando me encontré, en una artiga del bosque, con unos toros salvajes, horribles fieras errantes que luchaban entre sí con tal estampido e indomable fiereza que, os lo he de confesar, no pude reprimir el echarme un poco atrás, porque no hay bestia tan fiera ni tan indomable como un toro.

»Un villano, que se parecía a un moro por su monstruosa y desmedida fealdad, criatura más fea de lo que se podría decir con palabras, estaba sentado encima de un tronco con un gran mazo en la mano. Al acercarme al villano, vi que tenía la cabeza muy gruesa, más que la de un rocín u otro animal de mala traza, el pelo hirsuto, la frente pelada, de más de dos palmos de ancha, enormes orejas velludas, como las de un elefante, cejas espesas y cara plana, ojos de búho y nariz de gato, boca hendida como la de un lobo, colmillos afilados y rojos, como los de un jabalí, roja la barba y torcidos los bigotes, la barbilla hundida en el pecho y una larga espalda, encorvada y gibosa. Apoyado en el mazo, iba vestido con un sayo tan extraño que no era de lino ni de lana, sino que llevaba, atadas al cuello, las pieles de dos toros o dos bueyes recién desollados.

»El villano, en cuanto vio que me acercaba, se puso en pie de un salto; acaso quería ponerme la mano encima, no sé qué era lo que se proponía, pero cuidé de quedarme a la defensiva, mientras le veía quieto y sin moverse, subido encima del tronco —él mediría por lo menos diecisiete pies de alto— mirándome sin decir palabra, como si de un animal se tratara; y pensé que no sabía hablar y que no tenía uso de razón. Sin embargo, me arriesgué hasta preguntarle:

»—Oye, tú, dime si eres criatura de Dios o del diablo.

»Y él me contestó que era un hombre.

»—¿Qué especie de hombre eres tú?

»—Tal como lo ves, no soy de otra manera.

»—¿Qué haces tú aquí?

»—Yo me quedo aquí para guardar los animales de este bosque.

»—¿Que los guardas! Pero ¡por san Pedro de Roma, si estos animales no conocen al hombre! No creo que en una llanura o en un soto se pueda guardar una bestia salvaje, ni en ningún otro lugar, de ninguna forma, si no está atada y encerrada.

»—Yo sí guardo éstas y cuido que no salgan nunca de este coto.

»—¿Tú sabes mandarlas? Dime la verdad.

»—En cuanto me ven venir, no hay bestia que se atreva a moverse, porque, cuando puedo coger una, la agarro por los dos cuernos con estos puños que tengo, tan duros y fuertes, de modo que las demás se echan a temblar de miedo y se juntan a mi alrededor, como para implorar piedad; no hay nadie salvo yo que pueda fiarse de ellas: cualquier otro que se les acercase moriría en el acto. Así que yo soy señor de mis animales, y tú me tendrías que decir ahora qué clase de hombre eres y qué andas buscando.

»—Yo soy un caballero —contesté— que busca lo que encontrar no puede; bastante larga ha sido ya mi búsqueda, pero nada encontré.

»—¿Y qué querías tú encontrar?

»—Aventura, para poner a prueba mi valor y audacia. Te lo ruego, pido y suplico, cuéntame lo que sepas, si tú has oído de alguna aventura o hecho prodigioso.

»—Eso lo seguirás echando en falta: de aventura yo no sé nada, ni nunca oí hablar. Pero si tú quisieras ir hasta una fuente, cerca de aquí, te sería difícil volver sin haber cumplido con su costumbre. Aquí cerca encontrarás en seguida un sendero que te llevará hasta ella. Mantén siempre tu ruta derecha, si no quieres malgastar tus pasos, porque sería fácil que te desviaras: hay otros muchos caminos. Verás cómo hierve la fuente, pese a que está más fría que el mármol. Le da sombra el árbol más hermoso que haya podido crear Naturaleza. En todas las estaciones perduran sus hojas, porque ni siquiera las pierde con el invierno. Allí está cargada una vasija de hierro, de una cadena tan larga que toca hasta el fondo de la fuente. Al lado del manantial encontrarás un escalón que no te puedo describir, pues nunca vi ninguno semejante: ya lo verás; y al otro lado, una ermita, pequeña pero preciosa; si quieres coger agua con la vasija y derramarla encima del escalón, verás entonces tal tormenta que no quedará bestia en esta floresta, ni ciervo ni cervatillo, ni gamo ni jabalí, y hasta los pájaros escapan de allí. Verás caer tal rayo, los árboles hechos trizas con tal vendaval, y llover, tronar y relampaguear con tal fuerza, que si logras salir sin duelo ni quebranto, serás el caballero mejor aventurado que haya estado allí.

»Me despedí del villano en cuanto me hubo indicado el camino. Sería quizás la hora tercia, puede ser que cerca del mediodía ya, cuando distinguí el árbol y la fuente. Del árbol puedo decir que era el más hermoso pino que haya crecido sobre la faz de la tierra. Creo que, por mucho que hubiese llovido, no habría atravesado su follaje ni una gota: toda el agua hubiera resbalado encima de su espesa copa. Vi, colgando del árbol, la vasija: era del oro más fino que jamás se pudo comprar en ninguna feria. Aquella fuente, podéis creerme, hervía a borbotones. El escalón era de esmeralda, ahuecado como una jarra, y con cuatro rubíes⁶ de un rojo más llameante que el sol de la mañana cuando despunta hacia oriente —juro que en todo cuanto os estoy contando no hay palabra que no sea verdad.

»Sentí curiosidad por aquel prodigio de los truenos y la tempestad y cometí una gran imprudencia: de haber podido, habría renunciado tan pronto como hube derramado el agua de la vasija encima del escalón. Pero demasiada debí de verter, me temo,

porque vi entonces desgajarse en pedazos el cielo, con más de catorce relámpagos que me hirieron la vista, mientras las nubes revueltas de arriba abajo lanzaban lluvia, nieve y granizo. Tan horrorosa y violenta fue aquella tempestad que cien veces creí morirme con los rayos que caían a mi alrededor y con los árboles que se abatían. ¡Sabed que me asusté y esperé que el tiempo se apaciguara! Pero Dios me dio pronto sosiego: no pasó mucho tiempo hasta que hizo amainar los vientos, y en cuanto quiso, ya no se atrevieron a soplar las ráfagas.

»Cuando vi el cielo claro y puro, me sentí feliz y volví a tener confianza, porque la alegría —si acaso gocé de ella alguna vez— pronto hace olvidar la pena más honda. En cuanto pasó la tormenta, vi tantos pájaros amontonados encima del pino que, por increíble que parezca, no se veía rama ni hoja, porque el árbol entero estaba cubierto de pájaros, que coronaban su hermosura. Dulcemente cantaban los pájaros al unísono, pero con distintas modulaciones: la melodía que cantaba uno no se la oía cantar a otro. Me regocijé con su gozo, y me quedé escuchando a placer todo su oficio. Nunca oí música tan jubilosa, ni creo que la pueda alcanzar a oír nadie, si no va hasta aquella fuente de hermosura, que tanto me hechizó que creí enloquecer.

»Tan absorto andaba que me sorprendió un ruido como de diez caballeros —o al menos esto pensé al principio—, pero era uno solo el que con tanto estrépito llegaba. Cuando me di cuenta de que venía sin compañía, sujeté las cinchas de mi caballo y lo monté sin demora; aquél cabalgaba con gran furia, más rápido que un alerión, y bravo en apariencia como un león. Gritando todo lo que podía, me empezó a desafiar:

»—Vasallo, habéis cometido una infamia y me habéis causado un grave perjuicio sin previo desafío. Deberíais haberme requerido, si para ello teníais motivo, o por lo menos haber reclamado vuestro derecho antes de atacarme. Pero si puedo, señor vasallo, sobre vos recaerá el daño que me ha causado este perjuicio patente, del cual tengo por testigo mi bosque abatido. Quien recibe golpes tiene motivos para quejarse, y yo me quejo con razón de que me hayáis expulsado de mi mansión con lluvia y rayo; gran pesar me habéis causado, y maldito el que se alegre, pues habéis asaltado de tal forma mi bosque y mi castillo que no

me habría valido la ayuda de ninguna atalaya o alta muralla. Nadie habría quedado a salvo, ni dentro de una fortaleza, fuese de dura piedra o de madera. Tened por seguro que de aquí en adelante no os daré tregua ni descanso.

»Tras estas palabras, nos lanzamos el uno contra el otro, sujetando cada uno el escudo por la embrazadura para cubrirnos con él. El caballero tenía buen caballo y lanza tan rígida como para no doblarse, además me llevaba sin lugar a dudas toda la cabeza; así quiso mi mala fortuna que yo fuera más pequeño que él y su caballo mejor que el mío. Os digo toda la verdad, sabedlo bien, para ampararme ante esta afrenta. Le asesté un golpe con toda la fuerza de la que era capaz —y nunca regateo esfuerzo— y le alcancé en el brocal del escudo; había golpeado con tal potencia que mi lanza voló en pedazos, pero la suya se quedó entera, porque no era nada ligera, sino que pesaba, a mi parecer, más que cualquier lanza de caballero: lanza tan gruesa no se la vi a ningún otro. El caballero me golpeó tan fuertemente encima de la grupa del caballo que me derribó y caí abatido sobre el suelo raso; sin dignarse mirarme siquiera, me dejó con toda la afrenta y humillación. Se llevó mi caballo y emprendió el camino de retorno, dejándome abandonado. Y yo, que no sabía cuál era mi papel, me quedé pensativo y angustiado. Me senté un rato al lado de la fuente y permanecí descansando un poco; no me atreví a seguir al caballero, por temor a cometer una locura —de haberme atrevido, tampoco sabía dónde habría ido a parar—. Al fin decidí cumplir con lo que había prometido a mi huésped y volver donde él. La idea me gustó y así lo hice; dejando en el suelo todas mis armas para caminar más ligero, regresé sintiendo toda la afrenta.

»Cuando volví por la noche a la mansión, encontré a mi huésped igual que antes: tan alegre y cortés como le había dejado, y no noté para nada que él o su hija me mirasen de otra manera o me tratarasen con menos consideración que la noche anterior. Todos los de la mansión me rodearon de grandes honores —gracias les sean dadas— porque, según decían, de memoria de hombre no se había oído que nadie volviese de donde yo volvía, sino que todos habían quedado allí, muertos o aprehendidos. Así marché, así volví. Ya tuve la insensatez de contaros lo que nunca hubiese querido contar.

—A fe mía —exclama mi señor Yvain—, vos sois mi primo y nos debemos mutuo afecto, pero loco os tengo que llamar por haberme ocultado tanto tiempo esta aventura. Si os he llamado loco, no os deis por ofendido, os lo ruego; si puedo y me es lícito, iré a vengar vuestra afrenta.

—¡Cómo se ve que estamos de sobremesa! —salta Kay, que no sabía estarse callado—. Caben más palabras en una jarra de vino que en un barril de cerveza, y dice el refrán que gato cebado, gato fogoso. Después de comer cualquiera puede matar moros y hasta al sultán Loradín⁸ sin moverse de su silla, y vos iríais a tomar la defensa hasta de un rey pagano... ¿Tenéis guarnecido ya vuestro escudo? ¿Habéis sacado brillo al hierro de vuestras calzas y desplegado vuestros estandartes? ¡Daos prisa, mi señor Yvain! ¿Cuándo saldréis de aquí, esta noche o mañana? Cuando vayáis camino del martirio, hacédnoslo saber, buen caballero, porque os queremos acompañar: no habrá preboste ni veedor que no se preste a daros escolta; así que no os marchéis, os lo ruego, sin tomar licencia. Y si esta noche tuvierais alguna pesadilla, abandonad el proyecto.

—¡Cómo! ¿Acaso os habéis vuelto loco de rabia, mi señor Kay —exclama la reina—, que vuestra lengua no puede callarse nunca? ¡En mala hora usáis de vuestra lengua, amarga como la escamonea!⁹ En verdad, vuestra lengua os odia, pues a cada uno dice lo peor, pase lo que pase. ¡Maldita sea la lengua que nunca se cansa de hablar mal! La vuestra consigue haceros odioso a todos: peor no os puede traicionar. Sabed que si fuera mía, yo la requeriría por traición. Un hombre al que no se le puede corregir tendría que estar atado a las rejas del coro de la iglesia, como los locos.

—A fe mía, señora —contesta mi señor Yvain—, que no me importan sus sarcasmos. Tal es el poder y tan grande el saber y el valor de mi señor Kay, en todas las cortes, que nunca se quedará mudo ni sordo. Tiene el arte de contestar a las villanías con cortesía y prudencia, y nunca actuó de otro modo —vos sabréis si miento...—. Pero no quiero andar con querellas ni emprender locuras. No decide el combate quien asesta el primer golpe, sino el que toma venganza. Quien es capaz de insultar a un compañero se querellaría hasta con un extraño. No quiero parecerme

al dogo, que se eriza y descarga su rabia cuando los mastines enseñan los colmillos.

Mientras así conversaban, salió el rey de su aposento, donde se había quedado largo rato durmiendo hasta este momento. En cuanto le vieron, los barones se pusieron en pie ante él; el rey les mandó sentarse y tomó asiento junto a la reina, quien inmediatamente le volvió a narrar, palabra por palabra, todas las aventuras de Calogrenante, con el gran talento que ella tenía para contar.

El rey las oyó con mucho interés e hizo tres juramentos, sobre el alma de Uterpendragón, su padre, sobre la de su hijo y sobre la de su madre: prometía ir a ver la fuente, la tormenta y el prodigio antes de que transcurriera una quincena. Allí estará la víspera de la fiesta de mi señor san Juan Bautista y se hospedará por la noche; añadió que le acompañaran todos cuantos quisieran. Con este proyecto del rey, se acrecentó la estima en que le tenía toda la corte, y muchos, lo mismo barones que jóvenes y futuros caballeros, quisieron acompañarle.

Pero mi señor Yvain, en medio de tanta alegría y gozo, se encontraba dolido, porque él hubiese preferido una aventura solitaria; le causaba angustia y ansiedad que hubiese decidido el rey esta salida. Le pesaba por una sola razón: el convencimiento de que la batalla la libraría, con toda certeza, mi señor Kay, a nada que hiciese el requerimiento: no se lo iba a negar el rey. ¿O quizás mi señor Gauvain haría el requerimiento el primero? Con que cualquiera de los dos lo requiriese, la batalla no les sería denegada. Pero él no los esperará por nada del mundo: no echa en falta su compañía; irá solo, a su guisa, caminando con gozo o con duelo. Quien quiera quedarse que se demore, pero él, antes de tres días, pretende estar en Brocelandia. Buscará con todo ahínco y, si es posible, encontrará, por todo el ardor que pondrá en ello, la estrecha senda frondosa, la landa y la fortaleza, el deleite y solaz de la cortés damisela, su gracia y hermosura, la hospitalidad, pródiga en honores, del noble valvasor y de su hija, que se esfuerzan con todo el empeño propio de personas de franco y buen linaje. Luego verá los toros en la artiga del bosque y al villano gigante que los guarda. La verdad es que siente impaciencia por ver a aquel villano, tan extraordinariamente feo, gigantesco, horrible

y monstruoso, y tan negro como un herrero. Luego verá, si es posible, el escalón y la fuente, la vasija y los pájaros reunidos encima del pino; hará llover y ventiscar, pero nadie sabrá de su propósito hasta que la cosa se haya resuelto, con gran afrenta o mayor honra: sólo entonces saldrá a la luz su empresa.

Mi señor Yvain se marcha de la corte, sin reunirse con nadie, y se va hacia su hostel. Allí encuentra a toda su mesnada, manda ensillar su caballo y llama a un escudero suyo con el que no tenía secretos.

—Mira —le dice—, ven aquí fuera conmigo y tráeme mis armas. Voy a salir por aquella puerta con mi palafrén ahora mismo. Procura no demorarte, que me es preciso viajar muy lejos. Cuida de que pongan buena herradura a mi corcel y tráemelo pronto; luego te llevarás a mi palafrén. Pero guárdate bien, te lo ordeno, cuando alguien te pregunte por mí, de darle la menor noticia. Porque si no, si tú ahora en algo te fías de mí, ya sólo confiarías para tu desgracia.

—Señor —contesta el escudero—, estad tranquilo, que por mí nadie sabrá nada. Marchaos, yo os seguiré.

• Pronto monta mi señor Yvain su caballo; no volverá hasta vengar, si puede, la afrenta de su primo. Corre ahora el escudero hacia el buen caballo y lo monta sin demora, porque no le faltaba clavo ni herradura. Al galope siguió a su señor hasta verle: había descabalgado y le esperaba en un sitio apartado del camino desde hacía algún rato. Le trae su arnés y todo su aparato y él va vistiendo sus armas.

Mi señor Yvain, una vez armado, no se concedió descanso y empezó a cabalgar a lo largo y ancho de los bosques, recorriendo en cada jornada muchos montes y valles, lugares hostiles y salvajes, franqueando pasos angostos, desfiladeros traidores y peligrosos, hasta llegar a la estrecha senda tenebrosa, llena de zarzales: tuvo entonces la certeza de no poder ya extraviarse.

Por muy caro que le cueste, no se detendrá hasta ver el pino que da sombra a la fuente, el escalón y la tempestad que arroja lluvia, granizo, trueno y ventisca.

Por la noche tuvo, como podéis figuraros, hospitalidad tal como esperaba, pues el trato de consideración con que le honró el valvasor sobrepasó todo lo que os he narrado y en la doncella

encontró como cien veces más sabiduría y hermosura de lo que había contado Calogrenante, porque es imposible sumar o medir los méritos de una mujer y de un hombre de valor, cuando despliegan sus cualidades con toda caballería: sería interminable de contar, porque el lenguaje no alcanza a describir todo el bien de que es capaz un hombre de honor. Aquella noche, mi señor Yvain quedó muy bien alojado y muy complacido.

Al día siguiente, llegó hasta la artiga del bosque y vio los toros y al villano, que le indicó el camino, pero más de cien veces se persignó, sin dejar de hacerse cruces ante el prodigio que tenía a la vista: ¿cómo había podido Naturaleza acometer obra tan fea y villana?

Luego cabalgó hasta la fuente y vio todo cuanto anhelaba ver. Sin detenerse ni un instante, derramó sobre el escalón la vasija llena de agua. Inmediatamente, empezó a ventear, llover y hacer el tiempo que debía hacer. Y cuando Dios devolvió sosiego al tiempo, acudieron los pájaros a posarse sobre el pino e hicieron una fiesta maravillosa encima de la fuente peligrosa.

Antes de que terminara aquel concierto, llegó, más encolerizado que brasa ardiente, un caballero con tanto estrépito como si cazara un ciervo en celo. En cuanto ambos se vieron, cada uno se lanzó al encuentro del otro, y en sus dos rostros se leía un mutuo odio a muerte.

Armados con sendas lanzas duras y resistentes, intercambian tan duros golpes que los dos se atraviesan los escudos de parte a parte; se desmallan las lorigas, se resquebrajan las lanzas y se hacen trizas, saltando los pedazos por los aires. Siguen entonces combatiendo con la espada. Con fragorosas cuchilladas, han cortado las correas de los escudos que, astillados por todas partes, ya no les sirven para cubrirse: los han destrozado de tal forma que ya ensayan sus destellantes espadas contra flancos, caderas y pechos al descubierto. Se ponen a prueba con toda crueldad y sin ceder un solo pie de terreno, como si fueran dos rocas; nunca sostuvieron lucha tan encarnizada dos caballeros empeñados en precipitar su muerte. Cuidan de no malgastar sus golpes y los emplean lo mejor posible, abollados y doblados los yelmos, teñidas con la sangre que se roban las lorigas, cuyas mallas vuelan hacia el cielo. A cuchilladas se golpean en pleno rostro. Tan caí-

das y desmalladas tienen ya las lorigas que no les protegen el cuerpo más que si llevasen hábito de monje. Cualquiera se maravillaría viendo cuánto dura una batalla tan ferozmente dura. Pero ambos tienen tan fiero e indomable corazón que ninguno cedería un palmo de terreno sin empujar al otro hasta la muerte. Lucharon con tanta lealtad que nunca malhirieron o lastimaron en parte alguna a sus caballos, y no quisieron apearse ni una sola vez, sino que siguieron en sus monturas: así resultó más hermosa la batalla.

Al fin, mi señor Yvain desgajó el yelmo del caballero, que quedó aturdido y descalabrado; le entró pavor por golpe tan mortal como nunca había recibido; bajo la cofia de hierro, hendido el cráneo, le salía el cerebro, tiñendo con sangre las mallas de su brillante loriga. Tan hondo dolor sintió que a poco le falló el corazón. Al saberse herido de muerte, empezó a huir —¿qué iba a hacer?—, pues ya era incapaz de defenderse.

Huyó apresuradamente, con el propósito de alcanzar sin demora su castillo, cuyo puente levadizo se encontraba bajado y su portal abierto de par en par. Con todo ímpetu, mi señor Yvain espolea su caballo para seguirle. Como persigue, alzando el vuelo desde lejos, el gerifalte a la grulla, llegando tan cerca que, cuando ya cree tener cogida su presa, se le escapa, así seguía nuestro caballero al fugitivo, tan cerca como para agarrarle casi, pero sin conseguir alcanzarle, pese a que puede oír los quejidos que le arranca el dolor. Uno sigue huyendo mientras que el otro le acosa con todo el ahínco, porque teme haber malgastado sus esfuerzos, si no logra capturarlo, vivo o muerto, pues se acuerda de los sarcasmos de mi señor Kay. Todavía no se siente libre de la promesa que hizo a su primo, porque no darían crédito a su hazaña en absoluto, si no volviese con pruebas tangibles de la verdad.

Espoleando su montura, el fugitivo le ha llevado hasta la puerta de su castillo. Ambos han penetrado en el recinto, sin encontrar a ningún hombre o mujer por las callejas, hasta llegar los dos con el mismo ímpetu ante la puerta del palacio.

Muy alta y ancha era aquella puerta, pero de tan estrecho acceso que dos hombres o dos caballos no podían pasar de frente ni cruzarse en medio sin entorpecerse, e incluso causarse gran da-

ño, por la siguiente razón: estaba hecha de tal forma, que funcionaba como un cepo, que espera a la rata cuando llega para cometer el hurto: la punta que la aguarda salta, golpea y la captura, porque se dispara y cae en cuanto el mínimo golpe, por ligero que sea, toca el cerrojo. De la misma manera, debajo de aquella puerta, había dos trampas que mantenían en alto un batiente corredizo, afilado y cortante; en cuanto cualquier cosa tocaba este mecanismo, la puerta se abatía, tajando y trinchando todo cuanto estuviese a su alcance. El espacio medio entre ambas trampas era tan estrecho como una pequeña senda.

Caminando justo por el medio, se ha aventurado el caballero con gran prudencia, mientras mi señor Yvain, totalmente incauto, se lanza tras él al galope, consiguiendo alcanzarle de tan cerca que le coge por el arzón. De no haberse doblado hacia delante, pronto hubiese quedado hendido de parte a parte, pero este lance de fortuna le salvó la vida, porque sucedió que el caballo pisó la viga que sostenía aquella puerta de hierro; como un diablo infernal, se abate la puerta y cae partiendo todo de un tajo, pero sin mayor daño, pues no tocó, gracias a Dios, a mi señor Yvain, sino que fue a caer rozándole la espalda, de tal suerte que le rajó ambas espuelas, a ras de los talones. Él se desplomó espantado, mientras de este modo su enemigo escapó, herido de muerte.

Había, delante de la primera, otra puerta idéntica, que el caballero fugitivo franqueó, y que volvió a caer tras él, dejando así preso a mi señor Yvain. Angustiado y desconcertado, se queda encerrado en una sala, cuyas bóvedas estaban ribeteadas con clavos de oro, y cuyas paredes estaban adornadas con valiosas pinturas de gran calidad. Pero nada le afligía tanto como el no saber adónde había ido su enemigo.

Mientras seguía su desconcierto, oyó abrirse la puertezuela de un pequeño cuarto próximo, de donde salió una doncella, de cuerpo gracioso y rostro hermoso, que volvió a cerrar la puerta tras ella. En cuanto vio a mi señor Yvain, pretendió asustarle:

—En verdad me temo, caballero —dice—, que en mala hora hayáis venido aquí: si os cogen en este lugar, pronto os harán pedazos, porque mi señor está herido de muerte y sé bien que sois vos quien le ha matado. Mi señora sufre por ello tal duelo y su

gente grita tanto a su alrededor que por poco se matan, enloquecidos por la pena. Saben que estáis aquí, pero hay tal aflicción entre ellos que no pueden todavía ponerse de acuerdo sobre vuestro castigo: apresaros o mataros; pero no os dejarán escapar en cuanto decidan pasar al ataque.

Mi señor Yvain le contesta entonces:

—Nunca, si a Dios le place, me matarán ni me capturarán.

—No —dice ella—, yo pondré en ello, y con vuestra ayuda, todo mi empeño. No es de caballero asustarse: viéndoos tan poco alterado, os tengo por hombre de valor. Sabed bien que haré todo lo posible para serviros y favoreceros, pues antes vos también me favorecisteis: me mandó una vez mi señora llevar un mensaje a la corte del rey; quizá no fuera todo lo prudente, cortés y llena de las demás virtudes de que debe hacer gala una doncella, el caso es que no hubo caballero alguno que se dignara dirigirme una sola palabra, salvo vos, que ahora estáis aquí; vos fuisteis el único, y mucho os lo agradezco, que me honrasteis y servisteis. De aquel honor que me hicisteis entonces, os devolveré ahora el galardón. Sé muy bien cómo os llamáis y os he reconocido perfectamente: sois el hijo del rey Urién, y os llaman mi señor Yvain. Tened por seguro que nunca, si queréis fiaros de mí, seréis capturado ni hostigado; vais a coger este anillo mío, y me lo devolveréis, os lo ruego, cuando os haya liberado.

Le entrega entonces el anillo, explicándole cómo tenía la misma virtud que la corteza sobre el tallo: al cubrirlo le hace invisible. Pero le advierte que es necesario que lo guarde de tal forma que la piedra quede encerrada en el puño, añadiendo que quien lleve este anillo en el dedo no tendrá luego nada que temer, porque ya nadie, por mucho que abra los ojos, podrá verle más que al tallo invisible bajo la corteza.

Esto fue lo que la doncella aconsejó a mi señor Yvain, y cuando hubo terminado de hablar, le llevó a sentarse en un lecho, cubierto de una colcha tan rica como no la tuvo jamás ni el duque de Austria. Le propuso traerle algo de comer, si le apetecía, y él contestó que aceptaba con mucho gusto. Corre la doncella hasta su aposento y vuelve sin tardar nada, trayendo capón asado y una jarra llena de vino de muy buena cepa, todo cubierto con blanco mantel. Ella ofreció este agasajo y le sirvió con dulzura;

su invitado, que necesitaba reponer fuerzas, comió y bebió de muy buena gana.

Para cuando hubo terminado de comer y beber, ya andaban por el castillo, acercándose en su busca, los caballeros que querían vengar a su señor, que yacía en el ataúd. La doncella dijo entonces a Yvain:

—Escuchad, amigo, todo este ruido, este tumulto: ya se acercan los que os están buscando, pero venga quien venga, salga quien salga, no os mováis, por mucho alboroto que haya, pues nunca os encontrarán si no os movéis de este lecho. Pronto veréis llenarse esta sala de gente sañuda y cruel, que acudirá aquí con la seguridad de encontraros. Es posible que traigan aquí el cuerpo antes de enterrarlo. Empezarán a buscaros debajo de los bancos, debajo de los lechos; quien no tuviese miedo casi se podría divertir y recrear, viendo tanta gente dando palos de ciego, porque todos andarán tan cegados, engañados e impotentes que se pondrán rabiosos de ira. No os puedo decir más por ahora, ni me atrevo a quedarme. Pero agradezco a Dios que me haya dado ocasión y medios para complaceros, pues de ello sentía gran deseo.

Se marchó entonces la doncella y, tras su salida, se amontonó toda la mesnada a ambos lados de las puertas; toda una hueste enfurecida y despiadada, preparada para atacar, con espadas y estacas, se agolpaba en tropel. Cuando vieron, delante de la puerta, la mitad del caballo partido en dos, tuvieron la certeza de que, en cuanto se abriesen las puertas, dentro encontrarían a quien buscaban para matarle. Mandaron levantar aquel ingenioso artilugio, causa de muerte para tantos, pero en aquel asedio no hubo trampa ni cepo, sino que entraron todos de frente. En el umbral encontraron la otra mitad del caballo muerto, pero ninguno de ellos, por más que forzara la vista, tuvo ojos capaces de ver a mi señor Yvain, al que de muy buena gana hubiesen matado. Él, en cambio, los estaba viendo enfurecerse, con rabia y desesperación, y decían:

—¿Cómo es posible? Si aquí no hay puerta ni ventana por donde pueda escapar criatura alguna, salvo que sea un pájaro que vuele, una ardilla o una musaraña —cualquier animal de ese tamaño o más pequeño—, porque aquí las ventanas tienen rejas y

se cerraron las puertas en cuanto salió nuestro señor. ¡Muerto o vivo, aquí tiene que estar su cuerpo, porque fuera es imposible! Aquí dentro hay una buena parte de la silla, ya la vemos, pero de él nada encontramos, sino las espuelas cortadas, que le cayeron de los pies. Busquemos por todas partes y dejémonos de discursos inútiles, porque aquí tiene que estar: o todos estamos embrujados o nos lo han raptado los demonios.

Así iban todos enardeciéndose, buscando airados por toda la sala, golpeando paredes, lechos y bancos; de los golpes sólo se salvó el lecho donde estaba recostado el caballero, al que ni apalearon, ni tocaron siquiera, pero libraron toda una batalla, dando estacazos a su alrededor, como ciegos buscando a tientas.

Mientras iban hurgando y volcando lechos y taburetes, llegó una de las damas más bellas que se haya visto en esta tierra —de criatura tan hermosa no se oyó jamás contar palabra—, pero andaba enloquecida de dolor, casi a punto de matarse, alternando arrebatos y desmayos: se alzaba, gritando todo lo fuerte que podía, para caer nuevamente sin conocimiento. Cada vez que se levanta del suelo, empieza a arañarse, a arrancarse el pelo, como una mujer demente retorciéndose las manos, rasgándose las prendas, para volver a desmayarse a cada paso, al ver cómo se llevan, delante de ella, depositado en el ataúd, el cuerpo de su esposo muerto. Piensa que se quedará sin consuelo, y este pensamiento le arranca alaridos de dolor.

En cabeza iban las cruces, el agua bendita y los cirios, con las damas de un convento, luego los evangelios e incensarios, con los clérigos, que administran el bien supremo al que aspira el alma cautiva.

Mi señor Yvain oyó los gritos y el duelo indescriptible —jamás se podrá describir, ni hay quien pueda reflejarlo, ni queda escrito en ningún libro—. Pasó la procesión, pero, en medio de la sala, se creó un inmenso remolino de gente alrededor del ataúd, porque la sangre caliente, clara y bermeja había vuelto a brotar de la herida: esto era para ellos prueba manifiesta¹⁰ de que, con toda certeza, andaba todavía por el castillo el enemigo que libró batalla con su señor y le causó la muerte. Y la gente venga a buscar y rebuscar, a volcar y hurgar, demudados todos por la angustia y el pavor ante la sangre bermeja que acababan de ver gotear ante sus

propios ojos. Entonces sí que resultó apaleado y golpeado mi señor Yvain, en el lecho donde estaba tendido, pero no se movió un ápice por ello. Viendo con estupor cómo se abrían las llagas, sin saber por qué sangraban ni a quién delataba la sangre, la gente gritaba cada vez más, repitiendo unos y otros:

—¡Entre nosotros está el que lo mató, y no acertamos a verlo!
¡Será un sortilegio diabólico!

Enloquecida la dama por el dolor que la estremecía, gritaba fuera de sí:

—¡Ay, Dios! ¿No encontrarán nunca al homicida, al traidor que ha matado a mi noble señor? ¿Noble? ¡No, sino ciertamente, de los nobles, el mejor! Dios verdadero, la culpa será tuya, si de aquí lo dejas escapar. Sólo a ti debo reprochar que lo robes a mi vista. No se ha visto nunca poder como el tuyo, ni daño como el que me causas, impidiendo que yo vea a quien está tan cerca de mí. Como no lo veo, tengo que afirmar que aquí entre nosotros han surgido fantasmas o demonios, que han embrujado todo mi ser. ¿O acaso sea un cobarde, puesto que me teme? Sí, acobardado está, cuando me tiene miedo, y de tan insigne cobardía viene el que no se atreva a mostrarse ante mí. ¡Ah! Fantasma, medrosa criatura, ¿por qué te acobardas ante mí, cuando te atreviste ante mi señor? ¿Por qué no te tendré ahora a mi merced? ¡Ya se habría desvanecido tu poder! ¿Por qué no podré apresarte? Pero ¿cómo pudiste tú matar a mi señor, sino por traición? Ya comprendo que tú nunca habrías derrotado a mi esposo, si te hubiera visto, él, que no tenía par en el mundo a los ojos de Dios ni a los de los hombres, y ahora no habrá otro que le iguale. Ciertamente, si tú fueras mortal, no te habrías atrevido con mi señor, a quien nadie podía vencer.

Así se debate la dama, así lucha contra sí, destruyendo toda su persona, y a su alrededor su séquito vuelve a dar pruebas del mayor duelo que se puede mostrar, según van llevando el cuerpo para darle tierra. Tanto han buscado y escudriñado que se han hartado con la busca, y ya lo dejan con gran pesar, pues no logran ver a nadie que pueda ser sospechoso.

Ya habían celebrado las monjas y el sacerdote el servicio fúnebre y, al volver de la iglesia, fueron a rezar sobre la sepultura. Pero la doncella del aposento no pone en ello todo su cuidado;

ella piensa en mi señor Yvain y vuelve pronto a su lado, diciéndole:

—Noble señor, toda una hueste de gente ha estado aquí, descargándose como una tormenta, rastreando cada escondite, con más minuciosidad que un braco cuando persigue el rastro de una perdiz o de una codorniz. Sin duda, debisteis pasar mucho miedo.

—A fe mía —contesta el caballero—, decís verdad: nunca creí que me asustara tanto. Sin embargo, si fuera posible, me gustaría ver pasar la procesión, por una ventana o cualquier agujero.

Pero él no tenía el menor interés en ver ni cadáver ni procesión: lo que de verdad habría querido es que se los hubiese llevado el fuego a todos, cien marcos habría pagado para que ardiesen. ¡Qué cien marcos! ¡En verdad, aunque fuesen más de cien mil! Todo lo decía con la esperanza de ver lo único que le importaba: la señora del castillo. Le llevó la doncella hasta una ventana, porque, hasta donde fuera posible, ella quería devolverle el favor que le hizo. Acechando a la bella dama por aquella ventana, mi señor Yvain sorprende sus lamentos:

—Noble señor, Dios tenga vuestra alma en su merced, pues es cierto que jamás montó caballo, que yo sepa, caballero cuyo valor os alcance. Ni en el honor, noble y querido esposo, ni en la cortesía, hubo nunca caballero que os igualara. La riqueza era vuestra amiga, y Valentía compañera vuestra. ¡En compañía de los santos quede vuestra alma, gentil y tierno esposo!

Luego rompe y desgarrá todo cuanto llega a sus manos. Con gran esfuerzo refrena mi señor Yvain el deseo de correr a sujetarle las manos, pase lo que pase. Pero con toda delicadeza y dulzura, la doncella multiplica sus ruegos, consejos, súplicas y exhortaciones, para que se guarde de cometer alguna locura, diciéndole:

—Aquí estáis muy bien. Tened cuidado de no moveros por nada hasta que haya remitido todo este duelo. Dejad que la gente se vaya, que ya se marcharán pronto. Si permanecéis tranquilo hasta entonces, como os lo aconsejo, os podrá ser de gran provecho. Aquí podéis quedaros sentado, viendo a la gente ir y venir, entrar y salir, y sin que nadie os vea, lo que no es poca ventaja, pero guardaos de proferir insultos, pues quien se deja llevar por la ira, empeñándose en sermonear y ultrajar a los demás en cuanto tiene fácil ocasión, para mí no está siendo valiente, sino

cobarde. Tened buen cuidado, si se os ocurre alguna locura, de no llevarla a cabo. Sabio es quien sofoca pensamientos insensatos y se esfuerza en acometer lo razonable dentro de sus posibilidades. Obrad prudentemente, no vaya a ser que tengáis que dejar la cabeza como prenda, sin que os paguen rescate. Preocupaos de vuestra persona y acordaos de mi consejo, quedaos tranquilo hasta que vuelva, que no me atrevo a permanecer aquí por más tiempo, pues si se prolongase mi ausencia, acaso empezarían a desconfiar, al no verme con los demás en el bullicio de las gentes, y me regañarían de mala manera.

Con estas palabras, ella se marcha, mientras él se queda solo, sin saber cómo comportarse. Siente gran pesar al no poder llevarse algo del cuerpo de su enemigo, al que están enterrando ante sus ojos, como prueba tangible de haberle dado muerte: si no tiene ningún testimonio fehaciente que pueda mostrar para garantizar la verdad de su parlamento ante la corte, entonces será acusado de infamia, sin escapatoria, porque Kay actúa tan perversa y villanamente que irá preparado para dispararle acusaciones y arruinarle con sus ataques, justo como hizo aquel día: tiene todavía frescos en la memoria y en carne viva sus insultos y sarcasmos.

Pero con sus dulces mieles, le cura y suaviza Amor novel, que ha invadido su feudo y se ha cobrado su presa: enemiga suya es la dueña de su corazón, pues él ama al ser que más le odia. Sin saberlo siquiera, la dama ha vengado con creces la muerte de su esposo, pues mayor venganza se ha tomado de lo que habría imaginado —ahora ni lo sabe— si Amor no se hubiese encargado de vengarla, hiriendo a su enemigo con tan dulce requerimiento que con la mirada le traspasa el corazón. Tal golpe dura y duele más que los de una lanza o espada: un golpe de espada pronto cura y sana por arte de un médico, pero herida de Amor peor se vuelve, cuanto más cerca está su medicina.

Herida de esta clase lleva mi señor Yvain, de la que nunca curará, porque Amor le ha subyugado. Amor va trastocando los lugares por donde pasa, y luego se retira, porque no quiere otro huésped ni hospedaje, y prueba su valor abandonando y despreciando los lugares conquistados una vez que se le han entrega-

do. No quiere que haya huella de él en otro sitio, pero busca en sus antiguos lugares. Es una gran lástima cuando Amor es tan vil como para albergarse en el peor lugar que encuentra, como si fuera el mejor hospedaje. Pero esta vez, en cambio, le acoge una morada noble, un lugar donde gustará de morar y demorarse. Así debería comportarse siempre Amor, que es de muy noble naturaleza, porque no deja de ser sorprendente que se atreva vergonzosamente a alojarse hasta en los lugares más infames. Se parece entonces al que derrama bálsamo sobre el polvo, al que odia el honor y gusta de la deshonra, al que incorpora hollín a la miel y mezcla azúcar con la hiel. Pero en esta ocasión, Amor se ha alojado en un feudo franco y noble y esto nadie se lo puede reprochar.

Después del entierro, marchóse toda la gente: no quedaron ni clérigos, ni caballeros u hombres de armas, ni damas, salvo la que no oculta su dolor. Ella permanece sola y a menudo se lleva las manos a la garganta, aprieta los puños, se golpea las palmas; otras veces lee sus salmos en un salterio iluminado con letras de oro.

Mi señor Yvain sigue apostado en la ventana, desde donde la contempla; cuanto más la mira, más hermosa la encuentra. ¡Cuánto quisiera que dejase sus llantos y su lectura y consintiera en conversar con él! Amor le ha conquistado en la ventana, arrojándole a este querer, que le desespera porque no puede pensar ni creer que tal deseo llegue a cumplirse y así se debate:

—Por loco puedo tenerme, cuando quiero lo que nunca podré poseer: a su esposo herí de muerte, ¡y pienso que hará las paces conmigo!

»¡A fe mía, como si no supiera que ahora ella me odia y con todo derecho!

»*Ahora*, dije, hablando con sabiduría, porque la mujer tiene más de cien estados de ánimo y esta tesitura, en la que ahora se encuentra, quizá cambie pronto.

»Y sin *quizá*: seguro que cambiará y estoy loco por desesperarme. Dios le conceda cambiar pronto de parecer, pues si así lo quiere Amor, me es preciso quedar en su poder para siempre: quien no accede de buen grado al requerimiento de Amor en cuanto le atrae a su vera comete traición y villanía y, lo afirmo para que lo oiga quien quiera, no tiene derecho a ningún gozo.

»En cuanto a mí, no desmereceré y siempre amaré a mi enemiga, porque no debo odiarla, si a Amor no quiero traicionar: lo que quiere Amor debo yo amar.

»Pero ¿y ella? ¿Debe llamarme su amigo? Claro que sí, porque yo la amo, y yo la llamo enemiga mía, porque me odia, con todo derecho: yo he matado al objeto de su amor.

»¿Soy enemigo suyo entonces? Ciertamente no lo soy, sino su amigo.

»¡Cuánto suplicio padezco por sus hermosos cabellos! Nada creí amar nunca tanto. De tanto como relucen, su belleza sobrepasa la del oro fino. Me incendia e irrita el alma con ira al ver cómo son arrancados y destrozados.

»¡Que no pueda jamás enjugar las lágrimas que caen de sus ojos! ¡Cuánto me disgusta todo ello! Ojos tan hermosos nunca se vieron, pese a estar llenos de incesantes lágrimas. Me duele cuanto llora y nada me causa tanta congoja como verla herir un rostro que no hubiese merecido tal martirio: nunca vi otro tan bien dibujado, ni tan fresco de color.

»Pero me descorazona sobre todas las cosas el que sea su propia enemiga. Realmente, no finge e intenta todo lo posible para destruir la belleza de su rostro, cuando no hay cristal tan transparente ni tan pulido espejo.

»¡Dios mío! ¿Por qué comete tan gran locura hiriéndose las manos? ¿Por qué retuerce sus preciosas manos y se araña el pecho? ¿No sería pura maravilla verla alegre, cuando enfurecida resulta tan bella?

»Sí, es verdad, puedo jurarlo, Naturaleza jamás pudo sobrepasarse hasta tal punto como creando esta belleza: ha sobrepasado la medida, ¿o acaso no ha tenido parte en esta obra?

»¿Cómo pudo ser esto? ¿De dónde surgió tan gran belleza? Dios la hizo, con su mano desnuda, para que la Naturaleza se quedase soñando. Podría malgastar todo su tiempo, si quisiera imitarla, porque ya ni Dios podría volver a traer al mundo, si se empeñara, semejante criatura ni, creo yo, a nadie podría enseñar tal modelo, por más que se esforzara...

Así describe mi señor Yvain a la dama, quebrantada por el duelo, y nunca ocurrió, que yo sepa, que un hombre apresado, con tal suerte como la de mi señor Yvain, es decir, temiendo por

su vida, amase tan locamente a quien acaso jamás, ni él ni otro de su parte, pudiese requerir de amores.

Permaneció en la ventana, hasta que vio cómo retornaba la dama, y se dio cuenta de que ya habían bajado ambas puertas corredizas.

Cualquier otro que prefiriese la libertad al confinamiento se habría preocupado por ello, pero a él que las cierran o que las abran le resulta igual: ciertamente, no se iría por nada del mundo si se las abriesen, ni si la dama le diese licencia para marcharse perdonándole generosamente la muerte de su esposo, para que se marchara sin nada que temer, porque Amor y Deshonor le retienen, enfrentándosele por ambos lados: si se marcha, quedaría deshonrado, porque nadie iba a creer que hubiera logrado tal hazaña; por otra parte, siente tal deseo de volver a ver a la hermosa dama, aunque otro favor no le fuera posible alcanzar, que no le importa el cautiverio: prefiere morir a irse.

Pero vuelve la doncella, queriendo hacerle compañía, darle solaz y esparcimiento, buscar y traerle cuanto quiera y se le antoje. Ella le encuentra preocupado y debilitado por el amor que le domina.

—Mi señor Yvain —pregunta—. ¿Cuál ha sido vuestra suerte desde que me fui?

—Una suerte —contesta— que me ha tenido muy complacido.

—¿Complacido? ¡Por Dios! ¿Decís verdad? ¿Cómo puede quedar complacido quien ve cómo le persiguen para matarle? ¡A no ser que ame y desee su muerte!

—Ciertamente —dice—, dulce amiga mía, no quisiera morirme por nada del mundo, porque mucho me complació lo que vi, y Dios me sea testigo, me complace todavía y me complacerá siempre.

—Dejemos por ahora este asunto —contesta la doncella, que sabe captar muy bien el significado de sus afirmaciones—, no soy tan necia ni tan insensata como para no entender perfectamente vuestras palabras, pero ahora seguidme, que trataré de haceros salir de esta prisión; esta misma noche o mañana, si os place, os dejaré a salvo en buen lugar; pero venid ahora, que os conduciré.

—Tened por seguro —replica— que de aquí no saldré en mucho tiempo, ni tampoco a hurtadillas como un furtivo. Cuando toda

la gente esté reunida ahí afuera, en medio de las calles, entonces es cuando saldré, porque resultará más honroso que hacerlo de noche.

Y con estas palabras, penetró tras ella en el pequeño aposento. La doncella, que era muy lista, se afanó en servirle generosamente, y no reparó en obsequiarle con todo lo que necesitase.

Después de marcharse, ella se estuvo acordando de cómo el caballero le dijo cuánto le había complacido lo que vio, a pesar de que le anduviesen buscando por la sala unas gentes que le odiaban a muerte.

Esta doncella estaba tan a bien con su señora que no había nada que no se atreviese a contarle, siempre que fuera importante, ya que ella era su gobernanta y dama de honor. ¿Cómo iba a sentir temor por dar consuelo a su dama, aconsejándole por su bien? Así que la primera vez que pudo hablarle a solas, le dijo:

—Señora, me sorprende mucho tan descomedido comportamiento por vuestra parte. ¿Pensáis acaso, señora, que con vuestro duelo llegaréis a recobrar a vuestro esposo?

—¡Ay!, de ninguna manera —exclama—, pero si fuera por mí, ya me habría muerto de dolor.

—¿Por qué?

—Para seguirle.

—¿Seguirle? Dios os guarde y devuelva tan buen esposo como está en su poder.

—Nunca has dicho semejante mentira: jamás podría devolverme otro tan bueno.

—Otro mejor todavía, si queréis tomarlo. Os lo demostraré.

—¡Cállate y desaparece de mi vista! Nunca encontraré otro igual.

—Sí podríais, señora, si aceptarais. Pero ahora decidme sin enfadaros, vuestra tierra ¿quién la defenderá cuando llegue el rey Arturo, que la semana próxima ha de acudir al escalón y a la fuente? ¿Es que no habéis recibido recado sobre ese asunto en la carta que os mandó la Doncella Salvaje? ¡Ay! ¡Qué bien ha empleado ella el tiempo! Cuando deberíais estar preparándoos ahora mismo para defender vuestra fuente, no cesáis de llorar. No deberíais demorar esta decisión, querida señora, pues es cierto que, como bien sabéis, todos los caballeros que tenéis no va-

len una camarista: hasta el que más se precie no cogerá ni escudo ni lanza. Tenéis a mucha gente, pero cobarde toda ella, y no habrá ninguno con suficiente audacia para montar su caballo, mientras el rey que viene con su ejército se apoderará de todo sin encontrar resistencia.

La dama lo sabe muy bien y piensa que le aconseja con buena fe, pero lleva dentro una especie de locura, común a otras mujeres: todas, o casi, se comportan de tal manera que revelan su insensatez negándose a aceptar su propia voluntad.

—¡Márchate! —contesta—. Déjame en paz. Si alguna vez te oigo mencionar este asunto, lamentarás haberlo hecho. Pero desaparece ya, pues demasiado enojo me causan tus discursos.

—¡Enhorabuena, señora! —exclama—. Cómo se ve que sois mujer, pues las mujeres suelen enfadarse al oír a quienes sólo pretenden darles un buen consejo.

Se marchó entonces, dejando sola a la dama, que volvió a darse cuenta de cómo se había equivocado: hubiese querido saber cómo podría la doncella demostrarle que era posible encontrar mejor caballero de lo que había sido su esposo. De buen grado se lo oíría contar, pero ella misma se lo había prohibido. Con este pensamiento, espera la vuelta de la doncella, que no tiene en cuenta la prohibición y le vuelve a decir:

—¡Ah, señora, os parece mérito el mataros de dolor! Por Dios, no os castigéis así, renunciad a esta deshonra: a dama de tan alto linaje, no conviene mantener tan largo duelo. Acordaos de vuestra honra y de vuestra cortesía. ¿Es que pensáis que toda proeza ha muerto con vuestro señor? Otros tan buenos o mejores quedan en el mundo.

—¡Dios me confunda si no mientes! Y sin embargo nómbrame un solo caballero que haya dado pruebas de valentía como hizo mi esposo a lo largo de su vida.

—Y vos no me lo agradeceríais, sino que volveríais a enojaros y a amenazarme.

—No, te doy mi palabra de que no lo haré.

—Así sea, para vuestra felicidad futura, si la aceptáis, ¡y Dios quiera que lo decidáis así! No veo razón por la que deba callar, ya que no hay nadie para escuchar ni oírnos. Acaso me tendréis por impertinente, pero me parece que bien puedo haceros esta

pregunta: cuando dos caballeros han librado combate, midiéndose con las armas, ¿cuál de los dos creéis que vale más, si uno vence al otro? Por lo que a mí respecta, doy el premio al vencedor, ¿y vos?

—Me parece que me estás tendiendo una trampa, y que me quieres coger con la palabra.

—A fe mía, podéis entender que yo voy por el camino de la verdad, y os estoy demostrando irrefutablemente que tuvo más valor que vuestro esposo el que le venció: le derrotó y persiguió atrevidamente hasta aquí, encerrándole además en su propia casa.

—¡Nunca oí tamaño disparate! ¡Éste es el mayor que se me ha dicho! ¡Vete, malévola, y nunca vuelvas a mencionar ante mí una sola palabra sobre ese caballero!

—Ciertamente, señora, ya sabía yo muy bien que no tendría de vos la menor gratitud, y ya os lo dije antes, pero me habíais prometido que no os ibais a enojar, ni guardarme rencor por ello. Mal habéis cumplido vuestra promesa y así me ha ocurrido: vos me habéis dicho cuanto habéis querido, y yo he perdido buena ocasión de callarme.

Tras estas palabras, vuelve la doncella a su aposento, donde demora mi señor Yvain, a quien cuida, colmándole de todas las atenciones. Pero a él no hay nada que le agrade, si no puede ver a la dama. En cuanto a las propuestas en su favor que hace la doncella, él no sospecha ni sabe nada.

Sin embargo toda la noche, la dama, muy preocupada como estaba por defender su fuente, estuvo haciéndose graves reproches a sí misma. Así empieza a arrepentirse de haber reprobado, regañado y maltratado a su doncella, porque tiene la absoluta certeza de que ella nunca le propondría algo por interés, premio o recompensa, o por favorecer al caballero: la ama más a ella que a él, y no le aconsejaría por nada del mundo algo deshonesto o que le causara perjuicio, porque es demasiado leal amiga suya. Y con este pensamiento, vierais cambiar a la dama; cree que nunca, a ningún precio, volverá a hacerlo, y que debe amarla de todo corazón. En cuanto al caballero que acaba de rechazar, buscará muy leales argumentos para disculparle: según la razón y el derecho, no la ha ofendido en nada. Con gran ardor, empieza a llevar el debate, como si estuviera en un pleito y tuviese enfrente al acusado:

—Entonces, ¿pretendes negar —exclama— que de mano tuya muriese mi señor?

»—De tal hecho no sólo no reniego —contesta—, sino que os lo confieso sin reparo.

»—Dime entonces por qué lo hiciste. ¿Para causarme daño? ¿Por odio o por desprecio?

»—¡Muera yo al instante si lo hice por causaros daño!

»—Entonces tú no me has ofendido en nada, ni tampoco hacia él tuviste culpa alguna, porque, de haber podido, él también te hubiera matado.

»Me parece que con justicia he juzgado, y que éste es fallo conforme a derecho.

Así se demuestra a sí misma, encontrando argumentos en la justicia y la razón, que no tiene derecho a odiarle, y siguiendo el discurso de su propio deseo, se enciende en su mismo ardor, como un humeante fuego que de repente prende en vivas llamaradas sin que le atice ningún sople de aire.

Y si ahora viniese la doncella, sin duda ganaría la causa por la que tanto abogó, y que le valió copiosas recriminaciones.

A la mañana siguiente, volvió aquélla y retomó sus latines donde los había dejado, mientras la dama le escuchaba cabizbaja, sintiéndose culpable de haberla amonestado tan injustamente. Esta vez trata de enmendar su conducta y le habla con prudencia y humildad, para preguntarle el nombre del caballero, su condición y linaje.

—Quiero implorar vuestro perdón por el grave ultraje y la manera orgullosa e insensata en que os hablé. Ahora seguiré los preceptos de vuestra escuela. Pero decidme, si lo sabéis, este caballero del que me habéis hablado tanto ¿qué clase de hombre es y de qué casa o linaje? Si me iguala en rango, y no hay obstáculo por su parte, le haré, os lo prometo, señor de mi tierra y de mi persona. Pero convendrá llevar este negocio de tal forma que yo no dé que hablar, ni se pueda decir de mí: ésta es la que se casó con el que mató a su esposo.

—En el nombre de Dios, señora, así se hará. Tendréis además el esposo más noble, más cortés y más hermoso que nunca salió del linaje de Abel.

—¿Cómo se llama?

—Mi señor Yvain.

—A fe mía, no tiene nada de villano, sino que es de noble alcurnia este nombre. Ya lo sé: es el hijo del rey Urién.

—Ciertamente, señora, decís verdad.

—¿Y cuándo podremos tenerlo?

—Dentro de cinco días.

—Es un plazo demasiado largo, y si dependiese de mí, ya estaría aquí. ¡Que venga esta misma noche o mañana a más tardar!

—Señora, no creo que siquiera un pájaro pueda volar tanto en un solo día. Pero le mandaré recado despachando a uno de mis mozos, muy experto jinete, que será capaz, creo yo, de llegar a la corte del rey Arturo mañana por la noche, porque antes es imposible dar con el caballero.

—¡Demasiado largo y holgado es este plazo: los días son largos! Decidle pues que cabalgue más rápido de lo que acostumbra, para estar de vuelta aquí mañana por la noche, porque a nada que quiera esforzarse, de dos jornadas podrá hacer una: cuando de noche luzca la luna, que haga como si fuera de día, y yo le regalaré todo cuanto desee cuando vuelva.

—Dejadlo a mi cuidado y lo tendréis a vuestro lado dentro de tres días, a más tardar. Mañana convocaréis a vuestra gente y pediréis consejo acerca de la llegada del rey. Para mantener la costumbre os será preciso tomar buenas medidas en defensa de vuestra fuente, y como no habrá nadie, ni siquiera de alta condición, que se atreva a arrostrar el desafío, podréis decir entonces con perfecto derecho que os convendría casaros: que os requiere de amores un muy afamado caballero, pero que no os atrevéis a tomarlo por esposo, si no os lo aconsejan unánimemente y asumen la responsabilidad de tal compromiso.

»Ya me conozco yo a los cobardes: con tal de que otros se encarguen de llevar el peso con el que ellos mismos tendrían obligación de cargar, caerán de rodillas a vuestros pies para agradecer vuestra decisión, porque así quedarán librados de su propio miedo. Pues quien se asusta de su misma sombra cuida de evitar, si puede, encontrarse con lanza o dardo, que no son artes para cobardes.

—A fe mía, eso es justo lo que deseaba y acepto gustosa vuestro plan, pues había pensado precisamente lo que acabáis de ex-

poner, y así lo haremos. Pero ¿por qué seguís aquí? Marchaos. No os demoréis más. No descanséis hasta traerlo y, mientras, yo convocaré a mis gentes.

Así terminan ambas su parlamento. La doncella finge mandar un correo hasta la tierra de mi señor Yvain para ir en su busca. Mientras tanto, le da un baño diario, le lava y alisa el cabello; también le va preparando una túnica de escarlata bermeja, forrada de petigrís, aún espolvoreada con tiza¹¹, y no regatea nada de cuanto pueda contribuir a ataviarle vistosamente: para abrocharle al cuello, un firmal de oro, engastado con piedras preciosas, que labran los orfebres de este país con una gracia exquisita y, colgada de la cintura, una escarcela de rico brocado.

Cuando ya lo tiene embellecido con todos sus arreos, anuncia secreta y sigilosamente a la dama que su mensajero está de vuelta y su misión cumplida con pleno acierto.

—Pero ¡cómo! —exclama—. ¿Y cuándo vendrá mi señor Yvain?

—Si ya está aquí.

—¿Que está aquí? Pues que venga entonces aprisa, ahora mismo, aunque con gran discreción y sigilo, y siempre que me encuentre a solas. Cuidad que no venga nadie más, porque un cuarto testigo me resultaría odioso.

Sale entonces la doncella para volver al lado de su huésped, pero no le muestra en su rostro la alegría que anida en su corazón, sino que le cuenta la situación, como si su dama supiera que ella le ha guardado entre estas paredes, diciéndole:

—A Dios gracias, mi señor Yvain, ya no es menester ocultaros, pues han progresado tanto vuestros asuntos que ya sabe mi señora que estáis aquí, por lo que me ha hecho graves reproches y he merecido sus reprimendas y su enojo; pero me ha dado garantía de que os puedo conducir ante su presencia, sin que tengáis que sufrir ningún percance o acechanza. No os causará ningún daño, creo yo, con una sola condición que os debo confesar, pues de otro modo os traicionaría y llevaría a engaño: quiere teneros en su prisión, y así como quiere tener a vuestro cuerpo encarcelado, también a vuestro corazón.

—Ciertamente —contesta el caballero—, no me causará ningún pesar, pues deseo fervorosamente quedarme preso en su cárcel.

—Preso habéis de quedar, os lo juro, por esta mano diestra con

la que ahora os retengo. Venid ya, pero os aconsejo que os comportéis con mucha humildad, para que no se os haga dura la prisión; no os asustéis: cárcel de esta especie, pienso yo que no os ha de resultar muy penosa.

Le lleva entonces la doncella, que tan pronto asusta al pobre caballero como le tranquiliza, y le habla, jugando a disfrazar sus palabras, de esta prisión donde le van a encerrar, pues no hay amante que no conozca de amor el cautiverio, y ella piensa que tiene derecho a reivindicar esta cárcel, fuera de la cual no hay amigo.

La doncella lleva de la mano a mi señor Yvain hasta el lugar donde ha de ser muy amado, pero él en cambio teme ser muy mal acogido —temor que no tiene nada de extraño.

Encontraron a la dama sentada encima de una rica colcha bermeja. Mi señor Yvain se llevó, os aseguro, un gran susto en el umbral de la habitación donde se hallaba la dama, que no se inmutó y siguió sin decir palabra; este prolongado silencio fue lo que le atemorizó y se quedó aturdido por el miedo, porque llegó a pensar que había sido traicionado. Se mantuvo en el umbral sin dar un paso, hasta que tomó la palabra la doncella y exclamó:

—¡Maldita sea quinientas veces quien lleva a la habitación de una hermosa dama a un caballero que no se le acerca, ni tiene lengua, ni boca, ni ingenio para saber abordarla! —entonces ella le sacude y le agarra del brazo diciéndole: Venid acá, caballero, no tengáis miedo, que mi señora no os morderá. Pedidle paz y concordia y yo os apoyaré para rogarle que os perdone la muerte de su esposo, Esclados el Pelirrojo.

Mi señor Yvain, que al punto se ha arrodillado, le suplica juntando las manos, como un leal amigo:

—Señora, verdaderamente, yo no imploraré vuestra clemencia, sino que os he de agradecer cualquier tratamiento que me queráis dar, porque, viniendo de vos, no me podría desagradar ninguno.

—¿Ninguno, señor? ¿Y si mando mataros?

—Señora, os lo agradeceré y nunca me oiréis quejarme.

—¡Jamás —exclama ella— oí algo parecido: abandonáis a mi merced toda vuestra persona por libre albedrío y sin que yo os obligue a ello!

—Señora, no mentiré si os digo que no hay fuerza en el mundo que me obligue, salvo la que me ordena doblegarme en todo

ante vuestra voluntad. Nada temo cumplir de lo que os plazca mandarme, y si pudiera enmendar la muerte con la que os he ofendido, la enmendaría sin reparos.

—¿Cómo? —replica la dama—. Contestadme, y así quedaréis libre de expiar vuestra culpa, si al matar a mi esposo, no habéis sido culpable ante mí.

—Señora —responde—, perdonadme si os pregunto: cuando me atacó vuestro esposo, ¿qué culpa tuve al defenderme? Si un caballero quiere matar o apresar a otro y su adversario lo mata en defensa propia, decidme si este último es culpable.

—En absoluto, si se atiende al derecho. Pienso además que aunque os condenase a muerte, de nada me serviría. Me agradaría mucho saber, en cambio, de dónde viene esta fuerza que os manda plegaros a mi voluntad, sin ningún reparo. Sentaos, y os dejaré libre de toda culpa y reparación, si me contáis cómo os tiene así de esclavizado y dominado.

—Señora —contesta mi señor Yvain—, de mi corazón, que os pertenece, surge esa fuerza; es mi corazón el que me arrojó a este querer.

—Y al corazón, hermoso y tierno amigo, ¿quién lo subyugó?

—Mis ojos, señora.

—Y a los ojos, ¿quién?

—La gran belleza que vi en vos.

—Y la belleza, ¿de qué tiene la culpa?

—De tanto hacerme amar, señora.

—¿Amar? ¿A quién?

—A vos, mi amada señora.

—¿A mí?

—Así es, en verdad.

—¿De qué manera?

—De tal manera que no puede existir amor más grande, de tal suerte que de vos no se aparta mi corazón, ni jamás puedo hallarlo en otro lugar. Hasta tal punto que en ninguna otra morada puedo albergar mis pensamientos. Tal que a vos me entrego por entero y os amo más que a mí mismo, y que a vuestra merced y discreción, por vos quiero morir o vivir, según os plazca.

—¿Y os atreveríais a emprender combate en mi nombre, en defensa de mi fuente?

—Sí, ciertamente, señora, contra la humanidad toda.

—Sabad entonces que acordamos la paz entre nos —y así, en tan breve plazo, quedaron reconciliados. La dama, que antes había reunido en consejo a sus barones, le dice—: Vayamos hasta aquella sala, donde están mis consejeros que acaban de autorizarme a que vuelva a tomar esposo, por la necesidad que ven en ello. Allí mismo me entregaré a vos, sin buscar más lejos otro pretendiente, pues no debo rechazar como esposo a buen caballero e hijo de rey.

Así vio logrados y cumplidos la doncella todos sus propósitos. En cuanto a mi señor Yvain —os lo puedo atestiguar— no sintió ningún enojo por tan feliz desenlace, ni cuando se lo llevó consigo la dama hasta la sala, que estaba llena de caballeros y hombres de armas a su servicio. Todos quedaron admirados ante la nobleza de mi señor Yvain; a su llegada se levantaron e inclinándose para saludarle fueron comentando lo que ya adivinaban:

—Éste es el que tomará por esposo nuestra señora. Maldito quien se lo prohíba, pues parece un caballero de una nobleza admirable. Ciertamente, él sería digno esposo hasta de la emperatriz de Roma. ¡Ojalá le hubiera jurado ya fidelidad y ella le hubiese prometido su mano! Así, hoy mismo o mañana, podrían casarse.

Estos comentarios se iban oyendo y otros del mismo estilo. Al fondo de la sala, había un banco, donde fue a tomar asiento la dama, de modo que toda la asamblea podía verla. Mi señor Yvain pareció querer sentarse a sus pies, pero ella le hizo levantarse, para que estuviese a su lado. Luego, invitó a su senescal a tomar la palabra, para que le oyeran todos.

Empezó entonces su parlamento el senescal, que era hombre prudente y sensato:

—Señores —dice—, nos amenaza una guerra: no hay día en que el rey no mande preparar cuanto dispone, para atacar y devastar nuestras tierras. Antes de que pasen dos semanas, toda nuestra tierra quedará asolada, si no encuentra un buen defensor. Cuando mi señora se casó, no hace seis años todavía, lo hizo por consejo de sus señorías, pero su esposo ha muerto, lo que la sume en la aflicción.

»Ahora quien tuvo a todo este país y lo llevó con tan buen gobierno sólo posee una toesa de tierra. ¡Cuánto debemos lamentar una pérdida tan temprana! La mujer no puede llevar escudo ni golpear con la lanza, pero sí, en cambio, enmendar su estado y elevar su rango, tomando esposo de alta condición. En esta necesidad, más fuerte que nunca, se encuentra ahora nuestra señora; así que debéis aconsejarle todos que tome esposo, para preservar la costumbre que ha mantenido a este castillo, desde hace más de sesenta años.

Después de oír estas palabras, todos manifiestan su acuerdo con esta propuesta, que les parece justa. Luego, rodean a la dama, cayendo a sus pies, ansiosos por conocer su decisión.

Ella se hace rogar para aceptar lo que más le agrada, hasta que al final otorga, como si fuera a su pesar, lo que habría llevado a cabo, aunque todos, uno por uno, se hubiesen opuesto, y declara:

—Señorías, puesto que os complace oírme, os diré que este caballero, aquí sentado a mi lado, me ha rogado y requerido con insistencia: quiere ponerse a mi servicio, para defender mi feudo y mi persona, como hombre ligio, lo que le agradezco; vuestras señorías también se lo agradecerán.

»Ciertamente, hasta el día de hoy no le había visto nunca, pero sí había oído nombrar a menudo a este afamado caballero, pues es hombre de alto linaje: ¡sabed que es hijo del rey Urién!

»Además de ser de tan elevada condición, es de tal valentía, cortesía e ingenio que nadie me debe desaconsejar esta unión. Todos, creo yo, habéis oído hablar de mi señor Yvain de forma elogiosa, pues él en persona es quien pide mi mano: así que tomaría por esposo, si llega ese día, a un caballero de más alto linaje que el de mi propio rango.

Y todos exclaman:

—Si obráis sabiamente, no pasará el día de hoy sin que se celebren los esponsales, pues negocio provechoso es insensato demorarlo, aunque sólo sea por una hora.

Tanto insisten rogándole que ella otorga lo que hubiese hecho contra viento y marea, pues Amor le manda cumplir aquello para lo cual pide consejo y aprobación; pero a mayor honra se casará, si tiene licencia de su mesnada. Tantos ruegos no le importunan, sino bien al contrario, le aguijonean el corazón e inci-

tan a seguir su inclinación: caballo que trota, al galope se lanza, en cuanto se le espolea.

Delante de todos sus barones, se entrega la dama a mi señor Yvain, y él recibe, de la mano de su capellán, a Laudina de Landuc, hija del duque de Laududez, aquel héroe del que se canta un cuento. Aquel mismo día, sin demora, la tomó por esposa y se celebraron los esponsales. Se congregaron multitud de cruces y mitras, por tantos obispos y abades como había convidado la dama, y acudieron muchas personas de alta nobleza; en fin, cundió la alegría y el regocijo más de lo que os podría contar, aunque empleara mucho tiempo en hacerlo, y por esta razón ahora prefiero callarme, en vez de seguir con esta historia.

Ahora mi señor Yvain es el dueño y señor, y olvidado queda el muerto. Quien lo mató tomó a su viuda y ambos comparten el mismo lecho. La gente tiene al vivo en mayor aprecio y estima de los que dispensaron al difunto. Se pusieron a su servicio con mucho afán durante las bodas, que duraron hasta la víspera del día en que el rey llegó, con su séquito, hasta la fuente y el escalón prodigioso. En esta aventura, cabalgaba el rey al frente de toda su mesnada, pues no había dejado allí ni uno solo de sus hombres.

—¡Por Dios! —dijo mi señor Kay—. ¿Qué habrá sido de mi señor Yvain, que no ha venido, después de tanto presumir en la sobremesa de que iría a vengar a su primo? Me imagino que habrá huido, porque no se hubiera atrevido a venir aquí por nada del mundo. Todo fue pura jactancia y soberbia desmesura. Muy osado hay que ser para atribuirse unos méritos que los demás no le conceden y afianzar su fama sobre el mero testimonio de una vanagloria falaz. Dista mucho el cobarde del valiente: el primero discurre junto al fuego, deshaciéndose en elogios sobre su propia persona y toma por necios a los demás, a nada que sospeche que no goza de su aprecio. El segundo, en cambio, sentiría angustia al oír relatar en su presencia tantas proezas como acometió. Sin embargo, la verdad es que estoy completamente de acuerdo con el cobarde: no se equivoca al pensar que, si no hablase él mismo a su favor, ¿quién iba a hacerlo? Ciertamente es que los heraldos callan sus nombres, cuando pregonan las hazañas de los valerosos por las cuatro esquinas, y a los cobardes man-

dan a tomar vientos, así que no encuentran a nadie que mienta en beneficio suyo.

Estos comentarios iba haciendo mi señor Kay, hasta que intervino mi señor Gauvain:

—¡Piedad, mi señor Kay, piedad! Mi señor Yvain no está aquí todavía, pero vos ignoráis qué tarea lo retiene. Tened por cierto que él jamás se rebajó a hablar mal de vos, pues sabe demasiado de cortesía para actuar de forma tan villana.

—Señor —contesta Kay—, me callo y hoy no me oiréis hablar más de este asunto, pues veo que os enoja.

Entonces el rey, que quería presenciar el aguacero, vertió la vasija llena de agua encima del escalón, debajo del pino, e inmediatamente empezó a llover, y caían chuzos de punta.

No tardó nada en llegar mi señor Yvain, que ya había entrado armado en el bosque, y venía galopando sin parar, montado en un caballo muy grande, recio, fuerte, rápido y fogoso.

A mi señor Kay se le antojó abrir combate, pues, sin importarle el desenlace, siempre quería empezar justas y torneos, enfureciéndose mucho si no se le concedía este honor. En presencia de todos, cae de rodillas ante el rey, rogándole que le deje emprender la batalla.

—Kay —dice el rey—, puesto que os complace y lo habéis solicitado el primero, no se os debe vedar el honor de esta batalla.

Kay le da las gracias y monta su caballo. Mi señor Yvain se alegraría y sentiría gran satisfacción, si pudiera ahora humillar a este fanfarrón, al que ha reconocido fácilmente por sus armas. Coge el escudo por las enarmas, y Kay el suyo. Aguijoneando sus caballos, se lanzan uno contra otro, bajando las lanzas, que tenían apoyadas en lo alto, hasta sostenerlas sólo por las empuñaduras. Con tal ansiedad se enfrentan y se esfuerzan con sus golpes al chocar que ambas lanzas rompen a la vez y se les van resquebrajando en los puños.

Tan fuerte golpe le asesta a Kay mi señor Yvain que le hace caer de la silla, dar una voltereta e hincársele el yelmo en la tierra. No le quiere infligir más castigo mi señor Yvain, que ahora descabalgó y le quita el caballo a su adversario.

Se alegraron muchos de los que contemplaban la justa, y hubo algunos para decirle:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué bien os sienta estar ahí derrumbado, cuando no habéis dejado de despreciar a los demás! Pero es de justicia que os hayan perdonado la vida, porque no habíais conocido todavía la derrota.

Mientras tanto, se acercó mi señor Yvain ante el rey, llevando el caballo por la brida, porque lo quería devolver, y así se lo manifestó:

—Señor, mandad recoger este corcel, porque haría mal quedándose con algo que os pertenece.

—Pero ¿quién sois vos? —pregunta el rey—. Si no os viese u oyese nombrar, sólo por la voz me costaría reconocerlos.

Entonces revela su nombre mi señor Yvain, y es tan grande para Kay la humillación, cuando él ha acusado a su vencedor de haber huido, que ahora no sólo queda derrotado, sino también pasmado por la vergüenza, mudo y anonadado.

Los demás, en cambio, se alegran mucho y celebran gozosamente que el honor de mi señor Yvain haya salido victorioso. Hasta el rey mostró satisfacción y agrado, pero el júbilo de mi señor Gauvain superó con creces al de cualquiera, porque apreciaba la compañía de mi señor Yvain por encima de la de cuantos caballeros conocía.

El rey pide encarecidamente que les cuente, si no le importa, qué hazañas había acometido hasta llegar aquí, pues tenía gran deseo de conocer su aventura, y le invita a relatarla lo más fielmente posible. Todo les fue contado entonces por mi señor Yvain: la generosidad con que le trató la doncella y el favor que le hizo. No faltó palabra a su relato, ni se olvidó de ningún detalle. Luego rogó al rey que le acompañara a su castillo, para hospedarse allí, con todos sus caballeros, pues albergarles bajo su techo sería para él un honor y un placer. Contestó el rey que gustosamente le haría compañía, durante ocho días enteros, con toda amistad y alegría. Se lo agradece mi señor Yvain, y sin demora montan sus caballos para encaminarse hacia el castillo. Pero mi señor Yvain manda por delante de la comitiva a un escudero con un halcón grullero para avisar a la dama, que no le sorprenda una llegada inesperada y que sus gentes fueran adornando sus mansiones en honor del rey.

Cuando se entera la dama de la llegada del rey, siente gran ale-

gría, y no hay nadie que no se ponga contento al oír la noticia, ni al que deje de importarle tal acontecimiento. La dama convoca a todos para aconsejarles que vayan al encuentro del rey, y ellos, sin discutir ni regañar, cumplen su deseo de buen talante.

Al encuentro del rey de Bretaña van todos montados sobre grandes caballos españoles y saludan, con una fuerte ovación, al rey Arturo primero, y luego a todos los de su séquito:

—¡Bienvenida sea —gritan— esta compañía de tan valientes caballeros! ¡Bienvenido sea quien los lleva y nos trae a tan valiosos huéspedes!

El castillo entero resuena del júbilo con que se celebra la llegada del rey. Paños de seda se han desplegado afuera, a modo de adorno, y con alfombras encima del pavimento han tapizado las calles en honor del rey, cuya llegada aguardan. En sus preparativos, no se han olvidado de resguardar del sol al rey y han dispuesto colgaduras que cubren las calles de un lado a otro. Campanas, cuernos y trompas retumban en el castillo con tal estruendo que no se oiría ni a Dios tronar. Por donde bajan las doncellas, suenan flautas y violas, zampoñas, panderos y tambores. En otros lugares, ágiles saltimbanquis dan muestra de su arte con saltos y piruetas. Todos rivalizan en festiva alegría y preparan con gozo una acogida a la altura de tal circunstancia.

Ahora ha salido la dama, que lleva un atuendo digno de una emperatriz: vestido ribeteado de armiño nuevo, y en la cabeza, una diadema, toda engarzada de rubíes. De su rostro ha desaparecido toda huella de enojo y la dicha ilumina su sonrisa —resultaba, a mi parecer, más hermosa que una diosa.

Todo el gentío se arremolinaba alrededor, gritando una y otra vez:

—¡Bienvenido sea el rey, señor de todos los reyes y señores de este mundo!

Se queda el rey sin poder contestar a todos y ahora ve venir hacia él a la dama, que esboza el gesto de sujetarle el estribo; como el rey adivina su intención, se le adelanta, apresurándose en desmontar. Cuando ha descabalgado, ella le saluda con estas palabras:

—¡Bienvenido cien mil veces sea el rey mi señor, y bendito su sobrino, mi señor Gauvain!

—¡Alegría tengan vuestro cuerpo y vuestro espíritu, hermosa criatura —contesta el rey—, y que seáis muy dichosa!

Luego el rey la abrazó, cogiéndola por la cintura, en un gesto de franca cortesía, y ella le rodeó con sus brazos.

No voy a seguir con todas las manifestaciones de bienvenida con que la dama acogió al resto del séquito, pero nunca oí hablar de personas tan festejadas, honradas y bien atendidas. Si no temiese malgastar mis palabras, no me hartaría de contaros tanto regocijo, pero sólo voy a recordar, en un breve relato, la entrevista secreta, celebrada entre la luna y el sol.

¿Sabéis a quiénes quiero referirme? Aquel que fue señor de caballeros, y de todos el más afamado, bien merece llamarse «Sol»: hablo de mi señor Gauvain, por quien queda iluminada toda la caballería, del mismo modo que el sol de la mañana, al penetrar con sus rayos, devuelve la claridad a cuantos lugares alcanza.

En cuanto a la «Luna», no puedo hablar más que de una, de gran lealtad y entrega. Sin embargo no lo digo sólo por su fama, sino porque Luneta era su nombre.

Así que Luneta se llamaba la doncella, que era una amable morenita, hábil, sagaz y astuta. Se gana la tierna amistad del señor Gauvain, que la aprecia y quiere mucho, e incluso la llama su amiga. Como ella ha salvado de la muerte a su amigo y compañero, él se pone a su servicio. Ella, por su parte, le cuenta con detalle todos los esfuerzos que desplegó para persuadir a su señora de que tomara a mi señor Yvain por esposo y cómo le salvó de sus perseguidores: ¡él estaba en medio de ellos, pero nadie lo veía! Le dijo entonces mi señor Gauvain, que se había reído mucho durante su historia:

—Amiga mía, os entrego con mi persona a un caballero tal como es, dispuesto a serviros sin contrapartida; este caballero no lo cambiéis por otro jamás, si no pensáis ganar con el cambio; vuestro soy, sed de aquí en adelante amiga mía.

—Os doy las gracias, señor —contesta ella.

Así intercambiaron ambos promesas de amor, pero otros se entregaban también a juegos amorosos, porque damas había quizás noventa, a cual más hermosa, llenas de cortesía, donaire, talento, valor y prudencia, y todas de gran nobleza y alto linaje.

Con ellas podían los caballeros solazarse, abrazándolas y besándolas, conversar e intercambiar miradas, sentarse a su lado: este privilegio por lo menos todos pudieron disfrutarlo...

¡Qué fiesta ahora para mi señor Yvain, el compartir su morada con el rey! La dama honra con tanta consideración a cada uno de los convidados en particular, y a todos en general, que hay insensatos como para creer que este trato lleno de atenciones, que ella les proporciona, está inspirado por el amor: necios merecen ser llamados los que piensan ser amados cuando una dama es bastante cortés para dar muestras de cariño a un infortunado, acariciarle y abrazarle; con sólo hermosas palabras, el tonto enloquece de alegría y pronto los demás se burlan de él.

Toda la semana, los invitados pasaron el tiempo recreándose con toda suerte de placeres: muchos se entretuvieron, dedicándose a la caza por el bosque, y a la pesca, mientras otros, que quisieron recorrer la tierra conquistada por mi señor Yvain al casarse con la dama, salieron a divertirse por los castillos de los alrededores, hasta las seis leguas, o cinco, o cuatro, a la redonda.

Cuando el rey estimó que ya no debía prolongar su estancia, mandó emprender los preparativos para su salida. Pero durante la semana, todos los compañeros de mi señor Yvain habían puesto su empeño en lograr que él los acompañara.

—¡Cómo! —le decía mi señor Gauvain—. ¿Seríais acaso de los que echan a perder su valía por culpa de su mujer? ¡Por santa María, quede deshonrado quien se case para desmerecer! Quien tiene una noble y hermosa dama por amiga o mujer debe ganar méritos, pues es justo que ella le deje, si van a menos su fama y su valor. Tened por cierto que su amor os llegaría a enojar, si fuese motivo de demérito. Una mujer no vacila en retirar su amor, y está en su derecho, si desprecia al que ha desmerecido, nada más hacerse señor de su reino.

»Lo más importante es que se acreciente vuestra honra. Romped el freno y el cabestro, e iremos a tornear, vos y yo, que no se os pueda llamar cobarde. No debéis soñar despierto, sino frecuentar torneos, disputar justas y abandonar todo lo demás, cueste lo que cueste. Demasiado sueña quien no se mueve.

»No lo dudéis, es preciso que nos acompañéis, no tendréis

escapatoria. Cuidad, noble compañero, de no apartaros de nuestra compañía; por mi parte, la mía no os faltará nunca.

»¿Acaso no es sorprendente que se pueda seguir deseando un placer que siempre perdura? ¡Pero si gana la felicidad en demorarse! Es más dulce de apurar un ínfimo placer que se ha demorado que uno mayor del que se goza sin interrupción. El goce del amor que se demora¹² se parece al verde leño cuando arde: cuanto más tarda en prender, más calor desprende y más tiempo se consume. Además, uno puede llegar a aferrarse a una costumbre de tal forma que cada vez es más penoso el abandonarla, e imposible luego, aunque se quiera.

»Pese a todo cuanto os estoy diciendo, si yo tuviera tan bella amiga como tenéis, querido y noble compañero, Dios y todos los santos me sean testigos, ¡con qué dolor la abandonaría! Pienso que andaría loco de amor por ella. Así da buenos consejos quien no sabría aconsejarse a sí mismo, como los predicadores, que enmascaran su desvergonzada lujuria, elogiando en sus sermones todo el bien que no quieren llevar a la práctica.

Tanto insistió mi señor Gauvain, abogando con estos argumentos, y tantas veces le suplicó, que él le prometió tratar de este asunto con su mujer: se marcharía, si ella le daba licencia; a locas o a sabiendas, pondrá todos los medios para que ella se la conceda, y pueda retornar a Bretaña.

Se reúne con la dama, que no sospecha nada de esta petición, y le dice:

—Muy querida señora mía, vos que sois corazón y alma mía, mi bien, mi alegría y solaz, tenéis que prometerme una cosa, sobre vuestro honor y el mío.

La dama, que ignora lo que quiere pedirle, se lo concede de antemano, diciéndole:

—Querido esposo, vos podéis mandarme lo que os parezca.

Ahora le pide mi señor Yvain licencia para acompañar al rey e irse a tornear, para que no le llamen cobarde.

—Os concedo licencia —le dice—, pero dentro de un cierto plazo. Tened por seguro que el amor que os tengo se tornaría en odio, si prolongaseis vuestra ausencia más allá del término que os fije. Sabed que no admitiré mentiras al respecto, y si vos mentáis, yo mantendré la verdad. Si queréis conservar mi amor, y me

tenéis algún afecto, pensad en volver pronto, antes de que haya transcurrido un año, o sea ocho días después de la fiesta de San Juan, en cuya octava entramos hoy. De mi amor seréis despojado y apartado, si no estáis de vuelta aquí a mi lado, antes de ese día.

Mi señor Yvain llora y suspira tanto que apenas si puede decirle:

—Señora, muy largo se me hace este plazo. Ojalá fuera una paloma, para acercarme a vuestro lado muy a menudo, todas las veces que quisiera. Ruego a Dios que, si le place, no permita que me demore tanto.

»Pero quien piensa volver pronto desconoce el porvenir que le reserva su aventura. Yo ignoro lo que me ha de suceder. Si la necesidad me retuviese enfermo o preso, a tanto me obligáis que no hacéis ninguna salvedad, ni siquiera la imposibilidad física.

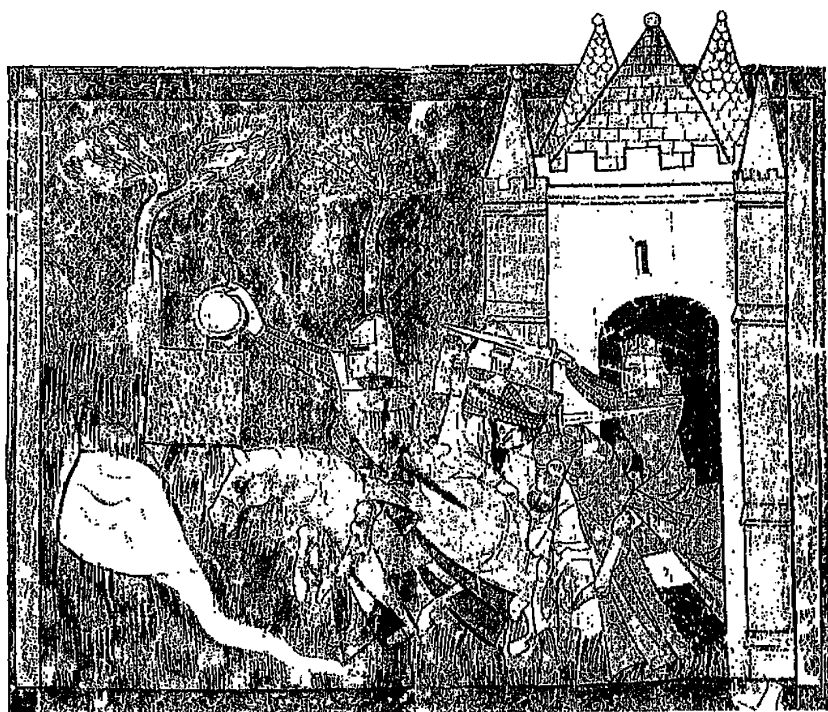
—Señor —contesta ella—, sí la incluyo, pero os juro que si Dios os protege de la muerte, no os espera ninguna dificultad, mientras os acordéis de mí.

»Ahora, poned en vuestro dedo este anillo mío, que os presto. Quiero deciros sin rodeos cuál es la virtud de la piedra que lleva: a su amparo, no puede quedar apresado ningún amante leal y verdadero, ni perder sangre, y no le sucederá mal alguno. Quien lo lleve y tenga por preciado permanece con el recuerdo de su amiga y se vuelve más duro que el hierro: este anillo mío os servirá de escudo y loriga. Verdaderamente, a ningún caballero se lo quise prestar o regalar, pero os lo doy como prueba de amor.

Ahora tiene mi señor Yvain licencia para marcharse, pero mucho ha llorado al despedirse. Pese a las súplicas, el rey no quiso demorarse, sino que esperaba impaciente que le trajesen todos los palafrenes, enjaezados y ensillados. En cuanto lo ordenó, todo quedó dispuesto y les trajeron los palafrenes, listos ya para montar.

No sé si debo seguir contando la salida de mi señor Yvain, los besos con que le despiden, besos sembrados de lágrimas y con dulzura perfumados. Y del rey, ¿qué os he de contar? ¿Cómo le acompaña la dama, con su séquito de doncellas y caballeros? Me entretendría y se demoraría demasiado el relato.

Miniaturas del manuscrito

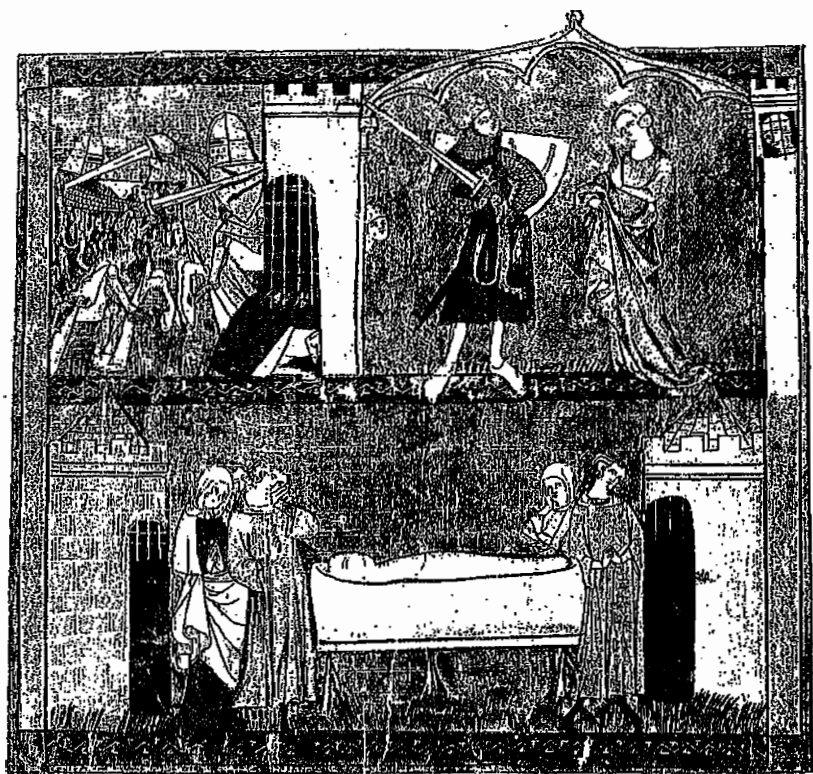


(Biblioteca Nacional de París, ms. 1433)



«Le asesté un golpe con toda la fuerza de la que era capaz
—y nunca regateo esfuerzo— y le alcancé en el brocal del escudo»
(fol. 65) [pág. 65]

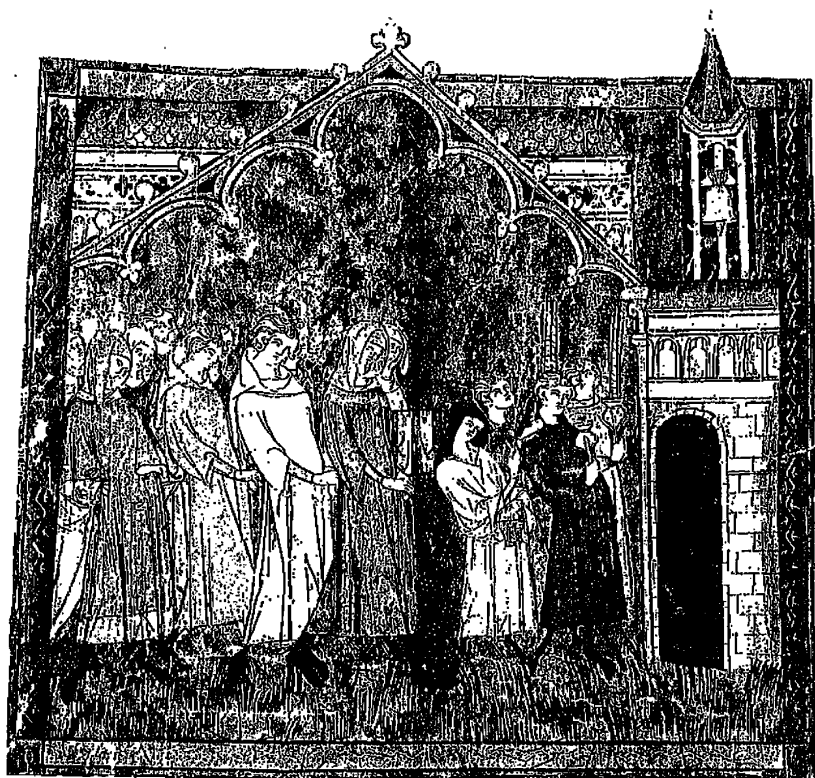
«...el trato de consideración con que le honró el valvasor sobrepasó
todo lo que os he narrado» (fol. 67 v.)



«En verdad me temo, caballero —dice—, que en mala hora hayáis venido aquí: si os cogen en este lugar, pronto os harán pedazos, porque mi señor está herido de muerte y sé bien que sois vos quien le ha matado.

Mi señora sufre por ello tal duelo»

(fol. 69 v.)

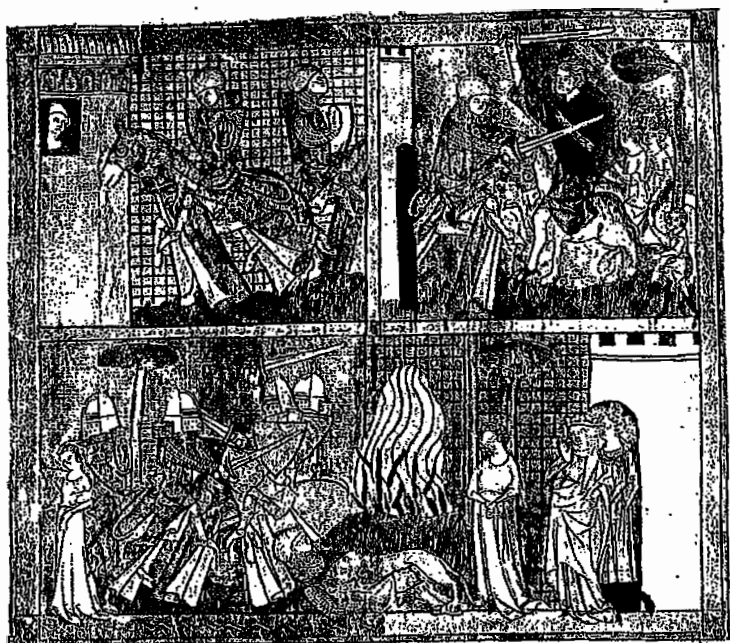


«En cabeza iban las cruces, el agua bendita y los cirios, con las damas de un convento, luego los evangelios e incensarios, con los clérigos, que administran el bien supremo al que aspira el alma cautiva» (fol. 72 v.)



«Con tal ansiedad se enfrentan y se esfuerzan con sus golpes
al chocar que ambas lanzas rompen a la vez y se les van ,
resquebrajando en los puños.

Tan fuerte golpe le asesta a Kay mi señor Yvain que le hace caerse
de la silla, dar una voltereta e hincársele el yelmo en la tierra»
(fol. 80 v.)



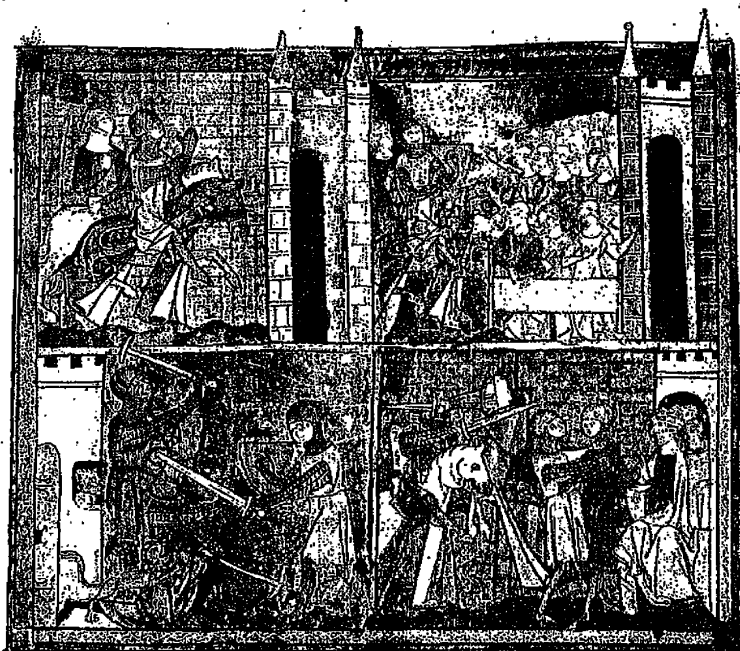
Et mot lesun d'auant se fard
 ne la fardre mal ne li fard
 ne il geint par ni la gale
 ni plus estoit lee d'un ole
 poli lions apres l'assant
 o la bataille ne li fant
 as quor q'le haueigne apres
 idier li n'aura il adas
 ne pites ten semont & pite

ni fardre semont & ase
 la teste gent & frande
 lespre furdie & blande
 a le felon serpent tequerre
 i le trandre iusques en tete
 les-ij. moines retrandrine
 lete & relier & ant lez done
 ne tout l'ame pite & le pite
 as de le hene & ne pite

«Ahora los otros dos arremeten contra él y, blandiendo sus espadas desenvainadas, ambos le golpean vigorosamente»

«Todas las damas, que tienen en gran estima a la doncella, no cesan de invocar al unísono el nombre de Dios (...). Con plegarias le ayudan sus mercedes, a falta de bastonazos»

(fol. 90)



P ar nous quide la damoisele
C ome desfranchier la querele
A nne siue sont deslires
A e uentur canpres sen entremete
A ne li puet faire quider
E ne autres li puent aidier
E a morte la deslierez
A nchis conquise a l'onneur
A creu nre nallage
P ar delrauer son huerage

E le meismes uons querit
P our le bon quen seus aleront
M e la autre n'ist uenue
S uns uans ne l'ent retorne
D ce qui pur force au li l'en trait
S i men respondes si uons plait
S e nous vunt ioleres
O u se uons uo repleres
A enil fait il de repler
M e se puet nris huer aloer

«...así de terribles resultan las cuchilladas con que se hieren y aturden»
 «Una vez desarmados, ambos vasallos se echan en brazos uno de otro»

Los versos corresponden a las escenas del último recuadro de la miniatura: combate de Yvain y Gauvain y reconciliación de ambos ante el rey Arturo. La parte izquierda reúne también distintas fases del combate en que el león encerrado sale luego en ayuda de su señor. En la parte superior, el caballero cabalgando con la doncella y ambos llegando al castillo de la Pésima Ventura

(fol. 104)



«Mi señor Yvain ya ha alcanzado el perdón, y podéis creer que, después de tan larga y cruel desesperación, jamás gozó de tanta felicidad»

En la parte superior de la miniatura dos escenas yuxtapuestas: el Caballero del León acompaña a la doncella desheredada hasta la corte de Arturo; ya en presencia del rey, ambos requieren justicia (fol. 118)

Viendo a la dama llorar con tal desconsuelo, el rey le ruega que deje de hacerles escolta y regrese a su castillo, y como le insistiera tanto, ella, muy a pesar suyo, se volvió llevándose a sus gentes.

Mi señor Yvain, a duras penas, se ha separado de su amiga, pero su corazón no se aparta de ella. El rey puede llevarse su cuerpo, pero de su corazón no se llevará ninguna parcela, porque permanece tan estrechamente ligado al corazón de la abandonada que no hay poder que se lo lleve. Sin el corazón, el cuerpo no puede sobrevivir a ningún precio, y jamás se ha sabido de algo tan prodigioso como que sobreviva el cuerpo sin el corazón; sin embargo con mi señor Yvain se ha producido tan increíble prodigio, cuando ha retenido la vida su cuerpo, aun después de que lo abandonara su corazón, que pese a estar acostumbrado a hospedarse allí, no quiso seguirle en su aventura. El corazón ha encontrado hermosa morada y el cuerpo vive con la esperanza de retornar a su lado. Pero de qué manera tan extraña tendrá hecho el corazón, si cuando alardea de volver a su esperanza, al mismo tiempo la traiciona, faltando a su promesa. No sabrá nunca, creo yo, en qué momento quedó traicionado, pero si pasa en un solo día el plazo que juntos han acordado, ya le será muy difícil encontrar tregua y paz al lado de su dama. Y sobrepasará el plazo, lo sé, porque mi señor Gauvain no le dejará apartarse de su compañía.

Por todos los lugares donde hay torneos, allí van ambos a tornear, y pasa muy rápido el año, porque mi señor Yvain cumplió con tal valentía que mi señor Gauvain procuraba dejarle casi siempre los honores del combate, y así le hizo demorarse tanto que no sólo transcurrió el año, sino parte del siguiente, hasta mediados de agosto, cuando el rey reunió a su corte, con vistas a celebrar unos festejos.

La víspera de la fiesta, los dos volvieron de un torneo, donde había luchado mi señor Yvain, y ambos caballeros se habían llevado todo el mérito del encuentro —esto cuenta, me parece, la historia.

Los dos compañeros acordaron no hospedarse en la ciudad, y haciendo montar su pabellón fuera del recinto palaciego, reunieron allí a su corte, sin acercarse a la corte del rey; en cambio,

el rey vino a la suya, pues con ellos estaba toda la flor de la caballería.

El rey Arturo se acababa de sentar entre ellos, cuando Yvain empezó a meditar. Jamás desde que se despidió de su dama le había sorprendido pensamiento como el que le invadía ahora, al percatarse de que había traicionado su promesa, traspasando el término fijado. A duras penas, iba reteniendo sus lágrimas y sólo la vergüenza que sentía le ayudaba a contenerlas.

Mientras así se hallaba, meditabundo, vieron venir a una doncella, que cabalgaba derecho hacia ellos. Al galope llegaba, montada sobre un palafrén negro, con motas de color blanco. Descabalgó delante del pabellón sin que nadie le ayudase a desmontar ni fuera a coger su caballo. En cuanto pudo ver al rey, dejó caer su manto y, sin esta prenda, penetró en el pabellón y se presentó justo delante del rey.

—Mi señora—dijo—saluda al rey, a mi señor Gauvain y a todos los demás, salvo a Yvain, el mentiroso, el perverso, el hipócrita e impostor, que la ha traicionado y engañado. Ella ya se ha dado cuenta de su deslealtad. Él fingía ser un amante leal, cuando no era más que un falso seductor y un ladrón. Sedujo a su dama sólo para despojarla, y ella, toda inocencia ante el mal, en absoluto pudo sospechar que la desposeería de su corazón, pues amantes leales no roban corazones, y sólo los llaman ladrones los ciegos que no saben nada de amor. El verdadero amigo coge el corazón de su amiga no para robarlo, sino para cuidarlo, y quienes lo roban son unos rufianes, que fingen ser nobles caballeros, siendo unos hipócritas e impostores, y se empeñan en quedarse con un corazón que nada les importa. El leal amigo, en cambio, vaya donde vaya, cuida con amor, hasta devolverlo, el corazón que tiene en su custodia.

»Mi señor Yvain ha matado a mi señora, porque ella pensaba que guardaría su corazón y se lo devolvería antes de que hubiese transcurrido el año.

»¡Qué olvidadizo has sido, Yvain, incapaz de acordarte de que debías volver al lado de mi dama antes de un año! Ella te dio como plazo hasta la fiesta de San Juan, y tú has actuado con tal desprecio que jamás volviste a acordarte. Mi señora, en cambio, ha ido pintando los días y las estaciones sobre las paredes de su

cámara, pues el que ama vive en una continua ansiedad, todas las noches, contando y sumando los días que vienen y se van, sin permitirse nunca un sueño feliz, porque así porfían contra ténporas y estaciones los leales amantes.

»No es sinrazón su queja, ni es prematura, y no estoy hablando para formular una querella, sino que insisto: nos ha traicionado el que ha traspasado el término señalado por mi señora.

»Yvain, mi dama no siente por ti más que desamor, y me manda decirte que no vuelvas jamás a su lado, ni te quedes por más tiempo con su anillo. Por mí, a quien ves delante, te manda decir que se lo envíes. ¡Devuélvelo, como es tu obligación!

Yvain no puede contestarle, porque le fallan el sentido y las palabras, y la doncella se precipita hacia él y le arranca el anillo del dedo. Luego la doncella encomienda a Dios al rey y a todo su séquito, salvo a aquel al que abandona sumido en profundo sentimiento. Crece mientras, para el desdichado, el desasosiego hasta tal punto que todo lo que ve le apena, cuanto oye le enoja, y desearía haber huido, encontrarse solo en una tierra tan salvaje que no se supiera dónde buscarle ni existiera alma viviente con más noticias suyas que si se hubiese hundido en un abismo. No hay nada en el mundo que odie tanto como a sí mismo, y se pregunta quién podría ofrecerle consuelo, cuando él es el artífice de su propia pérdida. Pero antes preferiría desangrarse hasta la muerte a dejar de tomar venganza de sí mismo por haberse despojado de su dicha.

Abandona la asamblea de los barones, porque teme volverse loco en su compañía. Como nadie sospecha su estado, le dejan marcharse solo, pensando que no le importan sus conversaciones ni su trato.

Anda errante largo rato, hasta alejarse mucho de tiendas y pabellones. Entonces le va subiendo a la cabeza tal vértigo que le hace perder la razón. Camina enloquecido, rompiendo y haciendo trizas sus vestiduras, huyendo por los campos labrados. Ahora, con gran desconcierto, se preguntan sorprendidas sus gentes dónde puede estar, y le buscan a diestra y siniestra, por setos y vergeles, donde acostumbran a acomodarse los caballeros, es decir, le buscan justo donde no está.

El sigue un buen trecho, hasta encontrar al lado de un cerca-

do a un mozo que llevaba un arco con cinco flechas, de puntas muy anchas y aceradas. Yvain camina hacia el mozo, a quien quiere coger el arco y las flechas que llevaba en la mano.

Ya no se acuerda de ninguno de sus actos pasados. Anda por el bosque al acecho de los animales, para luego matarlos y alimentarse con esta caza totalmente cruda.

Llevando esta vida de loco salvaje, iba vagando por el bosque desde hacía cierto tiempo, cuando encontró una casa bajita y pequeña que era de un ermitaño. Su dueño andaba artigando el bosque con fuego, para desbrozarlo. Cuando vio el ermitaño a aquel hombre desnudo, se dio cuenta sin lugar a dudas de que no tenía uso de razón, y convencido de que se trataba de un loco, se metió todo asustado en su choza. Sin embargo, por caridad, cogió el santo varón un pedazo de su pan y un cántaro de agua fresca, y lo dejó afuera, en el borde de una ventana estrecha. Se acerca entonces el pobre hambriento, con unas ganas enormes de coger el pan e hincarle el diente. Creo que jamás había probado pan tan áspero y tan poco refinado, seguro que no costaría más de cinco sueldos el sextario de grano con que se hizo, pues era más amargo que la levadura, amasado con cebada y paja, enmohecido y seco como la corteza de un árbol. Pero el hambre, cuando es ya tan apremiante y sin medida, empuja a comer cualquier cosa. Así que mi señor Yvain se apresuró a comer el pan del ermitaño, que le supo a gloria, y se bebió el agua fresca del cántaro.

Nada más comer, volvió al bosque en busca de ciervos y ciervas. Cuando le ve irse el santo varón, que seguía bajo techo, ruega a Dios que le guarde y proteja para que no vuelva a aparecer por sus lares aquel demente. Pero nadie que tenga un mínimo de sentido común deja de volver de buen grado al lugar donde le han hecho algún bien; así que desde entonces, y mientras siguió poseído por aquel delirio furioso, nunca dejó pasar más de ocho días sin colocar delante de su puerta alguna bestia salvaje que hubiera cazado. Desde entonces, llevó esta vida: el ermitaño se encargaba de desollar las piezas de caza y guisarlas en cantidad suficiente; cada día estaban en la ventana el pan y el cántaro de agua, para aplacar al furioso, y además tenía para comer su propia caza, aunque fuera sin sal ni pimienta, y agua fresca de la

fuelle para beber. También se preocupaba el santo varón de vender las pieles, para comprar pan de cebada y centeno sin levadura.

Transcurrieron semanas, con su buena ración de pan y caza, hasta que un buen día lo encontraron durmiendo en el bosque dos doncellas, que iban en compañía de una dama, a cuya mesnada pertenecían. Al ver a aquel hombre desnudo, una de las tres descabalgó y corre hacia él. Le estuvo mirando mucho tiempo, antes de distinguir en su cuerpo alguna señal que le permitiera reconocerlo, y sin embargo, ella que tanto le había visto, pronto le habría reconocido si hubiese vestido el rico atuendo que siempre solía llevar. Tardó mucho en reconocerle, pero a fuerza de examinarle, distinguió en su cara la larga huella de una herida. Mi señor Yvain llevaba idéntica señal, ella lo sabía por habérsela visto a menudo. Por aquella cicatriz lo ha reconocido, y que es él en persona no lo duda un instante, pero le sorprende mucho encontrarle en tan distinto estado de pobreza y desnudez. Se persigna ante tan extraño hecho y sin tocarle ni despertarle, vuelve a montar a caballo, para reunirse con las demás y narrarles llorando su aventura.

No me demoraré mucho contando el duelo que le causó aquel espectáculo, y referiré sólo las palabras que dijo entre sollozos a su señora:

—Señora, he encontrado a Yvain, el caballero más esforzado del mundo, el de más probado mérito, pero no sé por qué infortunio ha caído en tanta desgracia un hombre de tan alta condición. Acaso alguna desventura le haya provocado esta conducta extraña. Se puede enloquecer de dolor, y salta a la vista que él no está en su sano juicio, porque jamás, de verdad, habría podido comportarse con tal bajeza, de no haber perdido el uso de razón.

»¡Ojalá Dios le devolviera el juicio, tan bueno o mejor que antes, y le permitiera acudir en vuestra ayuda! Pues demasiado daño os causan los ataques del conde Alier, que guerrea contra vos. La guerra entre ambos se resolvería a vuestro favor, si Dios le diese tan buen hado que recobrara la razón y se encargara de prestaros ayuda en tan grave apremio.

—No os preocupéis —le contesta la dama—, porque seguramente, si no huye de aquel lugar, creo que con la ayuda de Dios

le libraremos la cabeza de tal frenesí, pero nos conviene actuar rápidamente porque me acuerdo de que me dio un ungüento la sabia Morgana, diciéndome que no hay delirio tan violento que no tenga la virtud de aliviar y quitar de la cabeza.

Cabalgan aprisa hacia el castillo, que estaba muy cerca, pues no distaba más de media legua —leguas de aquel país, donde una equivale a dos de las nuestras, y dos a cuatro de aquí.

Yvain permanece solo y dormido, mientras la doncella va en busca del ungüento. Abre la dama una de sus arquetas, saca un cofrecillo y lo entrega a la doncella, rogándole que no despilfarrar tan precioso bálsamo y le frote la frente y las sienes, sin necesidad de untar otra parte del cuerpo, sólo sienes y frente, insiste, y que guarde con cuidado lo que sobre, pues aparte del cerebro no le duele ninguna otra cosa.

La dama ha mandado sacar atavíos forrados de piel, una túnica y un manto de seda escarlata. Todo lleva consigo la doncella, que por la diestra conduce a un buen palafrén. Ella ha añadido a este atuendo, como regalo suyo, una camisa y calzones de tela fina, y delicadas calzas negras.

Se aleja deprisa con todo este equipaje, y pronto encuentra, en el mismo lugar donde lo había dejado, al caballero, todavía dormido. Deja a sus caballos bien atados en un bosquecillo, y se encamina, con el traje y el ungüento, hacia el durmiente; con gran decisión y valor, se acerca a aquel loco furioso hasta probar a tocarle y palparle. Coge el ungüento y le unta hasta que no queda en el tarro ni onza de bálsamo, pues tanto desea su curación que se esmera en frotarle todo el cuerpo. Gasta con prodigalidad, pues no le importa ni se acuerda de las recomendaciones de su señora, y echa más de lo necesario, porque le parece que siempre estará bien empleado; no sólo le frota las sienes y la frente, sino el cuerpo entero, hasta los dedos de los pies...

Tanto le frotó, al sol ardiente, las sienes y todo el cuerpo que consiguió sacar del cerebro toda la furia y la melancolía, pero fue una insensatez lo de untarle todo el cuerpo, porque no había ninguna necesidad —pero creo que, si ella hubiese tenido cinco sextarios de bálsamo, habría hecho lo mismo—. Ahora huye, para esconderse al lado de sus caballos, llevándose el cofrecillo, pe-

ro no la ropa, porque quiere que cuando se despierte, el caballero la vea allí dispuesta y la coja para vestirse.

La doncella permanece al acecho, detrás de un alto roble, hasta que el caballero, que ya ha dormido lo suficiente como para encontrarse sano y repuesto, recobra el sentido y la memoria. Al verse desnudo como una estatuilla de marfil, siente gran vergüenza —mayor hubiese sentido, de haber sabido su aventura— pero ignora por qué se encuentra desnudo. Ve delante de él estos atavíos nuevos y se pregunta, con una sorpresa sin límite, cómo y por qué prodigio llegaron aquí, y tan estupefacto y desconcertado está ante su desnudez que piensa que habría sido para él muerte y traición si en tal estado alguien le hubiese encontrado y reconocido. Sin embargo se viste, sin dejar de mirar por el bosque, por si viese venir algún ser humano. Piensa poder levantarse y sostenerse de pie, pero no consigue andar: necesita encontrar ayuda, para apoyarse y caminar, porque el mal le ha afectado hasta tal punto que apenas puede tenerse en pie.

En este preciso momento, la doncella, que ya no quiere permanecer escondida por más tiempo, pasa delante de él, cabalgando como si ignorase que está allí, y el caballero, que tenía gran necesidad de ayuda —no le importaba cuál— para que le llevasen hasta un castillo donde recobrar la salud, la llama con grandes esfuerzos. La doncella va mirando a su alrededor, vuelve a pasar de largo, como si no supiera nada de su presencia, se hace la sorprendida, lleva el caballo de un lado a otro, porque no quiere cabalgar derecho hacia donde él está. Y él sigue llamando:

—¡Doncella, por aquí, por aquí!

Y la doncella, por fin, endereza hacia él el trote de su palafrén. Le hizo creer con esta finta, prueba de recato y cortesía, que no sabía nada de él, ni le había visto nunca. Ahora se presenta ante él, diciendo:

—Señor caballero, ¿qué queréis de mí, cuando con tal urgencia me llamáis?

—¡Ah! —contesta—, gentil damisela, no sé por qué desgracia me encuentro en este bosque. Por Dios y vuestra fe, os ruego que me prestéis como galardón o me regaléis este palafrén que lleváis.

—De buen grado, señor, pero acompañadme a donde voy.

—¿Adónde? —pregunta.

—Fuera de este bosque, hasta un castillo próximo.

—Damisela, decidme de verdad si me necesitáis.

—Sí —contesta—, pero creo que en este momento no os valéis muy bien por vos mismo; os convendría descansar, por lo menos unos quince días. Coged el caballo que llevo a la diestra y cabalgaremos hacia el castillo.

Aquél, que no pedía otra cosa, lo coge y se monta, y van cabalgando hasta llegar a un puente, encima de un torrente que bramaba, desapacible y ruidoso. Al agua arroja de pronto la doncella el tarro, que llevaba vacío, pensando que así podrá disculparse ante su dama por el bálsamo malgastado: le dirá que, al pasar el puente, quiso la mala suerte que se le cayera al agua, porque, al tropezar su palafrén, se le escapó el cofrecillo del puño en que lo tenía encerrado, y poco faltó para que le siguiese en la caída —pero entonces habría sido más grave la pérdida—. Toda esta fábula hará creer a su señora cuando esté en su presencia.

Juntos han cabalgado hasta llegar al castillo. La dama ha acogido a mi señor Yvain con alegría, y sólo cuando ambas quedaron a solas, preguntó a la doncella por el tarro, y ésta le contó la mentira que tenía preparada, pues no se atrevió a decirle la verdad. Se irritó mucho la dama y le dijo:

—Es una pérdida muy enojosa, porque estoy segura de que jamás volveré a conseguir ungüento tan valioso, pero ya que ha desaparecido, no queda más que renunciar a ello. A veces cree uno desear su felicidad y sólo está deseando su desgracia: así con este vasallo, que creí que me proporcionaría alegría y dicha cuando me ha hecho perder lo más caro y mejor de cuanto tenía. Sin embargo, os ruego que le atendáis con todos los honores.

—¡Ah! Señora, ¡qué bien decís, pues qué mala jugada sería el convertir una desgracia en dos! —responde la doncella.

Del bálsamo ya no se vuelve a hablar y ambas rodean a mi señor Yvain con todas las atenciones habidas y por haber: le dan un baño, le lavan la cabeza, le afeitan —pues se le podían haber arrancado de la cara puñados de barba—, le frotan y le vuelven a frotar, con aceites y perfumes. No hay deseo suyo que no se apresuren a satisfacer: ¿quiere armas? En seguida se las propor-

cionan. ¿Un caballo? Le dejan el más grande, hermoso, fuerte y vigoroso.

Así pasó su estancia, hasta que, cierto martes, llegó ante el castillo el conde Alier, con su séquito de caballeros y hombres de armas, que iniciaron el ataque, sembrando de incendios y pillaje todo a su alrededor. Suben aprisa las gentes del castillo, para proveerse de armas, y salen todos, con armas y sin ellas, hasta alcanzar al enemigo, ya preparado, que no se digna ni moverse, porque los está esperando en un desfiladero.

Mi señor Yvain, que tras este prolongado descanso ha recuperado toda su fuerza, arremete a golpes contra la apretada hueste. Con tal fiereza golpea a un caballero en medio del escudo que me parece que dejó volteados a caballo y caballero, uno encima del otro, sin que el caballero pudiera jamás volver a levantarse: quebrada ya la espalda por el medio, se le reventó en la tripa el corazón. Se echa un poco atrás mi señor Yvain para tomar distancia, y pronto vuelve a la carga, y cubriéndose con el escudo se lanza para abrirse paso. ¡Verfásele derribar a cuatro caballeros en un santiamén, con más facilidad y en menos tiempo de lo que se tarda para contarlos, uno, dos, tres y cuatro!

Gracias a él iban cobrando coraje sus compañeros de armas, porque un hombre de corazón cobarde, cuando tiene ante sus ojos a un caballero que se esfuerza en su tarea con tal valentía, se siente invadido por una deshonra tan grande que la vergüenza empuja al corazón pusilánime que lleva en el cuerpo y le sostiene, dándole coraje y corazón de caballero. Así de valientes se tornaron sus compañeros, y cada uno estuvo perfectamente en su lugar durante el combate.

La dama, subida a lo alto de la torre de su castillo, sigue los combates y el ataque que marca la reconquista del desfiladero, contemplando heridos y muertos que yacen en el suelo, tanto de sus gentes como del enemigo, pero más de estos últimos, porque el cortés, el valiente y noble señor Yvain los tiene a su merced, como el halcón a las cercetas. Los hombres y las mujeres que se han quedado en el castillo, desde donde observan la batalla, exclaman:

—¡Ay! ¡Qué guerrero tan valiente! ¡Con qué vigor a sus enemigos obliga a doblegarse, requiriéndolos con tan recia firmeza! Arremete contra sus filas, como el león entre los gamos, cuando

lo acosa y persigue el hambre. ¡Qué fieros e intrépidos se han vuelto nuestros caballeros, que luchan con desconocido arrojo, cuando si no fuera por su ejemplo, no hubiesen quebrado lanza ni desenvainado espada para pelear! Cuando se encuentra a un hombre tan noble, hay que rodearle de afecto y estima.

»Mirad qué pruebas de valor está dando este caballero y con qué firmeza se mantiene ante el cerco de los combatientes. ¡Cómo tiñe ahora de sangre su lanza y su espada desnuda! Ya veis cómo se abre paso, empujando a sus enemigos en tropel, cómo se lanza, pasa adelante, esquiva el golpe y se vuelve. ¡Qué rapidez, cuando esquiva, pero cómo se demora para encararse al volver! Mirad, cuando arremete en medio de la lucha, qué poco caso hace de su escudo y deja que lo despedacen. No tiene piedad, ni poca ni mucha, sólo siente el fuerte deseo de vengarse de los golpes que le dan.

»Si le hubiesen fabricado lanzas con el bosque de Argona entero, creo yo que a estas horas de la noche no quedaría ninguna, pues no dan abasto para colocarle en el fieltro del arzón¹³ tantas como va quebrando.

»Ahora, mirad cómo saca y blande la espada. Ni Roldán con Durandal, luchando contra los turcos, hizo tal masacre, ni en la batalla de Roncesvalles, en España. Si tuviera el refuerzo de algunos compañeros del mismo temple, pronto se retiraría vencido el felón que nos aqueja, o saldría deshonorado del combate.

Y añaden a estos comentarios, que en buena hora habría nacido la mujer a quien entregase su amor, él, cuya bravura con las armas se reconoce entre todos como un cirio entre las velas, como la luna entre las estrellas, como el sol, cuyos rayos hacen palidecer a la luna; con sus proezas, se ha ganado los corazones de todas las gentes: cada uno, y cada una, hubiera querido que tomara por esposa a la dama del castillo y que quedase el feudo bajo su gobierno.

Así que todos, hombres y mujeres, cantaban alabanzas del preciado caballero, pero lo que contaban era pura verdad, pues a tantos enemigos alcanzó que huyeron a cual más rápido. Pero él los acosa desde muy cerca, seguido de todos sus compañeros, que a su lado se encuentran tan seguros como si estuviesen rodeados por una alta y espesa muralla.

Dura mucho el acoso, porque los perseguidores andan a la caza de los agotados fugitivos, y cuando los alcanzan, los despedazan y destripan sus caballos. Ruedan los vivos encima de los muertos, hiriéndose o matándose entre ellos en lucha encarnizada.

A toda prisa huye el conde, pero mi señor Yvain no vacila en perseguirle y hostigarle, hasta que le alcanza al pie de una empinada cuesta, muy cerca de la entrada de una fortaleza que le pertenecía. Allí quedó detenido en su huida el conde, pues nadie acudió en su ayuda, y sin súplicas ni dilaciones, le tomó mi señor Yvain juramento de sumisión, porque estando los dos solos, de igual a igual, el conde no tenía defensa ni posibilidad de escapar, ni de esquivar sus obligaciones; así que le prometió por su honor que se entregaría a la dama de Norisón, rindiéndose preso y atendiendo a sus condiciones de paz. Después de tomarle juramento, le hizo desarmarse, y quitado el yelmo de la cabeza y el escudo del cuello, se rindió el vencido haciendo entrega de su espada desnuda.

Le cayó entonces en suerte a mi señor Yvain el honor de llevar preso al conde, para entregarle a sus enemigos, que no se alegrarían poco de esta aventura. Pero la noticia de tan señalado acontecimiento empezó a correr antes de que llegase al castillo; así que todos van saliendo a su encuentro, con la dama a la cabeza. Mi señor Yvain le hace entrega del preso, al que lleva de la mano. Entonces jura y promete el conde hacer su voluntad, sin reparos, atender a sus condiciones como vencido, respondiendo ante ella, con todas las garantías, del cumplimiento de tal compromiso: le promete por su honor que mantendrá la paz con ella de aquí en adelante y la compensará de todas las pérdidas cuyas pruebas adujere, volviendo a edificar cuantas casas haya destruido.

Cuando quedaron asentadas estas capitulaciones a gusto de la dama, mi señor Yvain le pidió licencia para irse, cosa que ella nunca le habría otorgado, si él hubiese querido tomarla por esposa o amiga; pero no es el caso: ni siquiera deja que le acompañen y hagan escolta, y se marcha inmediatamente, sin que valga súplica alguna. Reemprendió su camino sin demora, dejando muy afligida a la dama a la que acababa de colmar de alegría. Precisa-

mente porque le había proporcionado tanta felicidad, mayor era ahora su pesar y desesperación, al ver que no quería quedarse más tiempo, cuando ella hubiese deseado cubrirle de honores. De haber aceptado, le habría hecho señor de todos sus feudos o, a cambio de su servicio, le habría dado cuantiosas soldadas, a su antojo. Pero él se negó a escuchar las razones de nadie, fuera hombre o mujer. Así se separa entonces de la dama y de su séquito, pese al profundo pesar que todos sienten, porque no quiere permanecer entre ellos.

Mi señor Yvain camina meditabundo por un espeso bosque, cuando oye salir del soto un grito de dolor desgarrado. Se dirige entonces hacia el lugar desde donde había partido el grito, y al llegar a un claro del bosque, ve en el fuego de la artiga a un león, al que una serpiente tenía agarrado por la cola, y le iba quemando la espalda a llamaradas. Sin entretenerse mucho contemplando este prodigio, mi señor Yvain delibera en su fuero interno a cuál de los dos animales prestar ayuda. Ya lo tiene pensado, se pondrá de parte del león, porque a las especies traidoras y venenosas sólo se las debe dañar, y tanta felonía rezuma la serpiente venenífera que vomita fuego por la boca. Por esta razón, decide mi señor Yvain que lo primero es matarla. Saca la espada y avanza hacia la bestia, el escudo delante de la cara para que no le alcance la llama que la bestia va echando por una boca más ancha que una olla. Si el león le asalta luego, ya tendrá batalla por respuesta, pero ocurra después lo que ocurra, ahora Piedad le suplica e inspira, para que ayude a este animal noble y franco.

Con su espada, que corta fina y fácilmente de un tajo, se lanza al ataque de la serpiente traidora y la parte por la mitad, hasta el suelo, y volviendo a tajar los dos trozos, golpea y sigue golpeando, asestándole tajos y más tajos hasta dejarla descarnada y desmenuzada en mil pedazos. Pero al león no tiene más remedio que partirle el trozo de la cola que seguía agarrado a la cabeza de la serpiente felona. Se esmeró en cortarle lo menos posible, sólo lo imprescindible.

Cuando hubo liberado al león, pensó que tendría que enfrentársele, porque se le echaría encima, pero aquel animal estaba lejos de albergar esas intenciones. Escuchad lo que hizo enton-

ces el león: se comportó como un caballero de buen linaje, adoptando los mismos gestos que quien se entrega preso: estiraba hacia él ambas patas juntas, apoyándose en las de atrás, e inclinaba la cabeza, volviendo a arrodillarse, con toda la cara mojada de lágrimas, en señal de humildad. Mi señor Yvain sabe perfectamente lo que esto significa: el león se humilla ante él, y le da señales de gratitud, por haberle librado de la muerte matando a la serpiente. Esta aventura llena al caballero de gozo.

Limpia su espada, manchada por el veneno y la inmundicia de la serpiente, y vuelve a envainarla, para reemprender el camino. Sigue su marcha flanqueado por el león, que ya jamás se apartará de su lado: de aquí en adelante, quiere acompañarle siempre, estar a su servicio y protegerle.

El león va por delante, para abrir el camino, y cuando husmea en el viento el olor de algún animal salvaje paciendo, se queda quieto, como al acecho. El hambre y el instinto lo empujan a buscar la presa y cazarla, para proveerse de su alimento: es ley de Naturaleza. Sigue un poco la pista, para mostrar a su señor que ha olfateado y rastreado una bestia salvaje, pero después se detiene y le mira atentamente, porque quiere servirle obedeciendo sus deseos, y no irá a ninguna parte en contra de la voluntad de su amo. Éste le comprende con su sola mirada: está demostrándole que le espera. Percibe y entiende perfectamente lo que significa: si se queda parado, él también se detendrá, pero si le sigue, cobrará la pieza que ha olfateado. Entonces lo excita jaleándole, como hiciera con un perro braco, y ahora el león vuelve a caminar, el hocico al viento, siguiendo la pista que ha husmeado. Y no le había engañado, pues a menos distancia de lo que alcanza un arco, vio a un cervatillo, que pacía solo en un valle. El león decidió capturarlo, y lo consiguió al primer envite, bebiéndole la sangre caliente. Después de matarlo, se lo echó al lomo y lo entregó a su señor, quien a partir de aquel momento lo tuvo en gran estima, por tanto afecto y generosidad como veía en él.

Como ya iba anocheciendo, le pareció conveniente acampar allí y despellejar el cervatillo, para poder comer cuanto le apeteciera. Empieza entonces a desollarlo, lo va cortando y separando la piel, encima de la costilla, para quitar y trincar un filete

del lomo. Sacando chispas de un guijarro pardusco, prende fuego a un leño seco, luego ensarta su filete, para asarlo al fuego vivo, y le va dando vueltas hasta que está bien tostado; pero no resultó muy de su agrado la comida, pues no tenía nada para acompañar este manjar, ni pan ni vino, sal tampoco, ni cuchillo ni mantel: carne a secas.

Mientras estuvo comiendo, el león se quedó echado delante de él, sin moverse ni un ápice, pero sin dejar de mirarle, mientras iba comiendo tan grueso asado, hasta quedar totalmente satisfecho. Sólo entonces, empezó el león a devorar las sobras del cervatillo, comiéndose hasta los huesos. Toda la noche descansó el caballero con la cabeza encima del escudo, pero el león tenía tanta prudencia que se quedó en vela, y vigilaba también al caballo, que iba paciando una yerba escasa, con la que poco habría de engordar.

Al día siguiente marcharon juntos, y me parece que repitieron lo de la noche anterior. Llevaban viviendo de esta guisa casi quince días, cuando la aventura los llevó hasta la fuente, debajo del pino. Al acercarse a la fuente, junto al escalón, y a la ermita, ¡ay!, poco faltó para que mi señor Yvain volviera a enloquecer. Mil veces se acusa, llamándose miserable e infortunado, y de tanta desesperación cae desmayado. En la caída, su espada deslizándose en la vaina se escapó del forro, y cayó apuntándole al cuello, cerca de la mejilla, a través de las mallas de la loriga, y como no hay malla que no se desclave, la hoja de la espada le cortó la piel del cuello, haciendo brotar la sangre encima del blanco gorjal.

El león, que cree ver muerto a su compañero y señor, jamás había sentido mayor pena. Empieza a dar señales de duelo, manifestando su desamparo con tales arrebatos que yo nunca oí contar nada parecido: se retuerce, entre alaridos, rasguños y arañazos, resuelto del todo a quitarse la vida, con la espada que, según cree, ha matado a su noble señor. Con los dientes, la saca de la herida, y adosándola contra un árbol caído, la mantiene apoyada con otro tronco por detrás, pues teme que se resbale cuando se golpee el pecho contra su hoja. El león ya iba a cumplir su fatal deseo cuando el caballero, recobrado el sentido, lo retuvo, agarrándolo con todas sus fuerzas, para arrancarlo de una muer-

te a la que se arrojaba a ciegas, con la demencia de un jabalí furioso.

Cuando volvió en sí, tras su desmayo encima del escalón, mi señor Yvain se hizo reproches por haber dejado transcurrir más de un año sin presentarse ante su dama, lo que había sido la causa del odio en que le tenía ahora, y de este modo se lamentaba:

—¿Qué puede hacer, sino matarse, el desventurado a quien la alegría ha abandonado? ¿Qué voy a hacer yo, desdichado, sino matarme? ¿Acaso puedo demorar mi muerte, cuando veo el desamor en que mi dama me tiene? ¿Por qué se queda mi alma en mi cuerpo? ¿Qué hace ésta en tan doliente morada? De haberla abandonado, no padecería tal martirio.

»Odiarme, culparme, anonadarme con desprecio es para mí un deber al que no falto. Quien pierde alegría y solaz por su culpa comete un delito y debe odiarse a muerte. Ha de matarse por odio hacia sí mismo, y yo, que ahora gozo de la soledad propicia, ¿por qué estoy perdonándome la vida? ¿Acaso no he visto a este león llevar tanto duelo por mi persona que, golpeándose con la espada, quiso atravesarse con ella el pecho?

»Yo, que el gozo en duelo he trocado, ¿acaso debo temer a la muerte? De mí, como de un extraño, ha huido toda alegría. ¿Alegría? ¿Qué clase de alegría? No, no diré ni una palabra más: ¡qué pregunta más vana hice, a la que nadie sabría responder! Sólo sé que, cuando tenía asegurada de todas las dichas la más dichosa, no la apuré ni hice que durara. Quien deja que se malogre por desatino su propia ventura no merece aventura lograda.

Mientras así se quejaba el caballero, una cautiva, encerrada en la ermita, estuvo viéndole y oyendo sus lamentaciones a través de una brecha de la pared. En cuanto, tras este acceso de desesperación, se incorporó el caballero, ella le llamó:

—¡Dios! —grita—. ¿Qué veo allí? ¿Quién es el que tanto se queja?

—¿Y quién sois vos? —responde él.

—Yo soy —dice— una cautiva, el ser más doliente que exista en esta tierra.

El caballero le reprende:

—¡Calla, insensata! ¡Tu dolor es alegría! Lo tuyo es un bien, comparado con los males que padezco. Quien ha tenido por es-

cuela el gozo y el deleite se queda más desconcertado y abrumado que otro hombre cuando le surge el agobio. El débil lleva su carga por uso y costumbre, mientras otro más fuerte por nada del mundo podría cargar con tan pesado lastre.

—A fe mía —replica ella—, ya sé que cuanto decís es verdad, sin embargo no me convence de que estéis más aquejado que yo, y no lo puedo creer por la siguiente razón: vos sois libre de ir a cualquier lugar que se os antoje, mientras que yo aquí permanezco apresada. En tal trance me encuentro además que mañana vendrán aquí, para llevarme a cumplir una sentencia de muerte.

—¡Ay! ¡Dios! —exclama—, ¿por qué delito?

—Señor caballero, ¡que Dios no se apiade jamás de mi alma, si en algo dejé de servirle! Ahora mismo os diré la verdad, sin recurrir a ninguna mentira. Aquí estoy encarcelada porque me requieren por traición, y no encuentro a quien me defienda de tal acusación e impida que mañana me quemen en la hoguera o me lleven a la horca.

—Pero yo de verdad —insiste— puedo volver a afirmar que el duelo y enojo mío sobrepasan vuestro dolor, porque vos gozáis de la posibilidad de quedar libre de este peligro, que desaparecería si viniese cualquiera en vuestra ayuda.

—¡Sí! Pero no sé todavía quién podría librarme: sólo hay dos caballeros en el mundo que osarían emprender batalla en mi defensa, luchando en duelo contra tres combatientes.

—¡Tres! ¡Por Dios! ¿Cómo puede ser esto?

—Sí, señor, a fe mía, tres son los que me acusan de traición.

—¿Y quiénes son los que en tal estima os tienen que tendrían tanto valor como para atreverse a luchar, uno solo contra tres, para defenderos y salvaros?

—Os lo diré sin mentir: uno es mi señor Gauvain y el otro es mi señor Yvain, por cuya culpa mañana seré entregada inocentemente al mortal suplicio.

—¿Por culpa de quién —pregunta— habéis dicho?

—Señor, que Dios me ayude, por culpa del hijo del rey Urién.

—Ya, demasiado os he entendido. Pero jamás permitirá que muráis por esta causa, pues antes moriría él. Yo mismo soy ese Yvain, por cuya culpa estáis sumida en esta desgracia, y sois vos, estoy seguro, la doncella que me protegió en la sala: vos me sal-

vasteis la vida cuando, apresado entre ambas puertas corredizas, me encontraba presa de la angustia, dolido y desconcertado; y sin la valiosa ayuda que me brindasteis, allí me habrían capturado y dado muerte. Pero decidme ahora, dulce amiga mía, quiénes son los que os acusan de traición y os han apresado y encarcelado en este lugar.

—Señor, ya que os complace saberlo, no os lo ocultaré. La verdad es que no dudé en ayudaros con toda buena fe: yo persuadí a mi señora de que os tomara por esposo y ella creyó en mi consejo y siguió mis recomendaciones, pero yo, lo juro por Nuestro Señor, pensaba actuar, y todavía lo pienso, más en beneficio de ella que de vos; ahora puedo confesároslo, tanto he buscado, Dios me salve, lograr el bien de ella como satisfacer vuestro deseo. Pero cuando sucedió que habíais sobrepasado el plazo de un año, al cabo del cual debíais volver al lado de mi señora, pronto se enfadó conmigo, pensando que al haberse fiado de mi consejo había sido víctima de una traición. Cuando se enteró el senescal, un traidor, de una deslealtad criminal, éste, que me tenía gran envidia, porque mi señora en más de un asunto confió más en mis consejos que en los suyos, se dio cuenta de que podría sembrar la discordia entre ella y yo. Así que en plena corte, delante de todos, me acusó de haber traicionado a mi señora en beneficio vuestro, y yo me quedé sin el apoyo ni la ayuda de nadie, pues no hubo quien respaldara mi testimonio, cuando declaré que nunca había cometido ni urdido traición contra mi señora.

»Señor, por Dios, creedme, yo toda asustada respondí al pronto, sin tomar consejo, y prometí buscar la defensa de un caballero que lucharía contra tres adversarios. Jamás habría sido tan cortés el senescal como para dignarse rehusar mi propuesta, relevarme de mi juramento o cambiar de parecer. Nada de esto se le hubiera ocurrido, sino al contrario, me tomó la palabra y tuve que comprometerme, entregando una prenda, a encontrar a un caballero que peleara contra tres en un plazo de cuarenta días. Luego recorrí varias cortes: visité al rey Arturo, pero allí no encontré amparo ni protección, ni a nadie que me dijera algo que me conviniese saber sobre vos, pues no tenían noticias.

—Pero ¡cómo! ¿Y mi señor Gauvain, el noble y amable caba-

llero, dónde estaba entonces? Su ayuda nunca le ha faltado a ninguna doncella desamparada.

—Ya hubiera sido una gran alegría para mí encontrarle en la corte: estoy segura de que no hay requerimiento mío al que se hubiese negado. Pero, según me dijeron, a la reina se la ha llevado un caballero¹⁴, pues el rey cometió la loca imprudencia de dejarla ir tras él, e incluso creo que Kay, el senescal, acompañó a la reina, hasta que se reuniese con su raptor. Mi señor Gauvain ha emprendido la penosa tarea de ponerse en busca de la reina, y jamás se concederá descanso, ni por un día, hasta volver a encontrarla. Ya os he contado toda la verdad sobre mi aventura. Mañana moriré de muerte infame, y me quemarán sin apelación, por una acusación injusta, y por el odio que os tienen.

—¡Nunca quiera Dios —exclama el caballero— que por culpa mía os hagan ningún daño! ¡Mientras esté en mi mano, jamás moriréis! Podéis fiaros de mí; mañana, habré aunado todas mis fuerzas para poner mi persona a vuestro servicio y libraros, como es mi obligación. Pero debéis guardaros de cualquier alusión o comentario con la gente sobre mi identidad. Cualquiera que sea el desenlace de esta batalla, cuidad de que no me reconozcan.

—Señor, os aseguro que ni en caso extremo descubriré vuestro nombre, ya que así lo queréis, y que antes sufriría la muerte. Pero ahora os ruego que por mí no volváis al combate. No quiero que emprendáis una lucha tan arriesgada y desigual. Os agradezco tan generosa promesa como me hicisteis, y que cumpliríais con total entrega, pero yo os relevo por completo de este compromiso, porque prefiero ser la única en morir, antes de ver a aquéllos alegrarse por vuestra muerte y la mía: yo jamás escaparía a la muerte, si ellos llegasen a mataros, y más vale que sigáis con vida a que muramos ambos por la misma causa.

—¡Cuánta tristeza llevan vuestras palabras, noble amiga! —replika mi señor Yvain—. ¿Acaso renunciáis a libraros de la muerte o despreciáis el amparo y ayuda que os brindo? No voy a disputar con vos, sino sólo a daros una razón: es tan grande la deuda que he contraído con vos que es mi deber el no dejar de respaldaros siempre que lo necesitéis. Entiendo muy bien vuestros temores, pero si así lo quiere Dios, en el que tengo fe, los tres combatientes quedarán afrentados y derrotados.

»Ahora me marchó, para acomodarme en algún lugar de este bosque, pues no conozco ningún castillo por aquí cerca.

—Señor —contesta la doncella—, Dios os dé buen hospedaje y buen descanso, y os guarde, como es deseo mío, de todo cuanto os pueda perjudicar.

Se despide mi señor Yvain y se marcha, siempre seguido del león.

Caminaron largo rato hasta llegar a una fortaleza que pertenecía a un barón y estaba rodeada en todo su recinto de espesas y altas murallas. Con tantas fortificaciones, este castillo no tenía nada que temer del asalto de trabucos o balistas. Pero tras estas murallas, aquella plaza estaba totalmente desierta y arrasada: no quedaba ninguna casa, ni una choza siquiera —ya tendréis ocasión de oír la razón de cosa tan extraña más adelante, cuando venga a cuento.

Se dirige mi señor Yvain hacia la fortaleza por el camino más recto. Salen hasta siete mozos a su encuentro para bajarle el puente, pero a la vista del león que le acompaña, sienten verdadero espanto y le ruegan que tenga la bondad de dejar en la puerta a su león, para que no los ataque y mate. Él les contesta:

—No insistáis, porque sin él no entraré: o los dos nos podemos hospedar aquí, o me quedaré fuera, porque le quiero tanto como a mi propia persona. Pero no tenéis nada que temer, porque lo vigilaré muy bien, y estaréis completamente a salvo.

Le responden que haga como quiera. Se adentran en el castillo y siguen hasta encontrar caballeros, damas, hombres de armas, y unas doncellas muy agraciadas, que le ayudan a descabalar y se ocupan de desarmarle, tras saludarle con estas palabras:

—Bienvenido seáis entre nosotros, noble señor, y Dios os conceda una larga estancia, en la que podáis aunar honra y ventura.

Desde el mayor hasta el más pequeño, todos se afanan en festejarle y le llevan hasta el palacio, con gran júbilo. Pero después de agasjarle largo rato, el dolor que aflige a todos les hace olvidar la alegría, y reanudan entonces sus gritos y llantos, infligiéndose rasguños en arrebatos de verdadera desesperación. Así alternan sin cesar las muestras de alegría con las de duelo; fingen estar alegres para honrar a su huésped, pero no tienen humor pa-

ra ello, porque se encuentran presa de una terrible angustia, por una aventura que esperan para el día siguiente, y ello ha de ocurrir, todos están seguros, antes de que den las doce.

Mi señor Yvain, asombrado ante tan súbitas mudanzas, al ver sus muestras de júbilo tan pronto trocadas en manifestaciones de duelo, inquirió la razón preguntándole al señor del castillo:

—Por Dios, noble, amable y querido señor, decidme, si os place, por qué me habéis acogido con tantas honras y gozo, para echaros a llorar luego.

—Sí, os pondré al tanto ya que es vuestro deseo, pero sería preferible que os dierais por satisfecho si lo callara y ocultara, porque me costará deciros algo que os aflija. Dejadnos mejor llevar solos nuestro duelo, sin que ello afecte a vuestro corazón.

—Eso es del todo imposible: ¿cómo iba yo a contemplar vuestro duelo sin sentir nada en mi corazón? Deseo con toda mi alma saber cuál es su causa, por mucho que me pese.

—Entonces —contesta—, os lo diré: me ha causado mucho daño un gigante; él pretende que yo le entregue a mi hija, cuya belleza sobrepasa la de todas las doncellas del mundo. Este gigante pérfido, a quien Dios confunda, se llama Harpín de la Montaña. No pasa día sin que se apodere de cuanto pueda coger en mis posesiones. Nadie tiene más razones que yo para quejarse, sentirse afligido y dar muestras de duelo. Yo, que tenía seis hijos —no he conocido a más hermosos caballeros en el mundo—, debería haberme vuelto loco de dolor, cuando hace seis meses se los llevó el gigante. Ante mis propios ojos, mató a dos de ellos, y mañana matará a los otros cuatro, si no encuentro a quien libre batalla contra él para salvarlos, o si no le entrego a mi hija; y cuando la tenga, la cederá para su entretenimiento a los mozos de su casa, a los criados de más baja extracción, los más soeces, para que luego nadie pueda dignarse tomarla por esposa. Para mañana puedo esperar esta desgracia, si Dios no acude en mi ayuda, y encontrándonos ante tal infortunio, no deben sorprendernos nuestros llantos, noble y preciado amigo. Sin embargo, para honraros, nos esforzamos en aparentar alegría dentro de lo que podemos, porque insensato es quien atrae a su vera a un caballero valiente y cortés y no le tributa honores, y vos me parecéis caballero de grandes cualidades.

»En suma, acabo de exponeros, señor, las razones de nuestra angustia. Ni castillos ni fortalezas nos ha dejado el gigante; sólo lo que aquí queda. Si prestasteis atención anoche, ya habréis visto cómo, fuera de estas murallas, nada ha dejado a salvo, ni por el valor de una tabla, pues sometió todas las casas a pillaje, y después de llevarse el botín, prendió fuego a las demás, tanta es la felonía con que se burla de mí.

Mi señor Yvain escuchó entero el relato de su huésped, y luego tomó la palabra para darle su parecer:

—Señor, me duele y causa honda aflicción vuestro infortunio, pero hay algo que no deja de sorprenderme: ¿cómo no fuisteis a buscar ayuda a la corte del gran rey Arturo? Ningún hombre tiene tanta virtud como para no hallar en su corte a quienes quieran poner a prueba su valor con el suyo.

Le confiesa entonces el noble señor que, de haber podido encontrar a mi señor Gauvain, habría contado con una ayuda segura.

—No hubiese apelado a su ayuda en vano, porque mi mujer es hermana suya. Pero un caballero extranjero, venido de otra tierra, llegó a la corte en busca de la reina, a la que tiene ahora en su poder. Jamás se la habría llevado, de no haber engañado al rey ese bribón de Kay, para que dejara a la reina bajo su protección. El rey demostró una temeridad insensata, y la reina, atolondrada, se fió a la ligera de su escolta, pero a mí me ha perjudicado en exceso y causado un gravísimo daño, porque con toda certeza, si se hubiera enterado de esta aventura mi señor Gauvain, el valeroso, habría acudido aprisa en ayuda de sus sobrinos. Sin embargo, él ignora la desgracia que tanto me abruma que a poco se me parte el corazón, porque anda persiguiendo a aquel caballero, sobre quien caiga la justicia divina, por haberse llevado a la reina.

Al escuchar estas palabras mi señor Yvain no deja de suspirar, por la lástima que le inspiran, y le responde:

—Noble y apreciado señor, de buen grado me comprometería en esta aventura peligrosa, si el gigante y vuestros hijos llegasen mañana a una hora bastante temprana, para no demorarme demasiado, porque mañana mismo tendré que marchar de aquí al mediodía, para atender una promesa que hice.

—Noble señor, os doy las gracias una y mil veces por este ofrecimiento que me hacéis.

Entonces salió de un aposento la doncella, hermosa de cuerpo y de rostro muy bello y deleitoso. Caminaba cabizbaja, recatada y calladamente, mirando hacia el suelo, como si no viese nunca el fin de su desgracia; a su lado, iba su madre, pues el señor del castillo les había mandado buscar, para presentárselas a su huésped. Llegaron embozadas en sus mantos, para ocultar sus lágrimas, pero él les manda destaparse la cara y levantar la mirada, diciéndoles:

—No debe enojaros lo que os mando, puesto que Dios y la buena ventura nos han traído aquí a un caballero de tanta generosidad y largueza que me promete luchar contra el gigante. Así que no demoréis el arrodillaros a sus pies, para agradecerse.

—Dios no quiera que contemple tal espectáculo —prorrumpió mi señor Yvain—. Me resultaría penoso en extremo el ver caer a mis pies a la hermana de mi señor Gauvain y a su sobrina. Dios no permita que mi orgullo alcance a tolerar que caigan de hinojos ante mí. Verdaderamente, sentiría una vergüenza insoportable, y jamás podría olvidarme de este trance.

»En cambio, les estaría muy agradecido si se sosegaran hasta mañana, viendo cómo Dios les querrá amparar. A mí sólo me resta rezar para que el gigante venga bastante pronto, antes de obligarme a violar un compromiso, pues no me permitiría, por nada del mundo, dejar de atender mañana al mediodía el asunto más importante con que jamás me haya enfrentado.

Aunque él no quiera darles una seguridad absoluta —porque teme que el gigante no acuda a una hora bastante temprana para que pueda llegar a tiempo y salvar a la doncella apresada en la ermita—, sin embargo bastan sus promesas para infundirles una gran esperanza. Todos, hombres y mujeres, le dan las gracias por ello, y sienten hacia él una gran confianza, pensando que muy noble y cortés caballero será, cuando tiene por compañero a este león, tan mansa y gentilmente echado a su lado como hiciera un corderito. Por la esperanza que tienen en él, se sienten confiados y se alegran, sin dar ya ninguna muestra de aflicción.

Cuando llegó la hora de dormir, le llevaron a un aposento claro; la doncella y su madre le acompañaron también, pues ya

le tenían mucho cariño, y más le hubiesen tenido todavía de haber sabido de toda su cortesía y grandes proezas. Se acostaron ambos, el león y él, y descansaron los dos: más gente no se habría atrevido a compartir su descanso en el mismo cuarto, y no sólo esto, sino que tomaron la precaución de encerrarlos bajo llave, para que no pudieran salir hasta el día siguiente, cuando clareara con el despuntar del alba.

Cuando quedó abierto el aposento, se levantó y oyó misa mi señor Yvain, y se quedó esperando hasta la hora prima, como lo había prometido. Llegado este momento, llama delante de todos al señor del castillo en persona y le dice:

—Señor, se me acaba el plazo y me iré, pero no os enojéis, porque no me es lícito demorarme. Tened por seguro que de buen grado y gustosamente, de no haber tenido que atender un asunto muy grave lejos de aquí, me habría quedado más tiempo para ayudar a los sobrinos de mi señor Gauvain, al que tengo gran cariño.

Al oír estas palabras, se asustan tanto la dama y el valvasor que el corazón les da un brinco en el pecho, y sintiendo temor de que se marche, intentan caer y arrodillarse a sus pies, pero él no quiere tolerar un gesto que no le parece digno ni noble. Entonces el señor le ofrece compartir sus posesiones, tierras u otros bienes, con tal de que espere más todavía. Él responde:

—¡Dios no quiera que obtenga nada a cambio!

La doncella, espantada, rompe a llorar, suplicándole entre sollozos que se quede. Angustiada y acongojada, le ruega, por la Reina del cielo y de los ángeles, y por Nuestro Señor, que no se marche todavía, que espere sólo un momento; se lo ruega también por su tío, al que, según dijo, conoce, aprecia y estima.

Mi señor Yvain siente que le invade una inmensa compasión al oírle invocar a su mejor amigo, a la Reina celeste y al eje del mundo y modelo de dulzura. Suspira con angustia que, por nada del mundo, ni por el reino de Tarso¹⁵, quisiera que pereciese en la hoguera la doncella a quien prometió ayuda, porque no sobreviviría o perdería su vida todo sentido, si llegase demasiado tarde. Pero, por otro lado, otra pena le apremia al acordarse de la gran caballerosidad de mi señor Gauvain, su amigo, y a poco se le rompe el corazón, porque sabe que no puede demorar su partida.

Sin embargo, todavía no se ha puesto en marcha, sino que se

queda esperando, cuando de pronto surge el gigante, llevando consigo a los caballeros a paso de carga. Del cuello le colgaba una maza, gruesa y punzante, con la que no cesaba de agujonearlos. Ellos no llevaban ropa ni por el valor de un comino, sino harapos mugrientos a modo de camisa, e iban atados de pies y manos con unas cuerdas, sentados sobre cuatro rocines de mala traza, que cojeaban, flacos, endebles y desfallecidos. Llegaban cabalgando cerca del bosque. Un enano, de una fealdad repelente, con cara abotargada, como la de un sapo hinchado, había atado a los rocines por las colas e iba flanqueando a los cuatro hermanos, golpeándolos sin cesar con un látigo de seis nudos; pensaba que lo suyo era una proeza, y no se recataba de azotarlos hasta que sangraban. ¡De tal vileza era la escolta que ofrecían el gigante y el enano a sus víctimas!

En medio de la llanura, delante de la puerta de la muralla, se para el gigante y le grita al noble señor que sus hijos quedarán condenados a morir si no le entrega a su hija, a la que abandonará a la lujuria de sus criados más pordioseros, pues él no la quiere, ni la aprecia lo suficiente para dignarse envilecerse con ella. ¡Mozos tendrá con ella un millar, desnudos, piojosos, que no la soltarán, ribaldos, pinches, marmitones, que todos la compartirán a escote!

Cree enloquecer de rabia el noble señor, al oír a aquel monstruo decirle que deshonorará a su hija haciendo de ella una prostituta, o que matará si no a sus cuatro hijos, ante sus propios ojos. En sus quejas se llama desdichado, infortunado, suspira y llora a lágrima viva. Entonces le habla mi señor Yvain, como caballero de generoso y franco corazón:

—Señor, este gigante es un arrogante felón que ahora se jacta al otro lado de la muralla. ¡Pero Dios quiera que jamás se apodere de vuestra hija, a la que despreciaría y envilecería! Sería demasiada desgracia que una criatura tan hermosa y nacida de tan alto linaje fuera entregada a mozos pordioseros.

»Traigan ya mis armas y mi caballo, y mandad que bajen el puente, para que pueda pasar al otro lado. De los dos, uno tendrá que quedar derrotado, no sé si él o yo, pero a este monstruo de felonía y crueldad, que aquí nos está provocando, ojalá pueda yo desbaratar, para que os devuelva a vuestros hijos, y en-

miende las infamias con que os ha ultrajado. Luego os encomendaría a Dios y marcharía a donde me requiere mi obligación.

Entonces le sacan el caballo, le traen todas sus armas, y se afanan en servirle. Pronto le visten su armadura, tardando lo menos posible en ajustarle las armas y equiparle, y cuando ya está armado con todo el arnés, sólo les queda bajar el puente para que salga. Ya lo han bajado y sale, pero justo detrás camina el león, que no le abandonaría por nada del mundo. Los de dentro le encomiendan al Salvador, pensando con verdadero pánico que aquel diabólico monstruo, que ante sus propios ojos mató a más de un caballero en medio de la plaza, puede volver a acometer la misma matanza. Ruegan a Dios que le guarde de tan mortal suerte y se lo devuelvan sano y salvo, otorgándole la muerte del gigante. Cada uno eleva esas plegarias, rezando con gran fervor. Y al mismo tiempo el monstruo denuesta al caballero, amenazándole con todo atrevimiento:

—¡Por mis ojos, poco aprecio te tenía quien aquí te mandó! Mejor no podía haberse vengado de ti, por nada del mundo. ¡Buena revancha se ha tomado ya de la fechoría que le hiciste!

—Huelgan discusiones —contesta el caballero, que no teme a nada—, lucha lo mejor que sepas, que yo lo haré también, pues me cansan los discursos ociosos.

E inmediatamente, mi señor Yvain, que siente gran impaciencia por salir, se abalanza sobre el gigante para golpearle en el pecho, donde sólo lleva una piel de oso a guisa de armadura. Haciendo fuerza con la estaca y todo su peso, el gigante se le echa encima, pero mi señor Yvain le asesta tal golpe en medio del pecho que no sólo le arranca el pellejo que le servía de loriga, sino que le hince la lanza en el cuerpo tan adentro que moja el hierro en la sangre como si fuera salsa, mientras el adversario le golpea con tan fuertes mazazos que lo deja doblado. Pero ahora mi señor Yvain saca la espada, en cuyo manejo destaca por su vigor, y encuentra desprotegido al gigante: tanto se ha fiado éste en la fuerza de su cuerpo que no ha querido armadura. Entonces arremete contra él el caballero con la espada, y golpeándole, no con el filo sino con la hoja, le arranca de la mejilla un tajo de carne, como para una carbonada, pero con tan terrible embestida le responde el gigante que lo voltea de bruces encima de su corcel.

Con este golpe, el león, la melena erizada por la ira, salta enfurecido para ayudar a su señor, y atacando al gigante con toda su fuerza, le raja la piel velluda como si fuera la corteza de un árbol, y cuando ya lo tiene casi desollado, le arranca de la cadera un buen pedazo, y le sigue tajando nervios y carne del muslo. El gigante, mugiendo como un toro, porque el león lo ha lastimado de muerte, se alza agarrando la estaca con ambas manos, para arremeter contra él, pero cuando cree alcanzarle, el león esquivo el golpe con un brinco y cae la maza cerca de mi señor Yvain, pero sin alcanzarle. ¡Con ninguno de los dos ha podido el gigante! Ahora mi señor Yvain blande la espada y con dos golpes le deja entreverado el cuerpo: antes de que se dé cuenta, con el filo de la espada le ha desgajado el hombro del tronco, y a la segunda cuchillada, toda la hoja le ha atravesado, entrando por el pecho e hincándosela hasta el hígado. Rozándole la muerte, se desploma el gigante. Mayor estruendo no causaría, creo yo, la caída de un gran roble que la de aquel monstruo retumbando al caer.

Con este último lance, dejan sus puestos todos los que asistían al combate desde las almenas, y acortando distancias los más rápidos se lanzan como jauría al encarne, cuando los perros están a punto de cobrar la bestia que han forzado. Así corren hombres y mujeres, apresurándose sin escatimar esfuerzos hasta el lugar donde yace el monstruo boca arriba. El mismo señor del castillo corre hacia allí, con toda su corte, y allí también acuden madre e hija. Ahora, tras tantos sufrimientos, los cuatro hermanos se entregan a la alegría. Saben con certeza que nadie podría retener ya a mi señor Yvain, por nada del mundo, pero le ruegan que, vaya donde vaya, vuelva a su lado para celebrar unos festejos, tan pronto como haya llevado a cabo su empresa. Les contesta que no se atreve a prometérselo, porque no puede adivinar cómo saldrá de aquel trance, pero hace al señor el siguiente ruego: quiere que su hija y sus cuatro hijos se lleven al enano y vayan a ver a mi señor Gauvain, cuando sepan que ha vuelto, para contarle cómo ha luchado, porque en nada tiene su valor quien quiere que se oculte.

—No sería justo —le contestan— callar una proeza tan ejemplar. Cumpliremos con vuestra voluntad, pero sólo queremos pre-

guntaros, señor, a quién podremos atribuir esta hazaña, cuando estemos delante de mi señor Gauvain, si no sabemos cómo os llamáis.

—Cuando estéis en su presencia —les responde mi señor Yvain—, podréis decirle que el Caballero del León os dijo que ése era su nombre, y además debo rogaros que le mandéis decir de mi parte lo siguiente: que él me conoce perfectamente, como yo a él, pese a que ignore quién he llegado a ser¹⁶. Nada más tengo que pedir, porque debo marcharme de aquí y nada me asusta tanto como el pensar que me haya demorado demasiado.

Se marcha entonces, no sin que le haya rogado antes el señor, con toda la nobleza que le caracterizaba, que se llevara a sus cuatro hijos, y si lo hubiese aceptado, todos se habrían afanado en servirle, pero, sin querer compañía de nadie, abandonó la plaza.

Ahora tan aprisa como puede llevarle su caballo, retorna hacia la ermita, siguiendo el camino hermoso y recto que tan bien conoce. Pero antes de que llegara a la ermita, ya habían sacado a la doncella, y preparado la hoguera donde iba a ser quemada sin otra prenda que su camisa. Ante el fuego, la iban agarrotando quienes injustamente la acusaban de lo que jamás había soñado siquiera. Llegó mi señor Yvain, y al verla tan cerca de la hoguera donde quieren arrojarla, debió de sentir una profunda angustia: ni cortés ni sabio sería quien nunca temiese a nada. La verdad es que se afligió mucho, pero confiando en que Dios y el derecho estarían de su parte: se fía mucho de su ayuda, y tampoco reniega de la de su león. Se abre paso entre el gentío que se arremolinaba, gritando:

—¡Dejad a la doncella, bribones, dejadla! ¡No es justo que arda en la hoguera, cuando ningún delito ha cometido!

Unos y otros se van apartando y abriéndole paso, mientras él siente impaciencia por contemplar con sus ojos a la que su corazón sigue viendo, en cualquier lugar donde se halle. Tanto la busca con la mirada que ya la encuentra, y lo que ve pone su corazón a tal prueba que él se esfuerza en refrenarlo, como cuando uno intenta a duras penas retener con el freno a un caballo desbocado. Sin embargo, se complace en contemplarla suspirando, pero con gran desasosiego ahoga sus suspiros, para que no los

oiga la gente. Siente gran compasión, viendo y oyendo a unas pobres damas que llevaban un extraño duelo, diciendo entre sí:

—¡Ay, Dios! ¡Qué desamparadas y abandonadas nos vamos a quedar al perder tan buena amiga, que tanto nos ayudaba y apoyaba en la corte! Gracias a sus consejos, mi señora nos regalaba sus vestidos, guarnecidos de petigrís, pero mucho va a cambiar ahora nuestra suerte, sin nadie que nos defienda. Maldito sea quien nos la quita. Maldito aquel por cuya culpa vamos a perderla, con tan grave perjuicio. Ya no habrá nadie en la corte para decir:

»Y este manto, este briol también, aquella túnica otrosí, querida señora, dadlos a esta noble mujer, porque sin lugar a dudas bien empleadas estarán estas prendas, si se las regaláis, pues ella anda muy necesitada.

Así se lamentaban aquellas damas, y mi señor Yvain, que se encontraba entre ellas, iba oyendo perfectamente sus quejas, que no eran afectadas ni fingidas, cuando consiguió ver a Luneta de rodillas, despojada de toda prenda, salvo su camisa, y que ya confesada había pedido perdón a Dios por sus pecados y proclamado su culpa. Él, que tanto afecto le había tenido, se acercó a ella y le ayudó a levantarse, diciéndole:

—Doncella mía, ¿dónde están los que os culpan y acusan? Ahora mismo, si no la rechazan, les será librada batalla.

Ella, sin haberle visto ni mirado todavía, exclamó:

—Señor, Dios es quien os manda en tan grave apremio. Los que levantan falso testimonio contra mí ya tenían preparada esta hoguera, y si os hubieseis demorado algo más, yo sería brasas y ceniza. Habéis venido para defenderme, Dios os dé poder para ello, como tan verdad es que yo soy inocente de lo que me acusan.

Tras oír estas palabras, el senescal, que estaba con sus hermanos, empezó a gritar.

—¡Ah, mujer, criatura parca en verdades y pródiga en mentiras! Poco prudente es quien, fiándose de tus palabras, carga con tal peso. ¡Qué malhadado el caballero que vino a morir por ti, pues él está solo frente a nosotros tres! Pero le permito escapar, antes de que le ocurra tamaña desgracia.

El caballero, enojado por este discurso, le replica airado:

—¡Quien tenga miedo que se marche! Yo no temo a vuestros

tres escudos como para darme por vencido sin combatir. Vosotros esperáis de mí que, sano y salvo, deje campo libre, abandonándoos la plaza, pero no os complaceré. Mientras me quede vida y salud, no huiré ante esta clase de amenazas. Pero a ti, senescal, te invito a que proclames la inocencia de la doncella, a la que has acusado injustamente, pues ella dice, y yo la creo, porque me lo ha jurado por su honor, con peligro de condenar su alma por perjurio, que nunca traicionó a su señora, con actos o con palabras, ni con el pensamiento siquiera. Yo creo absolutamente todo cuanto ella me ha afirmado, y la defenderé hasta donde pueda, porque su derecho me sirve de auxilio. A decir verdad, Dios está del lado del derecho. Si Dios y el derecho, que se mantienen unidos, acuden en mi ayuda, tengo mejor compañía y auxilio que tú.

Pero el senescal le responde temerariamente que puede emplear todos los medios a su antojo para lastimarlos, pero que no les haga daño el león. Yvain alega que no ha traído a su león como campeón, y que sólo quiere poner en juego su propia persona, pero que si su león los requiere, que se defiendan, porque él no les puede garantizar nada a este respecto.

—Digas lo que digas —replican—, si no castigas a tu león, para enseñarle a estarse quieto, no tienes por qué permanecer aquí: márchate, será más sensato, pues siendo conocido por todo el país cómo ella ha traicionado a su señora, es de justicia que el fuego y las llamas le devuelvan su merecido.

—No lo quiera el Espíritu Santo —responde el caballero, que sabe la verdad—, y Dios me conceda el no marcharme hasta que la haya liberado.

Entonces manda al león echarse atrás y quedarse quieto, y éste obedece sus órdenes.

Ahora que el león se ha retirado, dejan los combatientes discursos y litigios por otras lides y se alejan para tomar campo. Juntos arremeten al galope contra mi señor Yvain sus tres adversarios, mientras él se dirige al paso a su encuentro, porque no quiere apurarse ni desviarse con el primer golpe. Les deja quebrar sus lanzas y guarda la suya entera, esgrimiendo su escudo para esquivar sus golpes, como si fuera un estafermo donde cada intento se salda con una lanza hecha añicos. Luego hince las

espuelas para tomar campo y se aleja de ellos un arpende, pero pronto vuelve a la pelea, sin preocupación por demorarse. En su vuelta, alcanza al senescal, que cabalga delante de sus dos hermanos, quebrándole su lanza en el cuerpo. Tan soberbio ha sido el golpe que su adversario a su pesar se desploma, cayendo al suelo, donde yace largo rato, sin que ya nada le importe.

Ahora los otros dos arremeten contra él y, blandiendo sus espadas desenvainadas, ambos le golpean vigorosamente, pero más fuertes son los golpes que reciben, pues uno solo de los suyos vale por dos de sus adversarios. Tan magistralmente se defiende que no logran ninguna ventaja, pero ahora el senescal se vuelve a levantar, y tanto se esfuerzan entre los tres que le dejan lastimado y malherido.

El león, que está mirando el combate, no tarda en acudir en su ayuda, porque le parece que la necesita. Todas las damas, que tienen en gran estima a la doncella, no cesan de invocar al unísono el nombre de Dios, rogándole de todo corazón que no permita por nada del mundo que mi señor Yvain, arrojado a esta pelea por salvar a la doncella, pierda la vida o la libertad en este trance. Con plegarias le ayudan sus mercedes, a falta de bastonazos...

En cuanto al león, es tan valiosa su ayuda desde la primera embestida que con todo ímpetu ha golpeado al senescal, que se encuentra desarzonado y sin montura, haciendo volar como si fuesen pajas las mallas de su loriga. Al suelo lo derriba, y arremete contra él con tal fuerza que le arranca un tendón desde el hombro por todo el flanco, y le va desgarrando en carne viva hasta las vísceras. Pagarán caro sus dos compañeros la derrota del senescal, porque ahora la justa ha de enfrentar a los combatientes de igual a igual. No puede escapar a la muerte el senescal, que se estremece y revuelve en las olas de sangre bermeja que brotan de su cuerpo. El león ataca a los otros, porque mi señor Yvain está demasiado malherido como para poder amonestarle y apartarle, pero además está seguro el león de que su señor no desprecia su ayuda en absoluto, sino que, al contrario, le hace amarle más; así arremete fieramente contra sus adversarios, mientras ellos se quejan de sus golpes y no dejan de malherirle y lastimarle.

Cuando mi señor Yvain ve herido a su león, se le revuelve el

corazón en las entrañas, con toda razón; se esfuerza en vengarle, abalanzándose contra ellos con tal arrojo que no pueden oponer resistencia y se entregan a su merced. Decisiva ha sido la ayuda del león, ahora desesperado y espantado por las heridas que lleva. Mi señor Yvain, por su parte, tampoco está a salvo, pero no le asusta tanto su maltratado cuerpo como contemplar los sufrimientos de su león.

Así, tal como quería, ha librado a su doncella, a quien aplacada toda su ira ha perdonado la señora de buen grado. En cuanto a aquellos traidores, ardieron en la hoguera encendida para la doncella, porque es de justicia que quien acusa a otro injustamente tenga que morir de la misma muerte que había sentenciado. ¿Y Luneta? Está alegre y feliz después de haberse reconciliado con su señora, y ambas celebran este desenlace con un alborozo extraordinario. Todos se ofrecen a ponerse al servicio de su señor: se brindaban a llevar a cabo lo que verdaderamente era su obligación, pero es que nadie le había reconocido, e incluso la dama dueña de su corazón ignoraba su identidad: le rogó encarecidamente que se dignara permanecer con ellos, hasta que se repusieran de sus heridas, él y su león. Pero le contesta:

—Señora, no podré quedarme aquí, mientras no haya obtenido el perdón de mi dama: cuando remita su furor y cese su ira hacia mí, entonces finalizarán mis pruebas.

—Lo lamento de verdad —replica ella—, y no tengo por muy cortés a la dama cuyo corazón siente rencor hacia vos. No debería cerrar su puerta a un caballero de vuestra valía, a no ser que hayáis cometido algo deshonesto para ella.

—Señora, por mucho que me pese, cuanto a ella se le antoja a mí me complace, pero no esperéis que os hable más de sus motivos, o de la culpa que tuve, porque no hablaré de ello por nada del mundo, salvo con los que saben de este pleito.

—¿Acaso hay alguien, aparte de vosotros dos, que esté al tanto de este asunto?

—Sí, ciertamente, señora.

—Pero, si os place, decidnos vuestro nombre, noble señor, y así marcharéis totalmente libre.

—¿Libre del todo, señora? No lo estaré, porque debo más de lo que podré devolver. Sin embargo, no he de ocultaros cómo

me hago llamar: jamás oiréis hablar de mí si no es por el nombre de Caballero del León, pues así quiero que me llamen.

—Por Dios, noble señor, ¿cómo puede ser que no nos hayamos visto nunca, ni os hayamos oído nombrar?

—Señora, esto os demuestra que soy caballero de escaso renombre.

La dama volvió a la carga:

—Una vez más, si no temiese enojaros, os rogaría que os quedarais.

—En verdad, señora, no podría aceptar hasta tener la certeza de haber recobrado el amor de mi dama.

—Entonces, marchaos con Dios, noble señor, ¡y que Él tenga a bien tornar en alegría el dolor que os atormenta!

—Señora —contesta—, ¡Dios os oiga! —luego añadió, murmurando entre dientes—: Sois vos, señora, quien lleváis la llave, quien poseéis la cerradura y el arca donde encerrada está mi alegría y no lo sabéis...

Se marcha muy turbado, porque no le ha reconocido nadie, salvo Luneta, que le acompañará un buen trecho: ella es su única escolta, y según van cabalgando, le ruega que no revele la identidad del que ha sido su campeón.

—Señor, así lo haré —promete ella.

Ahora mi señor Yvain le hace otro ruego: que se acuerde de él y abogue en su favor delante de su señora, en toda ocasión. Ella le interrumpe: huelgan estas recomendaciones, porque no es perezosa, ni descuidada, y nunca lo olvidará. El caballero se lo agradece mil veces.

Se aleja, lleno de inquietud por su león, al que tiene que llevar, porque es incapaz de seguirle. En su escudo, le ha preparado una litera, con helechos y musgo, y lo ha colocado, con gran delicadeza, encima de este lecho. Siempre transportando así al león, tumbado dentro de su escudo vuelto del revés, llega delante de la puerta de un hermoso castillo fortificado. Al encontrarla cerrada, llama, e inmediatamente, sin que tenga que repetir la llamada, le abre el portero que, cogiéndole la rienda del caballo, le saluda con estas palabras:

—Noble señor, acomodaos en este hostal que os brinda mi señor, si os place descabalar y albergaros aquí.

—Acepto con gusto este ofrecimiento —contesta— porque me es menester hospedarme ahora.

Al franquear el umbral, descubre a toda la mesnada, que sale a su encuentro. Le saludan y ayudan a descabalgár; unos ponen el escudo con el león encima del escalón, mientras otros se llevan su montura a las caballerizas, y los escuderos, como es su obligación, le quitan su arnés y se lo llevan. Nada más enterarse de la noticia de su llegada, acude al patio el señor del castillo para saludarle, seguido de su esposa, hijo y todas sus hijas, a los que acompañan otras muchas gentes. Le acogen con gran alborozo y le hospedan en un cuarto muy tranquilo, porque le parece que está enfermo, y redoblan sus atenciones, al dejar junto a él a su león. Dos doncellas, expertas en remedios, se afanan en cuidarle: eran las hijas del señor del castillo.

Cuántos días permaneció el caballero, no lo sé, hasta que ya curados, él y su león, hubieron de reemprender el camino.

Pero ocurrió, mientras tanto, que el señor de la Negra Espina sostuvo pleito con la muerte, que tanto le apremió que le alcanzó su embestida y tuvo que morir. Después de que falleciera, surgió una querella entre sus dos hijas: la mayor declaró que disfrutaría de todo el feudo, a su antojo, cada día de su vida, sin compartir nada de esta herencia con su hermana; entonces dijo la hija menor que ella acudiría a la corte del rey Arturo en busca de apoyo, para reivindicar lo que en justicia le correspondía. Cuando vio que su hermana jamás le cedería la totalidad del feudo sin entablar pleito, la hija mayor se quedó muy preocupada y afirmó azoradamente que a poder ser llegaría a la corte antes que la otra.

Inmediatamente, emprende sus preparativos y se encamina sin demora hacia la corte, donde llega quemando las etapas, mientras su hermana la sigue con no menos premura, aunque malgasta sin embargo sus apresurados pasos, porque la mayor ya ha defendido su causa ante mi señor Gauvain, otorgándole el caballero todo cuanto le ha rogado. Pero el pacto que ambos han hecho lleva una cláusula: debe mantenerse en secreto, pues si alguien se enterase por culpa de ella, él ya no tomaría las armas en su defensa, y ella suscribió esta condición.

En esto, llegó a la corte la hermana menor, vestida con un manto corto de escarlata, guarnecido de armiño. Tres días hacía que había vuelto la reina, librada del cautiverio en que la había tenido Meleagante, junto con otros presos, mientras Lanzarote había sido encerrado a traición en la torre. Ocurrió que aquel mismo día en que la doncella llegó a la corte, allí se había recibido la noticia de que el gigante, aquel monstruo de crueldad, había sido exterminado en duelo por el Caballero del León. De parte de este último, habían saludado sus sobrinos a mi señor Gauvain, relatándole su sobrina el valioso e inapreciable servicio que les había prestado aquel caballero, en nombre de su amistad, y cómo había añadido que, aun sin saber quién era, mi señor Gauvain conocía bien al caballero.

Ha oído estas declaraciones la doncella, que anda desamparada, desconcertada y presa del desasosiego, pensando que ya no podrá encontrar en la corte ayuda ni protección, ahora que le ha fallado el mejor de los caballeros: ella había intentado convencerle de muchas maneras, suplicándole que interviniese en nombre de su amistad:

—En vano me rogáis, amiga, para que emprenda lo que no puedo, porque no me lo permitiría otro asunto en el que ando comprometido.

Le deja entonces la doncella, y se presenta ante el rey:

—Rey —dice—, he acudido a ti y a tu corte en busca de apoyo, pero ha sido en vano. Me asombra no encontrar ayuda, sin embargo, faltaría a la cortesía si me marchase sin tu licencia. En cualquier caso, sepa mi hermana que le cedería algo de la parte mía, por la vía amistosa, si lo aceptase, pero que por la fuerza, mientras sea capaz, aunque yo no haya encontrado amparo ni protección, no le cederé mi herencia.

—Es muy razonable lo que decís —contesta el rey—, y puesto que ella está aquí presente, yo le aconsejo, ruego e insto a que os deje la parte que os corresponde según derecho.

Pero la otra, que se sentía apoyada por el mejor caballero del mundo, responde con vehemencia:

—Señor, ¡que Dios me confunda, si alguna vez comparto con ella algo de mi tierra, castillo, villa, artiga, bosque, llanura o cualquier cosa! Pero si hay caballero que se atreva a tomar armas en

su defensa, quien quiera que fuese, y acepte sostener su causa, que se presente ahora mismo.

—Lo que proponéis no es aceptable —replica el rey—, pues este asunto requiere más tiempo, y ella puede procurarse el campeón que quiera, de aquí a cuarenta días, y someterse a juicio ante cualquier corte.

Le responde la doncella:

—Noble señor, rey, podéis establecer vuestras leyes a vuestro antojo y como os plazca. A mí no me afecta ni me concierne, y no tengo derecho a desacatarlas, enfrentándome a vos, así que debo aceptar este plazo, si ella lo solicita.

Entonces la hermana menor manifiesta su requerimiento: ella desea y reclama que así se haga. Luego encomienda al rey a Dios, y declara que, por todas las tierras, buscará sin cesar al Caballero del León, que no ahorra esfuerzos para socorrer a las doncellas, cuando de su ayuda tienen menester.

La doncella emprendió al punto su búsqueda, recorriendo varias comarcas. Pero del caballero no tuvo la menor noticia, lo que le afligió tanto que cayó enferma. Quiso sin embargo su buena fortuna que pudiera hospedarse donde uno de sus mejores amigos, y allí, nada más verla, se percataron de que su salud estaba muy quebrantada, por lo que se esforzaron en retenerla, y fue tal su solicitud que ella les contó el motivo de su preocupación. Una doncella se brindó entonces para emprender la aventura que ella había iniciado y se lanzó en busca del caballero; así pudo la enferma quedarse descansando.

La otra doncella cabalgó de un tirón y sin escolta durante toda una jornada, hasta que llegó la noche oscura. Con el anochecer, sintió gran desasosiego, y la lluvia redobló sus temores, pues llovía con toda la furia e ímpetu con que Dios es capaz de descargar las aguas del cielo, cuando ella se encontraba precisamente en lo más hondo del bosque. La noche y el arbolado le atemorizaban, y con mayor pavor que la noche o el bosque, el aguacero. Tan malo era además el camino que, una y otra vez, su caballo quedó embarrado hasta las cinchas, o casi. ¡Qué desasosegada caminaba la doncella por el bosque, sin otra compañía que sombra y tormenta, y en una noche tan oscura que ni podía ver la montura que cabalgaba! Así que no dejaba de invocar a Dios

primero, luego a su Madre, y después a todos los santos y santas del paraíso, y pasó toda la noche rezando a Dios para que le hiciera salir de este bosque y le llevase a buen hospedaje.

Al cabo de tantas plegarias, oyó tocar el cuerno, y sintió gran alegría al pensar que encontraría hospedaje, siempre que pudiese hallar el camino hasta allí. Se dirige entonces hacia aquella parte, tomando una calzada que la lleva recto hacia el cuerno cuyo sonido sigue oyendo, cuando tres veces vuelve a sonar, largo tiempo y con mucha fuerza. Guiándose por el sonido, camina derecho, hasta llegar a una cruz, a la diestra de la calzada. Espolea su caballo, pensando que por allí puede estar el cuerno y quien lo toca, y al aproximarse a un puente, distingue las blancas murallas y la barbacana de un castillete redondo.

Así la llevó Aventura al castillo, guiada por la voz del cuerno que el vigía había tocado, subido a la torre. Tan pronto como la ve, éste la saluda, baja, coge la llave y le abre la puerta, diciéndole:

—Bienvenida, doncella, quienquiera que seáis, esta noche tendréis buen hospedaje.

—No pido más por esta noche —contesta la doncella, mientras la lleva el atalaya. Después de tantas pruebas y trabajos soportados todo el día, le resulta muy grato poder albergarse.

Al terminar la cena, su huésped le pregunta en la conversación sobre el destino de su viaje y el objeto de su búsqueda, a lo que ella responde:

—Busco a quien jamás he visto, creo yo, ni conocido. Sólo me han dicho que anda en compañía de un león, y que si lo encuentro, podré tener entera confianza en él.

—Yo mismo —afirma su huésped— puedo dar fe de ello, porque cuando me hallaba desamparado ante un grave peligro, Dios condujo a este caballero hasta mí anteayer. ¡Benditos los caminos por donde llegó a mi castillo, porque me vengó de un mortal enemigo mío y me colmó de alegría matándole ante mis propios ojos, delante de esa misma puerta! Mañana podréis ver el cuerpo de un gigante con el que acabó tan pronto que apenas si le dio tiempo a pasar sudores.

—Por Dios, señor —exclama la doncella—, debéis decirme con toda exactitud, si lo sabéis, adónde se marchó y en qué lugar ha de permanecer.

—No lo sé —contesta—, Dios sea testigo, pero mañana os pondré en el camino por donde se fue.

—Dios me ha traído aquí —dice—, donde me dan noticias tuyas, pero si logro encontrarlo en persona, mi alegría no tendrá límites.

Así estuvieron largo rato conversando, hasta que se retiraron a descansar. Cuando despuntó el alba, la doncella, impaciente por encontrar a quien buscaba, ya se había levantado, y también el señor de la casa y sus compañeros, que pronto la dejan en la buena senda de la fuente bajo el pino.

Hacia aquel castillo cabalga aprisa la doncella, siguiendo la vía recta. Al llegar allí, preguntó a los primeros que encontró si podían informarle acerca del caballero y del león, que andaban en mutua compañía. Contestáronle que justo en este mismo lugar habían visto a ambos derrotar a tres caballeros.

—Por Dios —exclama ella—, ya que me habéis dado esta nueva tan importante, no me debéis ocultar nada, si es que sabéis algo más.

—Nada —contestan—, no sabemos más de lo que os hemos contado, e ignoramos qué ha sido de él. Si la doncella en cuya ayuda acudió no os da noticias tuyas, nadie podrá hacerlo. Si queréis hablar con ella, no tenéis más que encaminaros hasta aquella iglesia, donde ha ido a rezar y oír misa; ya lleva tanto rato que debe haber terminado con sus oraciones.

Según iban comentando estas cosas, salió precisamente Luneta de la iglesia y dijeron a la doncella: «¡Ahí la tenéis!». Ella fue a su encuentro e intercambiaron saludos. Inmediatamente la doncella pregunta a Luneta lo que quería saber, y ella contesta que hará ensillar un palafrén suyo, para acompañarla y llevarla hasta un bosquecillo, donde ha dejado al caballero. La otra se lo agradece de todo corazón. No tardan en traerle a Luneta el palafrén, ni ella en montarlo. Mientras cabalgan, le va contando cómo fue acusada de traición y cómo, encendida ya la hoguera donde ella había de perecer, acudió el caballero, cuando más menester tenía de su ayuda.

Así conversando, la acompañó hasta el mismo camino donde había dejado a mi señor Yvain. Después de escoltarla, le dijo:

—Mantendréis este camino hasta llegar a donde, si así lo quie-

re Dios y el Espíritu Santo, os darán noticias más recientes que las mías. Yo me acuerdo de que nos separamos muy cerca de este lugar, o aquí mismo, pero no nos hemos vuelto a encontrar desde entonces, y no sé qué habrá sido de él, porque cuando se despidió de mí necesitaba la cura de algún ungüento. Por este camino os mando en su busca, y Dios os conceda el encontrarle sano, hoy mejor que mañana. Ahora os encomiendo a Dios. No me atrevo a acompañaros, no vaya a ser que se enfade mi señora.

Con esto se separan las dos doncellas, pues una emprende el retorno, mientras la otra prosigue su camino, cabalgando largo rato hasta encontrar el castillo, donde se había hospedado mi señor Yvain hasta quedar totalmente curado. Ve gente delante de la puerta: damas, caballeros, servidores, así como el señor del castillo. Tras saludarlos, les pregunta si saben algo y pueden darle algunas noticias acerca de un caballero al que busca.

—Según me han dicho, lo más significativo en él es un león, del que nunca se separa.

—A fe mía, damisela —contesta el señor—, se despidió de nosotros hace muy poco y hoy mismo le podéis alcanzar, si no os apartáis de las pisadas de su caballo, pero cuidado de no demoraros.

—¡Dios me libre de ello, señor! —exclama—. Pero decidme ahora hacia dónde he de seguirle.

—Por ahí, todo recto —le contesta, rogándole que le salude de su parte, pero de poco les sirvió la recomendación, porque ella ya no los escuchaba, sino que se puso al galope a toda brida. Pese a que su palafrén tenía veloz ambladura, su paso le resultaba demasiado lento. Así recorre al galope cenagales, lo mismo que caminos de franca pisada, hasta alcanzar con la vista al que lleva en su compañía un león. Grita entonces con alegría:

—¡Dios me ayude! Ahora veo lo que tanto tiempo he perseguido. He acertado al no apartarme de sus huellas, pero ¿de qué me valdrá seguirle y alcanzarle, si no logro cogerle? De poco o nada, verdaderamente, pues si no consigo que vuelva conmigo, habré malgastado mis esfuerzos.

Así discurría apresurándose; y chorreando sudor su montura por tan endiablado paso para un palafrén, llega junto al caballero y le saluda, a lo que él pronto contesta:

—¡Dios os guarde, hermosa criatura, y os libre de todo enojo y pesares!

—¡A vos también, señor, en quien pongo mi esperanza, pues de todos ellos podríais librarme! —luego, poniéndose a su lado, sigue diciéndole—: Señor, he estado buscándoos. La gran fama de vuestra honra me hizo franquear varios reinos y soportar todas las fatigas. Después de tan larga búsqueda, gracias a Dios, me encuentro aquí, en vuestra compañía, y no lamento ninguno de mis males padecidos, ni me quejo, ni los recuerdo siquiera, pues ya nada me pesan; se han aliviado todos mis miembros, porque tan pronto como me reuní con vos, el dolor se alejó volando de mí. Sin embargo, el asunto que me trae no me concierne. Quien me manda donde vos es una persona de alto linaje, de mayor rango y mérito que yo. Pero si se ha equivocado esta doncella al recurrir a vos, será vuestra honra quien la traicione, porque ella sólo en vos espera encontrar amparo y ayuda, para defender su causa, frente a una hermana suya, que pretende privarla de su herencia; no se le puede convencer de que otro caballero podría ayudarla, sino que rechaza la idea de requerir otro auxilio que el vuestro. Verdaderamente, tened por seguro que si podéis llevaros el trofeo de esta victoria, habréis conquistado y salvado el feudo de la desheredada, y habrá crecido también vuestra honra. Para defender su herencia, esperándolo todo de vos, ella emprendió aventura, para requeriros en persona, y no hubiera dejado a nadie este cuidado, si no se lo hubiera impedido una grave enfermedad que la obliga a guardar cama. Ahora, respondedme, os lo ruego: ¿os atreveréis a acudir en su defensa o habréis de descansar?

—Descansar me tiene sin cuidado —contesta el caballero—, pues con ello nadie puede ganar fama, y lejos de concederme algún descanso, gustosamente os seguiré, dulce amiga, hasta donde queráis. Ya que tanto confía en mí la doncella en cuyo nombre me requerís, no perdáis la esperanza de que haga para ayudarle todo cuanto está en mi mano. Ahora, Dios me conceda valor y gracia para que al defender esta justa causa, devuelva su buena ventura a esta criatura desventurada.

Así conversando, cabalgaron juntos largo rato, hasta llegar

cerca del castillo de la Pésima Ventura. Se guardaron de proseguir su camino, porque iba declinando el día. Según iban acercándose al castillo, la gente, que los veía venir, profería maldiciones hacia el caballero:

—¡Mala suerte tengáis por estos lares, señor, que en mala hora venís!, que quienes os guiaron hasta esta morada buscaban vuestra desgracia y deshonor lo podría jurar un abad.

—¡Ah, villanos e insensatos! —les recrimina—, gente vil, llena de maldad, desprovista de toda virtud, ¿por qué me habéis saludado tan ominosamente?

—¿Por qué? Un paso más y lo sabréis. Pero no os enteraréis de nada hasta penetrar dentro de esta alta fortaleza.

Entonces se encamina mi señor Yvain hacia la torre, mientras la gente prorrumpe en imprecaciones hacia él:

—¡Hu, hu! ¿Adónde vas, desdichado? Si alguna vez en tu vida encontraste a quien provocara tu deshonor e infamia, en el lugar hacia donde caminas tales ultrajes te han de infligir que no podrás ni contarlos.

—Gente sin honra y sin bondad —replica mi señor Yvain al oírlos—, gente fastidiosa y necia, ¿por qué me hostigáis y buscáis mi agobio? ¿Qué queréis y esperáis de mí, persiguiéndome con vuestros gruñidos?

—Amigo, te irritas por nada —le contesta una dama de cierta edad, que era muy sagaz y de extrema cortesía—, ten la seguridad de que ninguna de sus palabras lleva mala intención, sino que te están advirtiéndote algo por si lo supieras entender, para que no subas a hospedarte arriba. No se atreven a decirte el porqué, pero si te fustigan y asustan, es con el solo propósito de ponerte en guardia. Acostumbran a hacerlo con todos los viajeros que se aventuran por estos parajes, para disuadirlos y alejarlos de estos lares, porque la costumbre de este lugar es tal que, ocurra lo que ocurra, no nos atrevemos a albergar a ningún forastero, por muy caballero que sea. Ahora lo demás es cosa tuya. Nadie se interpondrá en tu camino, y si así lo quieres, podrás subir a la torre, pero si sigues mi consejo, volverás sobre tus pasos.

—Señora —contesta—, creo que atender a vuestra recomendación me proporcionaría honra y provecho, pero no sabría encontrar otro lugar para hospedarme esta noche.

—A fe mía —replica ella—, me callaré y no opinaré sobre este tema, que no me concierne en absoluto. Id hacia donde se os antoje. Me alegraría mucho, sin embargo, veros volver de allí sin excesiva deshonra, pero sería imposible que esto ocurriera.

—Señora —exclama—, ¡Dios os premie por este voto! Pero mi osado corazón me arroja hacia allí, y obedeceré su dictado.

Sin demora, se dirige hacia la puerta, siempre acompañado de su león y de la doncella. El guardián le insta a que se acerque:

—¡Venid, aprisa, venid! ¡Ya habéis llegado a donde se os rendrá sin remedio, a donde seréis malvenido!

Así le increpa el guardián, apremiándole a que suba con insidioso envite. Mi señor Yvain, sin dignarse responder, franquea el umbral en sus barbas y se encuentra en una inmensa sala, de alta techumbre y recién edificada, que daba a un patio cerrado por unas gruesas estacas, redondeadas algunas y puntiagudas otras, por cuyos huecos entrevé a unas doncellas —serían quizá unas trescientas— ocupadas en diversas tareas; tejían y bordaban con hilos de oro y seda, trabajando cada una con la mayor entrega. Pero tal era su miseria que más de una iba casi desvestida y desceñida, pues carecían hasta de cintas para atar sus vestidos, que por codos y pechos iban hechos jirones y llevaban las camisas con manchas en la espalda. Tenían los cuellos descarnados y pálidos los rostros de hambre y dolor.

Él las ve y ellas a él, e inmediatamente encogen el cuerpo, bajan la mirada y se echan a llorar. Así se quedan largo rato, sin ánimo para enfrentarse a su tarea, sintiéndose tan descorazonadas que no quitan la vista del suelo.

Mi señor Yvain las mira y se da media vuelta para volver hacia la puerta, pero se le abalanza el guardián, cerrándole el paso y gritándole:

—De nada os servirá, ya no saldréis, buen señor. Ahora queríais estar afuera, pero ¡por mi cabeza! de nada os valdrá. Antes padeceréis mayor afrenta de la que podréis soportar. Fue gran imprudencia por vuestra parte venir aquí, de donde es imposible volver a salir.

—Ni lo deseo tampoco, buen hermano —replica mi señor Yvain—, pero dime, por el alma de tu padre, de dónde vinieron estas doncellas a las que acabo de ver en este castillo, tejedoras

de seda, bordadoras de orofrés, cuyas labores tanto me han gustado, aunque me haya disgustado, en cambio, la delgadez de sus cuerpos y rostros, pálidos y doloridos. Me parece que serían muy hermosas y graciosas, si disfrutasen de lo necesario.

—Yo nada os diré sobre este asunto. Buscad a otro que os informe.

—Así lo haré, si no hay otro remedio.

Buscó un rato y encontró la puerta del patio donde trabajaban las doncellas. Avanzó hacia ellas, saludándolas a todas a la vez, y vio entonces correr por sus rostros las lágrimas, que les caían de los ojos de tanto como lloraban.

—Dios tenga a bien —les dijo— aligerar vuestros corazones de este duelo, cuya causa ignoro, mudándolo en alegría.

—¡Dios, a quien habéis invocado —responde una de ellas—, escuche vuestra plegaria! No os ocultaremos quiénes somos, ni de qué país venimos, acaso sea esto precisamente lo que queréis inquirir.

—No he venido por otro motivo —contestó.

—Señor, ocurrió hace mucho tiempo que el rey de la Isla de las Doncellas emprendió aventura, de corte en corte, de país en país, en busca de nuevos saberes, y tanto caminó, con harta imprudencia e ingenuidad, que se embarcó en una situación peligrosa. En mala hora se aventuró en esta búsqueda, causa de deshonra y dolor para nosotras, pobres cautivas aquí encerradas, sin haber merecido para nada tal castigo. Hasta vos mismo, tenedlo por cierto, podéis augurar de todo este asunto la peor afrenta, si no aceptan las condiciones de vuestro rescate.

»Pero, sea como fuere, ocurrió que mi señor vino a este castillo, donde moran dos hijos del diablo, y no vayáis a creer que os cuento una fábula; de una mujer y de un duende, nacieron estos monstruos. Ambas criaturas malignas hubieron de luchar contra el rey, lo que resultó para él una terrible prueba, pues no teniendo cumplidos los dieciocho años, se arriesgaba a que le degollaran como a un tierno corderito. Sintió tal pavor el rey que se libró como pudo; juró que mientras viviese mandaría aquí cada año a treinta de sus doncellas, y quedó liberado con esa renta, siendo convenido por juramento que tal tributo debería durar tanto como la vida de los dos demonios, y que sólo el día en

que fueran derrotados y vencidos en combate, se libraría el rey de esta servidumbre, y también nosotras, aquí entregadas a unas vidas de vergüenza, miseria y sufrimiento, quedaríamos libres.

»Pero hablar de nuestra liberación es pura niñería, porque jamás saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda, sin andar por ello mejor vestidas. Siempre seremos pobres e iremos desnudas. Hambre y sed tendremos siempre. Nunca daremos abasto para ganar lo suficiente y proveernos con más comida; a duras penas, logramos una ración de pan, parca por la mañana, por la noche todavía más escasa, pues de la obra de sus manos, cada una de nosotras saca sólo cuatro denarios por libra¹⁷, y con ello no podemos procurarnos víveres y telas en cantidad suficiente, pues resulta que quien suministra una ganancia de veinte sueldos por semana por ello no se libra de la miseria. Sin embargo, podéis tener la seguridad de que el trabajo de cada una de nosotras procura una ganancia de veinte sueldos o más: ¡bastante como para hacer la fortuna de un duque! Aquí estamos sumidas en la pobreza, mientras se enriquece con nuestros sueldos aquel por cuya cuenta trabajamos. Además de la jornada que pasamos trabajando todo el día, nos quedamos gran parte de la noche en vela, porque él nos amenaza con dejarnos tullidos los miembros si descansamos, y no nos atrevemos a hacer ninguna pausa.

»¿Para qué seguimos contando? Padecemos tantos males que no os podría decir la quinta parte. Pero lo que nos vuelve locas de ira y desesperación es ver a tantos caballeros jóvenes y valientes morir luchando contra estas dos criaturas diabólicas: ¡qué caro pagan su hospedaje! Así haréis mañana, en que solo y desvalido tendréis que combatir, lo queráis o no, poniendo en juego vuestra fama, frente a esos dos diablos encarnados.

—¡Dios, el rey verdadero, que reina sobre los cielos, me defienda contra ellos y os devuelva honra y felicidad, si así le place! Ahora debo dejaros para ver qué acogida me dispensan las gentes de este castillo.

—Marchaos entonces, señor, y ¡que os proteja quien otorga y quita todos los bienes!

Camina entonces hasta la sala, que atraviesa sin encontrar a nadie que le dirija la palabra, para bien o para mal. Recorren los

tres todo el castillo hasta llegar a un vergel, sin que nadie les hable ni se les ofrezca para llevar sus caballos. ¡Qué importa! La verdad es que sí los pusieron en las caballerizas, con la idea de adueñarse de ellos después de la batalla; creo que no se les ocurrió pensar que así combatiría el caballero con una montura descansada, y con ello ganaron sus caballos cebada y una litera de heno hasta medio cuerpo.

Mi señor Yvain, siempre seguido del león y de la doncella, se adentra en el vergel, donde ve, tumbado encima de una tela de seda, reclinado sobre el codo, a un hombre vestido con gran riqueza y, delante de él, a una doncella que iba leyendo una novela—no sé de quién ni de qué trataba—, y para escuchar esta lectura, que iba siguiendo recostada, había acudido una dama. Ella era la madre de la doncella, y el señor, su padre. ¡Qué gozo sentían ambos al contemplarla y escucharla, pues no tenían más hijos que esta niña de dieciséis años escasos!

Era de una belleza tan exquisita aquella doncella que, de haberla mirado, el dios Amor no hubiera permitido que fuera amada por otro. Para ponerse a su servicio, no hubiera dudado en hacerse hombre y en renunciar a su divinidad disparándose en su propio cuerpo el dardo cuya herida es incurable, si no se afana en su cuidado un médico desleal; tal es su naturaleza que nadie debe intentar curarla hasta descubrir su deslealtad, y quien cura de otra manera no es leal amante. De herida de amor, podría entreteneros en larga plática, antes de agotar este tema, si gustaseis de oír esta historia, pero pronto surgiría alguno diciendo que ando divagando sobre quimeras, porque la gente ya no fantasea con ensueños amorosos, hoy no se ama como se amaba antaño, y de amor no se quiere oír hablar siquiera.

Pero oíd ahora cómo es acogido mi señor Yvain, con qué talante y trato se le recibe. En cuanto le vieron, todos los que estaban en aquel vergel se pusieron de pie en su honor, diciéndole:

—¡Enhorabuena, buen señor, por obras y palabras divinas seáis bendito, vos y todo lo vuestro!

Acaso pretendan engañarle, no lo sé, pero le reciben como albricias y parecen estar muy complacidos, agasajándole con la hospitalidad más entrañable. Le sirve la hija del señor en persona, que le atiende con todos los honores debidos a un huésped

de calidad; no sólo le quita el arnés, sino que con sus manos ella misma le lava el cuello, la cara y el rostro entero. Su padre quiere que le prodiguen todas las señales de consideración, y ella cumple con su deseo. Saca de un arca suya una camisa plisada y calzas blancas; le viste con estas prendas y con aguja e hilo le va cosiendo las mangas¹⁸. ¡Quiera Dios que no le cueste demasiado caro tanto halago y lisonja! Para vestir encima de la camisa, le regala una túnica nueva, y le abrocha al cuello un abrigo de escarlata forrada de petigrís hecho de una pieza y sin hendiduras. Le rodea de tantas atenciones que él se queda avergonzado y desconcertado, pero la doncella es tan cortés, noble y generosa que todavía piensa haber hecho demasiado poco. Sabe que a su madre le gustará que no deje a su cargo nada con que pueda halagar a este huésped.

Por la noche, fue servida una cena con abundancia de manjares, hasta en demasía; de tantos platos como había pudieron llegar a cansarse los veedores encargados del servicio de mesa. Al terminar la velada, le acompañaron y le llevaron a acostarse con gran pompa, proporcionándole un holgado acomodo. Cuando estuvo recostado en la cama, todos se retiraron y el león se quedó tumbado a sus pies, según su costumbre.

Al día siguiente, cuando Dios hubo alumbrado el día con su luminaria, tal como corresponde al orden de la Creación, se levantó muy temprano mi señor Yvain; la doncella que le acompañaba madrugó también; ambos se fueron a la capilla a oír una misa en honor del Espíritu Santo, que fue celebrada con gran celeridad.

Después de misa, mi señor Yvain recibió a traición una noticia muy enojosa. Él pensaba marcharse sin que nada se lo impidiera, pero no pudo cumplir su propósito, pues cuando dijo: «Señor, si me lo permitís, me voy y me despido de vos, con vuestra licencia», le contestó el dueño del castillo:

—Amigo, todavía no es tiempo de que os la conceda, y no puedo por una razón muy justa; este castillo tiene establecida una costumbre diabólica que tengo obligación de mantener. Mandaré venir aquí a dos de mis servidores, de los más altos y fornidos, y contra ambos, para bien o para mal, os será preciso tomar las armas. Si lográis defender vuestra vida, venciendo a muer-

te, mi hija os tomará por esposo y os espera este castillo, con todas sus dependencias.

—Señor —contesta—, no quiero ninguna de vuestras posesiones. ¡A este precio, no me conceda Dios ni la mínima parte! Guardad a vuestra hija, que de tomarla por esposa el emperador de Alemania quedaría muy satisfecho, porque es muy hermosa y de una educación muy refinada.

—Callaos, buen huésped —replica el señor—, de nada sirve que escuche cómo esquiváis unas obligaciones de las que no podéis escapar. Mi castillo y mi hija, así como toda la tierra, deberán recaer en el caballero que pueda vencer en campo cerrado a los que acometerán la lucha contra vos. Se trata de un combate que no se puede de ningún modo aplazar ni rehuir. Tengo la certeza de que la cobardía es la que os anima a rechazar a mi hija, así pensabais escabulliros, eludiendo el torneo, pero tened por seguro que deberéis afrontar esta lucha irrevocable: no puede escapar ningún caballero que en este castillo se hospede a esta costumbre bien establecida, que aquí se mantendrá hasta que vea casada a mi hija y muertos o derrotados a estos dos contendientes.

—Así sea, si me es preciso combatir ahora mismo, en contra de mi voluntad, pero hubiera prescindido de ello gustosamente, os lo aseguro. Libraré batalla a pesar mío, ya que no puedo evitarlo.

Surgen ahora, monstruosamente feos y negros, los dos hijos del diablo. Ambos blandían una clava de cornejo encornado, que habían mandado aparejar con pinchos de cobre y guarnecer con alambre de auricalco. Desde la espalda hasta la rodilla llevaban armadura, pero iban con la cabeza y el rostro descubiertos; llevaban desnudas las piernas, que no eran nada delgadas. Así armados avanzaban esgrimiendo en la mano un escudo redondo, recio y de ligero manejo.

El león se estremece en cuanto los ve, porque comprende perfectamente, por las armas que llevan, que vienen a luchar contra su señor. Se le eriza el pelo, toda la melena se le levanta, se echa a temblar con ira y furia, da coletazos en el suelo, con el vehemente deseo de acudir en ayuda de su señor antes de que le maten. Nada más verle, gritan los monstruos:

—Vasallo, apartad a vuestro león que nos está amenazando, o daos por vencido si no, porque, creednos, es vuestra obliga-

ción dejarlo en un lugar donde no pueda lastimarnos, lo que resultaría una ayuda para vos. Solo es como debéis divertirnos en nuestra compañía, porque el león no dejaría de prestaros apoyo, si pudiera.

—Apartadlo vosotros mismos, si le tenéis miedo —replica mi señor Yvain—. Yo en cambio contemplaré gustoso cómo os deja malheridos, si lo logra, y me agradará su ayuda.

—¡Por Dios! —contestan—, está fuera de lugar que recibáis auxilio en esta pelea. Esforzaos en luchar por vuestra cuenta, solo y sin esfuerzo ajeno. Vos habéis de estar solo, y nosotros debemos ser dos: si el león estuviese a vuestro lado para luchar contra nosotros, ya no estaríais solo, sino dos contra nosotros dos, contraviniendo con esta igualdad la costumbre, que os impone, ya lo sabéis, apartar a vuestro león, de buen grado o mal que os pese.

—¿Dónde queréis que esté? ¿Dónde os parece que lo deje? —les pregunta entonces el caballero, y le contestan enseñándole un cuartito.

—Encerradlo aquí.

—Como queráis —dice.

Lleva entonces allí al león y lo deja encerrado. Pronto ha ido en busca de su arnés, para vestir las armas. Le traen su caballo y lo monta. Impacientes por dejarle maltrecho y deshonorado, arremeten contra él los dos campeones, ya sin temor al león, encerrado en el cuarto. Tan violentas embestidas le asestan con sus mazos que de poco le sirven escudo y yelmo; cuando le alcanzan en el yelmo, se resquebraja y rompe, y del escudo hecho trizas no queda más rastro que del hielo fundido. Tan destrozado se lo han dejado que se puede pasar el puño por cada agujero. ¡Qué terribles resultan sus golpes! Y él ¿cómo se enfrenta a estas dos criaturas del diablo? Encendido su ardor por el temor y la vergüenza, se defiende con toda su fuerza e intenta fatigosamente infligirles pesados y terribles golpes —a la hora de repartir regalos, no se queda atrás, sino que les propina lo suyo, devolviéndoles sus favores por partida doble.

Mientras tanto el león, que sigue preso en el aposento, siente dolor e inquietud al acordarse del gesto tan noble que tuvo con él su generoso señor, ahora privado de su ayuda. Ya le gustaría

devolverle este gran favor, sin escasear la medida, con moyos y sextarios llenos, siempre que pudiese escapar. Busca por todas partes, pero no encuentra ninguna salida. Como le llega el ruido de esta peligrosa y empedernida lucha, siente tal dolor con cada estrepitoso golpe que enloquece de rabia viva. Al ir buscando, se acerca al umbral de la puerta, que empezaba a pudrirse a ras del suelo, de tal manera que consigue arrancar lo suficiente para abrir una brecha, por donde, aplastando todo su cuerpo, logra introducirse hasta los riñones.

Mi señor Yvain ya se encontraba preso del agotamiento y bañado en sudor, al enfrentarse con la fuerza, la resistencia y el engaño de los dos gigantes. Había recibido un sinfín de golpes, que había devuelto lo mejor que podía, pero sin alcanzar a herir a sus adversarios, demasiado expertos en el arte de la esgrima. En cuanto a sus escudos, eran de tal naturaleza que ninguna espada, por muy acerada y cortante que fuera, podía hacer mella en ellos. Así que mi señor Yvain tenía sobradas razones para temer la muerte. Sin embargo aguantó con gran coraje hasta que surgió el león, que tras mucho rascar y escarbar el suelo había logrado escaparse.

Si ahora no quedan derrotados estos rufianes, jamás lo serán, pues no les concederá tregua el león, mientras sepa que están vivos. Agarra a uno de ellos y lo sacude hasta el suelo, como si de un carnero se tratara. Entonces sienten miedo los canallas, y en toda la plaza no hay un hombre cuyo corazón no se llene de alegría. Ya no se levantará el demonio derribado, si no le presta auxilio su compinche. Acude tanto para socorrerle como en su propio beneficio, porque teme que el león arremeta contra él en cuanto haya rematado a su compañero derribado, y le tiene más miedo al animal que a su señor.

Ahora que su adversario se le ha puesto de espaldas, ofreciéndole el cuello al descubierto, mi señor Yvain cometería una insensatez si le dejara vivir más tiempo, cuando se le brinda una ocasión tan oportuna. Le entrega su cabeza indefensa, su cuello desnudo ¡el necio bribón! y ahora le golpea el caballero con tal destreza que le taja la cabeza a ras del tronco, tan suavemente que ni se entera. Luego descabalgua para rescatar al otro diablo de las zarpas del león, que lo tiene agarrado. Pero es inútil ya todo

esfuerzo, porque ningún médico llegaría a tiempo: tan graves son las heridas que, enloquecido por la ira, el león le ha infligido, dejándole lastimosamente maltrecho. Sin embargo, mi señor Yvain empuja hacia atrás al animal, y ve entonces cómo le ha arrancado todo el hombro: ya no tiene que preocuparse por su adversario que ha soltado su clava y yace, inerme e inmóvil, como un difunto. Todavía alcanza a hablar atropelladamente para decirle:

—¡Apartad a vuestro león, buen señor, por piedad, que no me toque ya! De aquí en adelante podéis hacer de mí lo que os plazca. A quien ruega e implora clemencia no le debe faltar, salvo si se encuentra con un hombre sin piedad. Ya no me defenderé, ni me levantaré de aquí, aunque tuviera fuerzas para hacerlo, y ahora me pongo a vuestra merced.

—Dime, entonces —pregunta el caballero—, si confiesas tu derrota y abandonas el combate.

—Señor —contesta—, es evidente, me encuentro vencido a pesar mío, y os declaro que renuncio a luchar.

—Entonces, ya no tienes que guardarte de mí, y tampoco tienes nada que temer de mi león.

Ya acuden todos aprisa para rodearle. El señor y la dama le felicitan y agasajan ambos, besándole al hablar de su hija:

—Ahora seréis nuestro doncel, maestro y señor, y nuestra hija será vuestra dama, pues os la daremos por esposa.

—Y yo —replica— os la devuelvo. ¡Quien la quiera que la tenga! A mí ella no me importa, y no lo digo por desprecio en absoluto. No os debe pesar el que la rechace, pues ni debo ni puedo tomarla por esposa. Pero os lo ruego, liberad, en nombre mío, a las cautivas que retenéis. Ha llegado para ellas, como sabéis, el momento de irse y recobrar la libertad.

—Es verdad lo que decís —contesta—, os devuelvo y concedo su libertad, ya que nada se opone a ello. Pero tomad a mi hija, haréis bien, tomadla con todas mis posesiones. Ella es tan hermosa, donosa y sensata que si rechazáis este partido, jamás encontraréis casamiento tan ventajoso.

—Señor, desconocéis mi impedimento y el asunto que me retiene, y tampoco os lo voy a contar. Pero no ignoro que rechazo lo que no rechazaría nadie que dispusiese de su corazón para

entregarlo a tan hermosa y graciosa doncella, como gustosamente haría, si pudiera o debiera aceptarla. Pero convenceos de verdad de que no puedo desposarme, ni con ella ni con ninguna otra, y ahora dejadme, porque me está esperando la doncella que ha venido conmigo. Ella me ha acompañado, y quiero a mi vez ofrecerle mi compañía pese a lo que me haya de ocurrir.

—¿Esto queréis, buen señor? ¡Pero cómo! Jamás, si yo no lo decido y ordeno, os será abierta mi puerta, y aquí os quedaréis prisionero. ¡Qué afrenta! ¡Qué ultraje! ¡Cuando os ruego que toméis a mi hija, la despreciáis!

—¿Desprecio, señor?, en absoluto, lo juro por mi alma, pero no puedo tomar esposa ni permanecer aquí, por mucho que me pese. Seguiré a la doncella que me lleva, porque así tiene que ser. Pero si os place, os juraré con mi mano diestra, y debéis creerme, que tan verdad como me veis ahora aquí volveré algún día, si puedo, para tomar a vuestra hija por esposa.

—¡Maldito —exclama— quien os pida algo u os requiera por juramento! Si os gusta mi hija, recibidla con toda su belleza y donaire, y apresuraos en volver; pero ni fe dada ni juramento os harán, creo yo, adelantar vuestra vuelta. Marchad ahora, yo os relevo de todo juramento y promesa. Que os retengan la lluvia, el viento o naderías sin fin, me trae sin cuidado. Nunca tendré en tan poco a mi hija como para dárosela a la fuerza. Id a vuestros asuntos, que volváis u os quedéis lo mismo me da.

Mi señor Yvain abandona el castillo sin demora, llevando consigo a las cautivas liberadas que el señor le ha entregado; van pobres y harapientas, pero ricas a sus ojos.

Todas van saliendo del castillo de dos en dos, precediendo al caballero, y no creo que al mismísimo Creador, si hubiera bajado del cielo, lo habrían acogido con tanta alegría como a su libertador.

Acudieron a pedirle clemencia y ponerse bajo su merced todas las gentes que a su llegada le habían cubierto de ultrajes hasta la saciedad. Van rodeándole y suplicándole, a lo que él contesta que no se acuerda de nada:

—No sé —les dice— de qué estáis hablando y os declaro a todos libres de culpa. Jamás, que yo recuerde, habéis dicho algo que os pueda tomar a mal.

Todos quedan encantados al oír estas palabras y no reparan en elogios sobre su cortesía. Le hacen escolta durante un largo rato, y luego le encomiendan a Dios. Las doncellas, a su vez, le piden licencia para marcharse, y en el momento de la despedida, todas inclinan la cabeza, rogando a Dios que le dé felicidad y salud, que llegue según su deseo a cualquier destino que se proponga. Él les contesta brevemente, encomendándolas a Dios, pues le resulta importuna tanta demora:

—Id —dice—, Dios os lleve a vuestro país, sanas y dichosas.

Ahora emprenden el camino y se alejan, dando muestras de alegría. Y en cuanto a mi señor Yvain, parte de inmediato.

Sin dejar de cabalgar a rienda suelta durante toda una semana, va siguiendo a la doncella, que conocía a la perfección el camino y el refugio donde había dejado, sin aliento ni amparo, a la pobre desheredada. Cuando oyó aquélla la noticia de la llegada de la doncella y del Caballero del León, nada se puede comparar con la alegría que inundó su pecho, pues ahora piensa que su hermana le dejará parte de su herencia, si ella se lo exige. Enferma, había guardado cama una larga temporada, y acababa de reponerse de un mal que le había puesto a prueba duramente, como bien se apreciaba en su rostro. Ella la primera acude al encuentro del caballero, le saluda y le honra con todas las señas de estima que conoce.

Del júbilo que reinó en el castillo aquella noche, no hace falta hablar. Ni se dirá palabra, pues habría demasiado que contar. Os lo ahorraré entonces, y reemprendo el relato en el momento en que, al día siguiente, montan sus caballos y parten de nuevo.

Tras recorrer muchos caminos, llegaron a un castillo donde residía el rey Arturo desde hacía un par de semanas por lo menos. Allí se encontraba también la doncella que pretendía desheredar a su hermana menor; ella había permanecido en la corte, esperando la llegada de su hermana —que por cierto está cada vez más cerca— con el corazón tranquilo, porque considera el asunto como fácil de llevar: ¿acaso se podía encontrar a caballero alguno que se le resistiese a mi señor Gauvain en una justa? Sólo quedaba un día de los cuarenta de plazo, e iba a ganar el juicio, con sentencia conforme a la justicia —de esto no cabía duda—, en

cuanto hubiese transcurrido este último día. Y sin embargo, todavía le queda bastante más quehacer de lo que se imagina...

Doncella y caballero pasaron la noche fuera del castillo, en una pequeña y modesta mansión, donde nadie reparó en su identidad, porque si se hubiesen alojado en el castillo, todos los habrían reconocido, y esto era precisamente lo último que deseaban. Con el alba, abandonan aprisa su refugio y se mantienen escondidos en un lugar apartado, hasta que nace el día, hermoso y claro.

Varios días habían transcurrido, no sé cuántos, desde que mi señor Gauvain se había marchado de la corte, donde nadie tenía noticias suyas, salvo la doncella en cuyo nombre iba a luchar. Se había alejado unas tres o cuatro leguas de la corte, a la que volvió equipado de tal suerte que incluso quienes le conocían desde siempre no alcanzaron a reconocerle por las armas que llevaba.

La doncella, cuyo agravio a su hermana menor era evidente, le presenta ante toda la corte como a su campeón. Gracias a su defensa, piensa ganar una causa en la que sin embargo el derecho no está de su parte, y así se dirige al rey:

—Señor, ya va transcurriendo el tiempo fijado y pronto será la hora nona bien dada. Hoy es el día en que finalizaba el plazo. Está claro que yo, aquí presente, he cumplido con mi obligación y que se me deben por tanto reconocer mis derechos. De haber podido volver mi hermana, no se habría demorado tanto, así que tengo que dar gracias al cielo, porque no tiene visos de llegar: está bien claro que ella no es capaz de lograrlo, y que yo me he preocupado para nada, aprestándome día tras día hasta el último para defender lo que es mío. Todo lo he logrado sin entablar combate, y ahora es justo que me marche para disfrutar en paz mi herencia. Ya mientras viva no tendré que responder de ella ante mi hermana, y a ella le tocará vivir en la miseria y el dolor.

El rey, que bien sabía de su sinrazón y perfidia hacia su hermana, le contestó:

—Amiga, en corte real, se debe esperar, a fe mía, hasta que el tribunal del rey haya deliberado y pronunciado el fallo conforme a justicia. Resulta ociosa cualquier intriga porque vuestra hermana, según creo yo, todavía puede llegar a tiempo.

El rey no había terminado de hablar, cuando vio al Caballero

del León y a su lado la doncella que había buscado su amparo. Venían los dos solos porque se habían separado del león, dejándolo en el lugar donde se hospedaron. El rey reconoció a la hermana menor en cuanto la vio, y le resultó muy grata su llegada, porque atento como era él a la equidad, entendía que en aquel pleito la justicia se inclinaba de su lado. Fue tal su alegría que la manifestó, adelantándose para saludar a la doncella:

—Acercaos, hermosa, Dios os proteja.

Al oír estas palabras de bienvenida, se estremece la mayor, que, dándose la vuelta y viendo a su hermana y al caballero que trae como campeón de su causa, se vuelve más hosca que la tierra. Todos prodigaron a la menor un caluroso recibimiento. Ésta avanza bajo la mirada del rey y, ya en su presencia, le dice:

—¡Dios salve al rey y a su mesnada! Rey, si mi causa y buen derecho pueden ser defendidos por un caballero, lo serán por éste, que ha tenido a bien seguirme hasta aquí. Pese a tener mucho que hacer en otra parte, este noble y generoso caballero sintió, sin embargo, tal piedad hacia mí que abandonó todos sus asuntos para dedicarse al mío. Pero ¡qué gran cortesía y consideración tendría ahora mi querida hermana, a la que amo tanto como a mí misma, si me dejara lo que en derecho me corresponde! Haría muy bien teniendo ese gesto, porque yo no reclamo nada de lo suyo.

—¡Ni yo nada de lo tuyo, a buen seguro—replica la otra—, pues nada tienes y nada tendrás! Predica cuanto quieras, que con palabras podrás secarte de despecho.

La menor, que era muy conciliadora, prudente y cortés, le contesta en seguida:

—De verdad, mucho me pesa que se enfrenten por nuestra culpa dos caballeros de tanta valía, cuando tan pequeño es nuestro litigio. No puedo, sin embargo, dar el asunto por terminado, porque saldría muy perjudicada, por lo que os estaría muy agradecida si me dejarais la parte a la que tengo derecho.

—Verdaderamente, habría que ser bien necia para hacerte caso. ¡Que me consuma el fuego eterno y arda yo en la llama infernal, si te doy algo con que vivas mejor! Se juntarían las orillas del Danubio con las del Saona, o despuntaría el alba en pleno mediodía, antes de que yo renunciase a luchar contra ti.

—Dios y mi derecho, en los que puse y pongo mi confianza, ayuden y preserven de la desgracia al leal y generoso caballero que se ofreció a servirme antes de saber quién era y sin que nos conociéramos él y yo.

Ahora dejan ya la discusión y traen a sus campeones en medio de la corte. Acude la multitud, como suele ser costumbre en torneos y justas, a donde corre la gente que gusta de ver esgrimir armas y contemplar golpes y lances.

Pero, pese a la amistad que los unía desde siempre, no se reconocieron en absoluto los que iban a enfrentarse. ¿Es que ahora han dejado de quererse? Os he de contestar «sí» y «no». Y os demostraré con argumentos la verdad de ambas respuestas.

Mi señor Gauvain ama de verdad a Yvain y le llama compañero, e Yvain lo mismo, esté donde esté, e incluso ahora mismo. ¡Con qué júbilo le acogería al instante, si le reconociera! Por él daría su vida y el otro la suya, antes de permitir que le hiciera daño. ¿No es esto Amor absoluto y perfecto? Sí, ciertamente, pero, por otra parte, ¿no resulta flagrante el Odio? Sí, porque es absolutamente cierto que cada uno de ellos, sin lugar a dudas, quisiera romper la cabeza de su rival, o dejarle con tal deshonra que peor le sería sobrevivir a su fama. A fe mía, es un verdadero prodigio encontrarse juntos Amor y Odio mortal. ¡Dios! ¿Cómo puede una misma morada albergar a cosas tan contrarias? En mi opinión, en un mismo hospedaje no pueden estar reunidas, porque no sabría permanecer una contra otra por una sola noche, sin que estallaran querellas y disputas, en cuanto una supiera la presencia de la otra. Pero en el cuerpo de una misma casa caben varios alojamientos, cada uno con sus salas y aposentos separados. Así podría aclararse el misterio: acaso Amor se había encerrado en algún aposento secreto, y Odio se había alojado en las salas que dan a la calle, porque gusta de quedar a la vista de todos.

Ahora Odio empieza a agitarse y va acuciando, aguijoneando y espoleando a Amor con todo ahínco, pero Amor ni se inmuta. ¡Ah! ¿Dónde andas escondido, Amor? Sal ahora, y verás qué huésped han traído, para arrojarlo contra ti, los enemigos de tus amigos.

Enemigos son, sin embargo, ahora los mismos que se quieren

con un amor santísimo —porque santo se puede llamar a un amor que no es falso, ni fingido—. Pero Amor es todo ceguera, y Odio a ver apenas alcanza, porque si los hubiera reconocido, Amor habría debido prohibirles el acercarse al combate e intentar dañarse uno a otro. Tan cegado, derrotado y engañado anda Amor que a los que son vasallos suyos de derecho, si los ve, no los reconoce siquiera. En cuanto a Odio, que no sería capaz de decir por qué aborrece, quiere enfrentar uno con otro en la sinrazón de un duelo en que uno odia al otro a muerte, pues está lejos de amar, os aseguro, quien busca la deshonra de su enemigo y desea su muerte.

Pero ¿cómo? ¿Yvain quiere matar a mi señor Gauvain, su amigo? Sí, y su compañero abriga el mismo despropósito. ¿Acaso quisiera mi señor Gauvain matar a Yvain de su propia mano, u otra fechoría todavía más grave de lo que estoy diciendo? En absoluto, os juro que no. Ninguno de ellos quisiera deshonrar e infamar al otro, por nada del mundo que Dios ha hecho para el hombre, ni por el imperio de Roma.

¿Pero no acabo de decir una vil mentira? ¿Acaso no salta a la vista que cada uno quiere arremeter contra el otro, lanza en alto sobre el fieltro del arzón? Ninguno de los dos sentirá pereza a la hora de malherir, humillar y dejar maltrecho a su adversario. Ahora queréis decirme de quién se quejará el que peor salga de la lucha, cuando uno de los combatientes se haya impuesto, porque si tan empeñados están en lanzarse uno contra otro, me temo que hagan durar el combate hasta la derrota total de uno de los rivales. ¿Acaso podrá Yvain sostener con razón, si sale vencido, que el causante de su deshonra es quien le cuenta entre sus amigos, y nunca dejó de llamarle amigo y compañero? O si acaece por ventura que Yvain es quien inflige la derrota a su amigo, o triunfa sobre él en alguna medida, ¿tendrá derecho a quejarse el vencido? No, con toda certeza, porque ignorará quién fue el autor de su afrenta.

Incapaces de reconocerse, ambos se hacen frente con las lanzas, alejándose cada uno hasta el fondo del campo. Al volver y chocar las lanzas, éstas, pese a ser de espeso fresno, vuelan hechas trizas, al primer golpe. Ambos guardan silencio, cuando de haberse dirigido la palabra, no se hubieran enfrentado de esta

guisa. No habrían andado a golpes con lanzas y espadas, sino que habrían corrido uno hacia otro para fundirse en un abrazo, en vez de destrozarse, hacerse pedazos y malherirse.

No salen bien libradas las espadas con esta justa, tampoco los yelmos ni los escudos, que se resquebrajan y abren. Quedan mellados y embotados los filos de las espadas, porque tiran tajos con toda violencia, sin emplear para nada la hoja de la espada, asestándose tales golpes con los pomos, sobre nasales y espaldarones, que en frentes y mejillas, donde aflora la sangre, se les azulean las carnes hasta el morado. Tan desmalladas tienen las lorigas, tan destrozados los escudos, que ninguno está a salvo de las crueles heridas. En esta despiadada labor se afanan, hasta quedar sin aliento. Con tal furia se enfrentan que, de las piedras preciosas engastadas en sus yelmos, no hay esmeralda ni rubí que no esté desengarzado y desgajado, porque tan violentamente se golpean con los pomos que aturridos parecen derrumbarse, y a poco se hunden el cráneo. Sus ojos lanzan chispas, cuadrados y macizos tienen los puños, fuertes los músculos, los huesos robustos, y así de terribles resultan las cuchilladas con que se hieren y aturden, empuñando con toda fuerza sus espadas, que les prestan su dureza sin igual.

Largo rato han luchado, hasta el agotamiento, y ya resquebrajados los yelmos, hendidos y hechos pedazos los escudos, se apartan unos pasos, para dejar descansar la sangre y recobrar aliento. Pero apenas se conceden pausa, y de nuevo arremeten uno contra otro con redoblada fiereza. Todos los que contemplan esta memorable justa afirman que nunca vieron a caballeros tan esforzados:

—No se toman el combate a juego, sino que luchan muy en serio. No hay galardón que pueda premiarlos como se merecen.

Oyen estas palabras los dos amigos empeñados en destrozarse, y por lo que dicen, se enteran también de cómo se ha intentado la reconciliación de las dos hermanas, pero la mayor no quiere aceptar la paz de ninguna manera. En cuanto a la menor, se remite a lo que estime el rey, cuya decisión respetará totalmente. Pero tan insensata se muestra la mayor que incluso la reina Ginebra, los que saben de leyes, los caballeros, y hasta el rey, se ponen de parte de la menor. Todos acuden al rey para rogarle

que, en contra de lo que pretende la hermana mayor, le otorgue a la menor la tercera o cuarta parte de la tierra y separe a ambos caballeros: son de una bravura inaudita, y sería una desgracia irreparable que uno de ellos acabara con la vida del otro o le quitase una parcela de su honra. Pero responde el rey que en modo alguno se interpondrá para mediar la paz, porque la hermana mayor es de tal maldad que a ello se niega.

Todas estas conversaciones oyen los dos adversarios, cuyo mutuo ardor en malherirse deja estupefactos a todos. Tan igualada está la batalla que nadie puede emitir un juicio sobre quién lleva ventaja o quién la peor parte. Los propios combatientes incluso, que rescatan su honra a precio de martirio, se quedan sorprendidos y asombrados viendo hasta qué punto se parecen sus lances: cada uno se pregunta con estupor quién será el caballero que se le enfrenta con tanta fiereza.

La lucha se ha prolongado tanto que va declinando el día hacia el anochecer. Ambos tienen los brazos agotados por la fatiga, y todo el lastimado cuerpo les duele. La sangre les brota fuera del cuerpo corriendo a borbotones por encima de sus lorigas. Con tan espantosos sufrimientos, no es extraño que quieran tomarse algún descanso.

Ambos descansan entonces, y cada uno piensa para sí que ahora ha encontrado a un rival que le iguale, a ese par en la valentía al que siempre ha esperado. Prolongan ambos su reposo, sin atreverse a retomar las armas: no sienten prisa en reemprender la batalla, porque ya se acerca la oscuridad de la noche, y porque cada uno teme a su contrario. Estos dos motivos los incitan a guardar la paz, pero antes de abandonar el campo de batalla, ya habrán reanudado amistad, y la alegría y la piedad se interpondrán entre ellos.

Mi señor Yvain, tan valiente como cortés, habló primero, pero no le reconoció su noble amigo, porque apenas si se oían sus palabras, pues se le quebraba la voz, ronca y débil, que como toda su sangre se resentía de los golpes.

—Señor —dijo—, la noche se acerca. No creo que os expongáis a censura o reproches, si es la noche la que nos separa. Pero por mi parte quiero deciros que siento hacia vos respeto y temor, que reconozco vuestro enorme mérito, porque jamás en toda mi

vida emprendí batalla que tanto me lastimara, ni caballero encontré con quien tanto desease intimar y trabar amistad. Os concedo un valor extraordinario pues a poco pensé verme derrotado. ¡Con qué arte sabéis asestar vuestros golpes y colocarlos! Nunca conocí a caballero que supiera pagarme tantos golpes. Ciertamente, hubiese preferido recibir menos de los que me prestasteis, pues me han dejado aturdido.

—A fe mía —replica mi señor Gauvain—, por muy aturdido y agotado que estéis, yo lo estoy tanto o más, y si me enterase de quién sois, acaso no me pesara. Si yo os he prestado de lo mío, vos me habéis devuelto toda la cuenta, capital e interés, porque gustabais de devolver con más largueza de la que yo ponía en recibir. Pero ocurra lo que ocurra, puesto que deseáis saber cuál es mi nombre, ya no os lo ocultaré: me llamo Gauvain y soy hijo del rey Lot.

Cuando oye Yvain esta nueva, se queda turbado y todo su ser se desespera. Con ira y mal talante, tira al suelo su espada toda ensangrentada y su escudo hecho trizas, descabalgua y exclama:

—¡Ay!, ¡qué desventura! Por funesta equivocación, nos hemos enfrentado sin reconocernos, pues de habernos reconocido jamás os habría librado batalla. Antes de dar un solo golpe, habría renunciado al combate, os lo prometo.

—¿Cómo? —pregunta mi señor Gauvain—, ¿pero quién sois vos?

—Soy Yvain, que os ama más que ningún otro por todo el ancho mundo, y os amaré mientras dure, porque vos siempre me habéis estimado y honrado en todas las cortes. Pero en este asunto, quiero ofreceros reparación y rendiros honor, declararéme totalmente vencido.

—¡Haríais esto por mí! —exclama mi señor Gauvain, enternecido—. Ciertamente, sería un gesto de soberbia por mi parte, si aceptara esta reparación. No recaerá en mí el honor que me ofrecéis, pues vuestro es y os lo dejo.

—Ah, noble señor, no habléis más, pues eso no puede ser. Tan aquejado y maltrecho estoy que no puedo tenerme en pie.

—Perdéis el tiempo —le contesta su amigo y compañero—. Yo soy el vencido y malherido, y no lo digo por halago, pues no hay extraño en el mundo a quien no hubiese dicho lo mismo, antes que seguir aguantando golpes.

Así hablando, han dejado ambos su montura. Luego se echan en brazos uno del otro y se abrazan, sin dejar de proclamar cada uno su derrota.

Mientras prosiguen su debate, acude ahora el rey con los barones, y rodean a los dos héroes. Viéndolos congratularse, sienten impaciencia por enterarse de la causa y saber quiénes son estos caballeros que manifiestan tanta alegría.

—Señores —dice el rey—, decidnos quién de pronto ha puesto entre vosotros esta súbita armonía y amistad. ¿Acaso estuve soñando todo el día, viendo reinar entre ambos tanto odio y discordia?

—Señor —contesta mi señor Gauvain, su sobrino—, no se os ocultará nada de la desventura e infortunio que provocaron este combate. Puesto que estáis decidido a enteraros, es justo que se os diga toda la verdad. Yo, Gauvain, vuestro sobrino, no reconocí a mi señor Yvain, que aquí tenéis ante vos, hasta que, gracias le sean dadas, inquirió mi nombre, y los dos revelamos nuestra identidad. Sólo nos reconocimos tras habernos enfrentado duramente, pues luchamos con fiereza, y de haberse prolongado el duelo, adverso habría sido mi sino, porque, os lo juro por mi cabeza, habría muerto víctima de su proeza y de la sinrazón de aquella doncella, que me llevó al campo de batalla a defender su injusta causa. Pero prefiero que antes de haberme matado, mi amigo me haya vencido por las armas.

Entonces a mi señor Yvain le dio un vuelco el corazón y dijo:

—Noble y querido señor, Dios me ayude, hacéis mal en hablar así. Sepa el rey mi señor que en esta justa yo soy el derrotado y vencido, sin lugar a dudas.

—No, lo soy yo —dice mi señor Gauvain.

—No, sino yo —replica el otro.

Y así, con gran gentileza y generosidad los dos caballeros siguen otorgándose uno al otro el trofeo de la victoria, rechazando cada uno para sí la corona, e intentando dar a entender al rey y a todas sus gentes que han sido vencidos y reconocen su derrota.

Pero el rey, después de escucharlos un rato, pone fin a su disputa. Le complacía mucho oírlos y verlos abrazarse, tras haberse destrozado con terribles heridas.

—Señores —dice—, os une una gran amistad, como bien se demuestra cuando cada uno por su parte confiesa su derrota. Ahora remitidme el asunto, y lograré, creo yo, una reconciliación que redundará en vuestro honor y por la cual todos me alabarán.

Ambos prometen someterse a su voluntad y respetar lo que decida. Contesta el rey que resolverá el litigio con toda fe y equidad.

—¿Dónde está —pregunta— la doncella que expulsó a su hermana de su feudo y la desheredó por la fuerza, despiadadamente?

—Señor —contesta ella—, aquí estoy.

—¿Estáis aquí? Acercaos, entonces. Ya sabía desde hace tiempo que pretendíais desheredarla, y ahora que acabáis de confesar la verdad, su derecho no le será negado. Debéis declarar vuestra renuncia a cualquier reclamación sobre su parte.

—Ah, señor rey, yo me apresuré imprudentemente y respondí a la ligera, pero vos queréis tomarme la palabra. ¡Por Dios, no me perjudiquéis! Sois el rey, y debéis guardaros de cualquier injusticia.

—Por esa razón precisamente —replica el rey— quiero devolver a vuestra hermana lo que según el derecho le corresponde, pues nunca me propuse cometer una injusticia. Habéis oído cómo vuestro campeón y el suyo se han remitido a mi merced. No me pronunciaré a vuestro favor, porque es evidente que no lleváis razón. Cada caballero se declara vencido en campo cerrado, tan grande es su deseo de honrar a su rival. No debo demorar mi decisión, puesto que se me confía el asunto: o cumplís fielmente lo que dicte, sin cometer ninguna injusticia, o proclamo derrotado por las armas a mi sobrino, lo que os causará mayor perjuicio, pero aun así lo haré venciendo mi corazón.

No lo decía el rey con la intención de llevarlo a cabo, sino con el solo propósito de amedrentarla, para que, por temor, devolviese a su hermana lo que le correspondía de la herencia: se había dado perfecta cuenta de que ésta, tan obstinada, no se aventuraría a devolver nada, si no mediaran en sus discursos fuerza e intimidación. Y en efecto, ella se atemoriza y le responde, enteramente azorada:

—Noble señor, me es preciso cumplir con vuestra voluntad, aun doliéndome en el alma; pero por mucho que me perjudique, obe-

deceré. Mi hermana tendrá cuanto le corresponde de mi herencia, y vuestra persona le servirá de caución, para mayor seguridad.

—Dadle entonces lo que le pertenece del feudo conforme a derecho, que lo tenga de vos y sea vuestra vasalla¹⁹. Amadla como tal, y que ella os ame como a su señora y hermana carnal.

Así zanja el rey el litigio. La hermana menor recobra la posesión de su tierra y le da gracias por ello. Manda el rey a su sobrino, esforzado y valiente caballero, que deje que le quiten las armas y, si lo permite, que consienta mi señor Yvain que le despojen de las suyas, pues ya no necesita el arnés. Una vez desarmados, ambos vasallos se echan en brazos uno de otro.

Mientras se abrazaban, ven acudir corriendo al león, que andaba en busca de su señor. En cuanto lo ve, empieza a dar muestras de alegría. ¡Veríais ahora a la gente echarse atrás y dispersarse por doquier, huyendo hasta los más atrevidos!

—¡Quedaos! —exclama mi señor Yvain—. ¿Por qué huís todos? Nadie os persigue. No temáis, este león jamás os hará daño, creedme, os lo ruego, porque los dos somos compañeros: él me pertenece como yo a él.

Entonces todas las gentes, que habían oído de las muchas aventuras del caballero y del león, su inseparable compañero, se percatan de que ante sus ojos tienen en persona al mismo caballero que había matado al feroz gigante. Le dice ahora mi señor Gauvain:

—Señor compañero, Dios me proteja, hoy me habéis humillado, pero yo de mala guisa os agradecí el servicio que me prestasteis cuando matasteis al gigante para salvar a mis sobrinos. Me he acordado de vos a menudo, pero sin saber qué pensar, porque en ninguna de las tierras que visité, jamás había antes oído hablar de un caballero al que llamaran el Caballero del León.

Durante esta conversación, les han ido quitando el arnés y corre rápido el león a donde está sentado su señor. Cuando llega delante de él, le da muestras de toda la alegría que es capaz de manifestar un animal que no puede hablar.

Pero ahora es preciso llevar a los combatientes hasta la enfermería o a un cuarto para enfermos, porque andan necesitados ambos de un médico que les aplique bálsamo y vendajes para curar sus heridas. El rey, que les tenía mucho cariño, los invitó

a quedarse con él y luego mandó llamar a un físico, que sabía más que nadie del arte de la medicina. Aquél les cuidó con tanto afán que consiguió sanar sus heridas lo mejor y antes posible.

Cuando ambos quedaron curados, mi señor Yvain, que se había entregado de corazón a Amor, sin posible retorno, comprendió que no podría prolongar su duelo, porque al final moriría de amor si su dama no se apiadaba del que por ella iba dejando la vida. Resuelve entonces abandonar la corte y marchar solo a llevar la guerra a su fuente. Tal tormenta desencadenará, con rayos, viento y lluvia que a la fuerza tendrá su dama que hacer las paces con él o jamás dejarán de reinar sobre la fuente tempestad, lluvia y viento.

En cuanto sintió que había recobrado todas sus fuerzas, mi señor Yvain se marchó sin que nadie se enterase, llevando consigo a su león, porque nunca en la vida hubiera consentido renunciar a su compañía. Caminaron hasta llegar a la fuente, donde hicieron llover. No vayáis a pensar que os miento, pero tan tremenda fue la tormenta que nadie sabría contar la décima parte: parecía como si una vorágine abismal fuera a tragarse el arbolado del bosque entero. La dama teme que hasta su castillo se hunda, porque se tambalean las murallas, y la torre vacila tanto que a poco se derrumba. El más atrevido guerrero hubiese preferido estar prisionero en Persia, en manos de los turcos, a quedarse entre aquellas paredes. Tan despavoridos están los del castillo que echan pestes de sus antepasados, profiriendo toda clase de imprecaciones:

—¡Maldito sea el primero a quien se le antojó edificar en este país, malditos quienes construyeron este castillo! En toda la tierra, no podían haber encontrado lugar más execrable, pues un solo hombre lo puede atacar, asolar y devastar.

—Es preciso que toméis una decisión, señora —dice Luneta—. No encontraréis a nadie que cuide de ayudaros en tan gran apremio. Muy lejos habría que buscar a quien encomendar esta tarea. Jamás tendremos descanso en este castillo, ni nos atreveremos a franquear la puerta de su recinto. Si hubieseis mandado reunir a todos vuestros caballeros para salir de este trance, ni el mejor habría dado un paso adelante, ya lo sabéis: tan es así que

si no tenéis a nadie que defienda vuestra fuente, pareceréis una insensata que no sabe asumir su rango. Honrosa fama la vuestra, cuando se marche quien os atacó, sin tener que librar batalla siquiera. Ciertamente, estáis en una postura muy enojosa, si no acertáis a reconsiderar vuestros asuntos de otra manera.

—Tú que sabes tanto —le contesta la dama—, dime qué partido he de tomar y me atenderé a tus consejos.

—Señora, tened por seguro que de buen grado os aconsejaría, si lo supiera, pero consejero más sagaz os será menester. No me atrevería a meterme en semejantes artes, y aguantaré lluvia y ventisca como todos, hasta que, si Dios quiere, se presente en vuestra corte un caballero tan valiente como para asumir por sí solo el peso de tamaña empresa. Pero me temo que no suceda esto en un día, y que se prolongue esta situación que perjudica vuestros intereses.

La dama se apresura a contestarle:

—¡Ea, cambiad de lenguaje, damisela! No hay nadie en mi castillo con quien pueda contar para defender la fuente y el escalón. Pero, si Dios quiere, veremos lo que pueden vuestra cordura y buen tino, porque, como se suele decir, es en la necesidad donde se pone a prueba la amistad.

—Señora, si pensara que se iba a encontrar a quien mató al gigante y derrotó a los tres caballeros, merecería la pena ir en su busca. Pero mientras subsista la enemistad con su dama, y ella siga enfrentándose con ira y resentimiento, creo que no hay en este mundo hombre o mujer al que siguiese, a no ser que le jure y garantice que hará cuanto está en su poder para reconciliarle con su dama, que le trata con tanto rigor que le están matando el duelo y la aflicción.

—Estoy dispuesta —dice entonces la dama—, antes de que salgáis en su busca, a comprometerme por juramento: si viene aquí, me esforzaré, sin engaño ni fingimiento, en conseguir para él el perdón de su dama, siempre que esté a mi alcance.

E insiste Luneta:

—Señora, tengo por seguro que podréis conseguirle esta reconciliación, si en ello ponéis vuestro empeño, pero si no os resulta inoportuno, os tomaré juramento ahora mismo, antes de ponerme en camino.

—No tengo inconveniente —contesta la dama.

Luneta, que sabía mucho de cortesía, en seguida mandó traer un relicario ricamente adornado. La dama se arrodilla. Al juego de la verdad le ha cogido Luneta, con muy corteses ardides. Con este juramento, ya remató su obra la muy precavida doncella, que no descuidó nada para lograr sus fines.

—Señora —dice—, alzá la mano. No quiero que pasado mañana me vayáis a reprochar lo que sea, cuando se trata de vuestro propio interés y no del mío. Jurad, si os parece, que en nombre del Caballero del León vos os empeñaréis con toda lealtad en que recobre los favores del corazón de su dama, tal como los gozó antaño.

La dama levanta entonces la mano diestra, y proclama:

—Tal como lo has dicho, lo repetiré. Con la ayuda de Dios y de sus santos, mi corazón no perderá ánimo, ni ahorrará esfuerzos para devolver a ese caballero los graciosos favores que le concedió su dama, siempre que esté en mi poder.

Ahora Luneta ya ha cumplido sus designios. Nada ha deseado tanto como lo que acaba de lograr. Ya le tenían preparado un palafren de muy mansa ambladura. Ella lo monta, llevando en el rostro toda la alegría y júbilo del mundo. Cabalga hasta llegar al pino, donde justo encuentra a quien no pensaba hallar tan cerca, pues creía que le sería preciso aventurarse en una larga búsqueda antes de llegar hasta él. Gracias a su león, lo reconoce en cuanto lo ve. Se dirige hacia él al galope y descabalga. Desde que la ve aparecer a lo lejos, mi señor Yvain también la ha reconocido. Intercambian saludos y ella le dice:

—Señor, ¡qué alegría me da el haberos encontrado tan pronto!

—¿Cómo, acaso andabais buscándome? —le pregunta mi señor Yvain.

—Sí, ciertamente, y nunca he sido tan dichosa desde que nací, porque he llevado a mi señora a volver a ser, so pena de perjurio, vuestra dama, y vos su señor, como antaño. Como os lo cuento, es la pura verdad.

Mi señor Yvain siente gran gozo por esta sorprendente nueva que jamás esperaba llegar a oír. No alcanza a expresar su gratitud a quien tanto ha logrado en su nombre y, besándole los ojos y el rostro, le dice:

—Dulce amiga mía, ya sé que no existe galardón con que de alguna manera pudiera premiaros. Temo que me falle la ocasión y el medio de corresponderos oportunamente, sirviéndoos y honrándoos.

—Señor —contesta la doncella—, esto no os debe causar preocupación o desasosiego, ya hallaréis tiempo y ocasión para dar pruebas de vuestra largueza, a mí como a los demás. Si yo he cumplido con mi deber, no se me debe agradecer más que al deudor cuando reembolsa un préstamo. Además, no creo haberos devuelto cuanto os debía.

—¡Sí que habéis cumplido, válgame Dios, y quinientas mil veces más allá! Nos iremos en cuanto lo tengáis a bien. Pero ¿acaso le habéis revelado quién soy?

—No, a fe mía, ella sólo os conoce bajo el nombre del Caballero del León.

Siguiendo con su plática, se van alejando la doncella y el caballero, siempre seguidos del león, caminando los tres hasta llegar al castillo. En las calles, no cruzaron palabra con las gentes, hasta encontrarse en presencia de la dama.

Se alegró mucho aquélla al oír la noticia de que volvía su doncella, y trayendo consigo al caballero, acompañado de su león. Ella ardía en deseos de verlo, conocerlo e intimar con él. Mi señor Yvain cae a sus pies, con todas sus armas. A su lado está Luneta:

—Señora —le dice—, levantadlo y poned todos vuestros cuidados y dones en procurarle la paz y el perdón, pues sois la única en el mundo que pueda lograrlo.

Entonces la dama le manda levantarse y dice:

—Pongo todo mi poder a disposición del caballero y estoy dispuesta a cumplir con sus deseos, para complacerle en todo cuanto esté a mi alcance.

—Verdaderamente, señora —interviene Luneta—, no lo diría si no fuese cierto: todo está en vuestro poder, y bastante más de lo que os he dicho. Pero ahora me toca confesaros la verdad, y os la voy a revelar. Nunca tuvisteis ni tendréis jamás a tan buen amigo como este caballero. Dios, que quiere ver reinar entre vos y él una paz perfecta y un amor tan puro que no pueda cesar nunca, ha permitido que me encontrara con él hoy mismo, muy cerca de aquí. La verdad se basta a sí misma para probarse, y ja-

más conviene alegar otras razones. Señora, olvidad vuestra ira y perdonadle, porque no tiene otra dama que vos este caballero, mi señor Yvain, vuestro esposo.

Con estas palabras, la dama se estremece:

—¡Dios me salve —exclama—, con qué trampa me has cogido! A quien ni me ama ni me estima pretendes que quiera a mi pesar. ¡Qué triunfo has logrado! ¡Qué hermoso favor me has hecho! Habría preferido sufrir ráfagas y tempestades toda mi vida, y si no fuera cosa villana e innoble el perjurio, jamás, a ningún precio, le concedería paz y concordia. Como el fuego que arde bajo la ceniza, siempre anidaría en mi corazón aquello que no me place recordar ahora, cuando me es preciso reconciliarme con él.

Mi señor Yvain comprende que sus asuntos van por tan buen camino que obtendrá paz y perdón, e implora a su dama:

—Señora, merece misericordia el pecador. He pagado por mi ceguera lo que era de justicia. Fue la locura lo que me hizo demorarme lejos de vos, pero confieso mi culpa. Fue gran osadía el atreverme a comparecer ante vuestra presencia, pero si ahora consentís en retenerme a vuestro lado, jamás os faltaré en nada.

—Ciertamente —contesta la dama—, acepto, pues sería perjurio por mi parte el no poner todo mi empeño en restaurar la paz entre nosotros. Si así os place, os la concedo.

—Señora —dice—, os estoy mil veces agradecido, y que me ayude el Espíritu Santo, Dios no podía hacerme más dichoso.

Mi señor Yvain ya ha alcanzado el perdón, y podéis creer que, después de tan larga y cruel desesperación, jamás gozó de tanta felicidad. Superadas todas las pruebas, ha logrado ser amado y querido por su dama, que corresponde a su amor. Ya no se acuerda de ninguno de los sufrimientos que le atormentaron, porque los va borrando de su memoria el tierno goce de su amiga.

En cuanto a Luneta, también está feliz, porque ha visto colmados sus deseos al hilar la paz de un amor sin fin entre mi señor Yvain, el cortés, y su dulce y perfecta amiga.

Así acaba Chrétien su novela del Caballero del León. Éstas son todas las aventuras que oyó contar, y ya no oiréis más, porque no quiere añadir mentiras.

Aquí termina *El Caballero del León*.

Notas

1 *el corazón coge en el vientre*: este curioso acercamiento anatómico no lo era tanto para el hombre medieval. Expresiones como *avoir du cœur au ventre* o, en español, con un matiz ligeramente distinto, «hacer de tripas corazón» atestiguan esta asociación para evocar lo más hondo del ser.

2 *un azor ya mudado*: se trata del azor máspreciado por los cetreros, porque en aquellos tiempos las mudas resultaban una enfermedad a veces mortal para aves como azores y halcones. Con cada muda iban oscureciéndose las plumas y adquiriendo mayor precio el ave cuando tenía el color ya fijado.

3 *valvasor*: era el vasallo situado en el último escalón de la jerarquía feudal. Sin embargo, es frecuente en los textos literarios que aparezca retratado como aquí, es decir, como modelo de caballería, y así ocurre, por ejemplo, en el *Erec* del mismo Chrétien. En la introducción se alude al papel que se atribuye a los estamentos más desfavorecidos y al nuevo código de valores que surge en el último cuarto del siglo XII.

4 *sobre aquel disco dio el valvasor tres golpes*: aunque aquí sea otra la finalidad de la llamada, pues se trata de avisar de la llegada del caballero a la «mesnada», es decir, a la gente del castillo, parece que su función primitiva en los hipotéticos relatos anteriores que utilizara Chrétien sería reminiscencia de ritos propiciatorios para hacer llover. Así, disco, fuente, escalón y vasija formaban parte del mismo motivo de la tormenta desencadenada, pues discos de cobre y/o tambores cuyos redobles imitan el ruido del trueno constituyen un rito ancestral para atraer la lluvia (cf. C. B. Lewis, «The function of the gong in the source of Chrétien de Troyes' *Yvain*», en *Zeitschrift für romanische Philologie* XLVII [1927], págs. 254-270).

5 *escarlata azul como pavo real, ribeteado con piel de petigrís*: la esкарлата de lana o seda no era necesariamente roja. En cuanto al petigrís, era una piel muy apreciada de una ardilla nada común traída de Siberia y moteada de

gris y blanco, de ahí su calificativo de «variada» en el antiguo francés *vair*.

6 *era de esmeralda (...) y con cuatro rubíes*: la virtud de hacer llover atribuida a ciertas piedras como la esmeralda figura en lapidarios de la época, tal como lo señaló P. Meyer (en *Romania* XXXVIII [1909], citado por W. A. Nitze, véase Bibliografía). Ahí se encuentran los mismos elementos que en el relato de Chrétien: fuente y vasija, esmeralda y rubíes, sol, hervir del agua y aguacero. No cabe duda de que, como en el caso del disco (véase nota 4), se trata de una cristianización de los antiguos ritos propiciatorios, que subyacen en toda la mitología clásica. De ahí que defensores de las fuentes celtistas de Chrétien y partidarios del legado clásico hayan podido polemizar durante más de medio siglo.

7 *cuál era mi papel*: está desconcertado porque su adversario no ha actuado según el código de caballería, que manda tomar juramento al vencido en el mismo lugar de la derrota. El vencido debía reconocerse como tal, jurando que se constituía preso, lo que no llevaba confinamiento, sino obligación de aceptar las condiciones del vencedor y de dar a conocer su derrota ante la corte más próxima. Así sucede cuando Yvain toma juramento al conde (vv. 3274 y ss.) [pág. 83] y le lleva hasta el castillo de la dama de Norisón, que le dictará sus condiciones (vv. 3288 y ss.) [pág. 83]. En todas las victorias de Yvain que no se saldan con la muerte del enemigo, sus derrotados contrincantes se ponen a su merced. Tras la justa final que opone Yvain a Gauvain, ambos caballeros pugnan por proclamar cada uno su derrota en un largo debate, al que pone fin el rey muy hábilmente, y sólo entonces pueden dejar los combatientes que les quiten sus armas (vv. 6439-6446) [pág. 133]. Por tanto, la conducta de un vencedor huyendo es del todo anómala, y se puede pensar que Chrétien ha querido con ello conferir a la aventura un carácter extraño, rayando en lo fantástico.

8 *al sultán Loradín*: se trata del sultán Nūr-al-Dīn, al que combatían los Cruzados en Tierra Santa. El año de su muerte, 1174, sirvió a algunos autores, como G. Cohen, para situar la fecha de composición de *Yvain*, anteponiéndola a dicho año y, por tanto, a la del *Chevalier de la Charrette* (*Lancelot*); pero esta alusión histórica en ningún caso puede servir de referencia, pues, como apuntó J. Frappier, es evidente que la muerte del sultán no impediría que se siguiese aludiéndole. A esta referencia histórica le sigue otra (*Et vous irés vengier Forré!*, v. 595 [pág. 32]), que se refiere al rey Forré, un personaje legendario que encarna en varios cantares de gesta al jefe de las huestes paganas; por tratarse de un nombre caído en el olvido lo omito en la traducción.

9 *amarga como la escamonea*: se trata de una planta de la familia del volu-

bilis, traída de Asia Menor y utilizada como medicina purgante; por tanto, la comparación que hace la reina no deja de ser humillante para el senescal.

10 *prueba manifiesta*: es una alusión a la creencia de que las heridas de un hombre muerto violentamente volvían a sangrar para delatar si se le aproximaba el autor de su muerte.

11 *aún espolvoreada con tiza*: se trata de una prenda nueva aún sin estrenar, pues se utilizaba la tiza como apresto y para la conservación de las pieles (cf. nota de W. Foerster al v. 1885 [pág. 52]: *a tot la croie*).

12 *El goce del amor que se demora*: de este modo ilustra Chrétien el consejo ovidiano del *festina lente*; en el *Ars Amandi*, uno de los modelos del amor cortés, Ovidio pone en guardia a los amantes contra la impaciencia y les aconseja apurar y retardar el placer, definiendo el amor como un bien caro, es decir, raro y escaso (*carestia*), cuya abundancia envilece y produce tedio: *Pinguis amor nimiumque patens in taedio nobis vertitur / Si qua volet regnare diu, deludat amantem*. En sus poesías Chrétien retomará esa misma imagen: «Ja, mon los, plenté n'ameraz. / Ne pour chier tans ne t'esmaier. / Biens adoucist per delaier / Et quant plus desiré l'auras / Plus t'en ert douls à l'essaiier» (vv. 41-45 de la chanson 1664, «D'Amors, qui m'a tolu à moi» [De Amor, que me ha robado el ser]: Ay, querido mío, no te precipites para cosechar amores: / aplázalo como un bien precioso / que más gozoso suele ser el placer diferido / Y cuanto más dure tu deseo / Más dulce el gozo). Todo ello explica el concepto de *re-créantise*: el caballero no debe demorarse al lado de la dama, porque llegaría a ser un mero *recreanz*, es decir, un amante doméstico o domado y perezoso.

13 *en el fieltro del arzón* («C'om ne fuet tant metre el fautre / Com il de-pieche et demande autre [vv. 3231-3232] [pág. 82]): en la primera fase del combate, es decir, antes de luchar de pie con las espadas, los caballeros se enfrentaban en una serie de encuentros a caballo, tan breves como brutales, donde cada combatiente debía a la vez resistir el envite del adversario que le golpeaba con una lanza y al mismo tiempo ajustar la suya para asestar un golpe a su adversario en el momento en que se juntaban al paso sus monturas. Las larguísimas y pesadas lanzas, hechas con madera de fresno pero terminadas en una punta de hierro, se colocaban apoyadas en la cadera del caballero sobre una pieza de fieltro, con el fin de amortiguar el golpe e impedir que resbalaran durante el encontronazo al galope. Aquí es tan encarnizada la lucha que quiebran las lanzas a cada asalto y no dejan tiempo a los escuderos para volver a colocar otro madero sobre el fieltro.

14 *a la reina se la ha llevado un caballero*: Chrétien alude a las aventuras de Lanzarote y Gauvain tras el rapto de la reina Ginebra que constituyen la ma-

teria de su *Chevalier de la Charrette*, alusión que ha desencadenado conjeturas opuestas en cuanto a la composición de ambas novelas: para unos se demuestra así su simultaneidad; para otros, la anterioridad del *Yvain*. La complementariedad de las dos novelas no reside sólo en la implicación de la trama narrativa, sino en intrincados lazos familiares. Así, más adelante en el relato, el castellano huésped de Yvain, que resulta ser cuñado de Gauvain (vv. 3910 y ss.) [pág. 93], vuelve a contar lo que será la trama de *Lancelot*. Pero la interdependencia de ambos relatos no sólo se debe a que son obra de un mismo autor, sino a la imbricación de todas las aventuras protagonizadas por los mismos personajes en el ámbito del ciclo artúrico, de ahí que resulte tan arriesgado establecer una cronología.

15 *ni por el reino de Tarso (que por le rëaume de Carse)*: reza el manuscrito 794. Mario Roques sugiere que *Carse* podría leerse *Tarse* («peut-être Tarse», *Le Chevalier au Lion [Yvain]*, pág. 215), es decir, Tarso, la patria de san Pablo. En cuyo caso no queda clara la relación con la expresión común, equivalente a «ni por todo el oro del mundo», a la que se aludía en la primera edición (1984). En cambio, las proverbiales riquezas del reino de *Tarsis*, para los semitas, *Tartesos*, para los grecorromanos, responderían perfectamente al contexto. Figura en Anacreonte, citado por Estrabón (III, 2, 14), el mismo tipo de locución proverbial: «Yo mismo no desearía ni el cuerno de Amaltea, *ni reinar ciento cincuenta años en Tartesos*» (véase A. García y Bellido, «Protohistoria: Tartesos», en R. Menéndez Pidal, *Historia de España* I, 2, Espasa-Calpe, Madrid 1952, págs. 281 y ss.). Ello hace pensar que la alusión a míticas riquezas, hoy confirmadas por descubrimientos arqueológicos (véase en especial J. Mata Carriazo, *Tartesos y el Carambolo*, Madrid 1973), llegaría a ser una expresión común en la Edad clásica y que luego la Edad Media, que había perdido la referencia a Tartesos, pero se encontraba familiarizada con Tarso a través de la Biblia haya sustituido al reino de Argantonio por la patria de san Pablo.

16 *pese a que ignore quién he llegado a ser (Et si ne set, qui je me sui, v. 4296)* [pág. 99]: Gauvain le conoce como Yvain, pero no como el Caballero del León, en que ha devenido. Aquí subraya Chrétien el concepto existencial y metafísico de la «aventura» como nuevo nacimiento y perfección del ser.

17 *cuatro denarios por libra*: hay que entender cuatro denarios por libra de mercancía entregada. El trabajo de las tejedoras produce una ganancia de veinte sueldos por semana (vv. 5303-5311) [pág. 115], pero la relación entre esa cantidad y lo que perciben las obreras da la medida de la explotación a la que están sometidas. Ha sido calculada de la siguiente manera por J. Frappier (*Étude sur Yvain ou le Chevalier au Lion*, pág. 63): una libra (= 20 sueldos; 1 sueldo =

12 denarios) se divide en 240 denarios, por tanto, un salario semanal de 4 denarios, es decir, la tercera parte de un sueldo, sólo representa la sesentava parte de la ganancia que produce su trabajo, mientras que el dueño del taller gana 300 veces (= número de sus obreras) veinte sueldos por semana, o sea seis mil sueldos, de cuya suma sólo revierte cien (un tercio de sueldo para cada una) en salarios. De ahí la exclamación del verso 5308 aludiendo a una ganancia *¡para hacer la fortuna de un duque!* [pág. 115]; resulta una tentación ver despuntar en el siglo XII el enriquecimiento de una clase social que unos siglos más tarde empezaría a llenar las arcas del reino comprando a la monarquía privilegios y cargos abandonados por una aristocracia acorralada por problemas económicos. Pero no está nada claro que el dueño del taller pertenezca a la incipiente «burguesía», pues dichos talleres, llamados *gineceos*, dependían del castillo (cf. H. Pirenne, *La Civilisation occidentale au Moyen Âge*, págs. 14, 58, 75).

Lo que resulta extraordinario de este pasaje es la mezcla de realidad social minuciosamente observada por Chrétien en los talleres de Champaña y el valor simbólico que confiere al episodio a nivel narrativo.

18 *le va cosiendo las mangas*: no se trata de un remiendo, sino de una moda que requería llevar unas mangas estrechas, que se ajustaban tanto al brazo que se necesitaba coserlas sobre el cuerpo. Con la misma minuciosidad describe Chrétien la última moda en abrigos (*un mantel sans haligot*, v. 5424) [pág. 117]: «sin recortes», que no significa en este caso «de una pieza», sino que han dejado de llevarse las aperturas entalladas en la tela, perfilando unos motivos, en forma de hojas por ejemplo, que dejaban ver las mangas (como volverían a estar de moda en el Renacimiento).

19 *y sea vuestra vasalla*: según los documentos jurídicos de la época (véase P. Jonin, *Prolegomènes à une édition d'Yvain*, págs. 49-50), se trata de un régimen de sucesión que establece la enfeudación del hermano menor al mayor. A cambio de beneficiarse de parte del feudo, debe obediencia a su hermano o señor, a quien sirve como hombre ligio: *qui homo meus est feodalis* es la fórmula que figura en un texto sucesorio, en el cual una hermana menor acepta su parte de la herencia, de mano de la mayor que la recibe como vasalla, *in hominem eam recipiens*. Aquí es interesante observar cómo emplea Chrétien la palabra *fame*, con la misma significación de vínculo de vasallaje que tiene *hominem*, en el documento citado. Dice así el texto original:

*Revestez l'an tot ore an droit
Fet lis rois et ele deveigne
Vostre fame et de vos la teigne;*

*Si l'amez come vostre fame
Et ele vos come sa dame.*

(vv. 6438-6442) [pág. 133].

Se trata de un ejemplo más de la exactitud con que describe Chrétien de Troyes ciertos rasgos de la realidad que le rodea, a los que va insertando en una aventura fantástica.

Bibliografía

Ediciones críticas

Foerster, W., *Yvain: der Löwenritter, Kristian von Troyes*, repro. facsímil de la edición de 1912, Max Niemeyer Verlag, Halle; Slatkine, Ginebra; Champion, París 1977.

Hult, D. F., *Chrétien de Troyes, Le Chevalier au Lion ou Le Roman d'Yvain*, LGF, París 1994 (con traducción al francés).

Jonin, P., *Prolégomènes à une édition d'Yvain*, Aix-en-Provence 1958.

Roques, M., *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, Champion, París 1960.

Reid, T. B. W., *Yvain*, Manchester Univ. Press, Manchester 1948.

Traducciones críticas

Buridant, C. y J. Trottin, *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, Champion, París 1991 (ed. revisada).

Chevalier, C. A., *Yvain, Le Chevalier au Lion*, LGF, París 1988.

Kibler, W., *Le Chevalier au Lion*, Garland, Nueva York / Londres 1985 (vol. 48).

Raffel, B., *Yvain, The Knight of the Lion*, Yale Univ. Press, New Haven, Londres 1987.

Rousse, M., *Yvain ou le Chevalier au Lion*, Garnier-Flammarion, París 1990.

Adaptaciones (para jóvenes lectores)

Astre, M. L., *Yvain ou le Chevalier au Lion* (adaptación de la traducción de M. Rousse, con juegos para escolares), «Etonnants Classiques», G. F. Flammarion, París 1997.

Foucher, J. P., *Yvain, Le Chevalier au Lion*, ilus. de N. Vogel, Gallimard, Folio Junior, París 1991.

Sander, C., *Yvain, le Chevalier au Lion*, Flammarion, Castor-poche, París 1998.

Tusseau, J. P., *Yvain, le Chevalier au Lion*, École des Loisirs, París 1993 (con juegos).

Estudios críticos

Auerbach, E., *Mimesis. Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*, Berna 1942 [*Mimesis: la realidad en la literatura occidental*, F. C. E., México 1950].

Baumgartner, E., *Chrétien de Troyes: Yvain, Lancelot, la charrette et le lion*, PUF, París 1992.

Chandes, G., «Recherches sur l'imagerie des eaux dans l'œuvre de Chrétien de Troyes», *Cahiers de Civilisation Médiévale* XIX (1976), págs. 151-164.

Cohen, G., *Un grand romancier d'amour et d'aventure au XII^{ème} siècle, Chrétien de Troyes et son œuvre*, Hatier-Boivin, París 1931.

-, «Le Duel judiciaire chez Chrétien de Troyes», *Annales de l'Université de Paris* 6 (1933), págs. 510-527.

Collas, J. P., «The Romantic Hero of the Twelfth Century», *Miscellany presented to E. Vinaver*, Manchester 1965, págs. 80-96.

Dragonetti, R., «Le vent de l'aventure dans *Yvain ou Le Chevalier au Lion*», *Le Moyen Âge* 96 (1990).

Dubost, F., «Le Chevalier au Lion, une conjoncture signifiante», *Le Moyen Âge* 90 (1984), págs. 195-222.

Duby, G., *Guerriers et paysans, VII-XII^{ème} siècle, premier essor de l'économie européenne*, París 1973 [*Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*, Alianza, Madrid 1976].

Frappier, J., *Chrétien, l'homme et l'œuvre*, Hatier, París 1968.

-, *Étude sur Yvain ou le Chevalier au Lion de Chrétien de Troyes*, Hatier, París 1969.

Grimbert, J. T., *Yvain dans le miroir: Une poétique de la réflexion dans «Le Chevalier au Lion» de Chrétien de Troyes*, Purdue Univ., 25, J. Benjamins, Amsterdam; Filadelfia 1998.

Gyori, J., «Le cosmos, un songe», *Annales Universitatis Scientiarum Budapestinensis* IV, Budapest 1963.

-, «Prolégomènes à une imagerie de Chrétien de Troyes», *Cahiers de Civilisation Médiévale* XI (1968).

Haidu, P., *Lion-queue-coupée: L'écart symbolique chez Chrétien de Troyes*, Droz, Ginebra 1972.

Hunt, T., «The Dialectic of Yvain», *Modern Language Review* 72 (1977).

-, *Chrétien de Troyes, Yvain*, Grant & Cutler, Londres 1986.

Köhler, E., *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik*, Tübinga 1956; ed. francesa, *L'aventure chevaleresque. Idéal et réalité dans le roman courtois*, Gallimard, París 1974 [*La aventura caballeresca. Ideal y realidad en la narrativa cortés*, Sirmio, Barcelona 1991].

-, «Le rôle de la "coutume" dans les romans de Chrétien de Troyes», *Romania* 81 (1960), págs. 386-397.

Lefay-Toury, M. N., «Roman breton et mythes courtois, l'évolution du personnage féminin dans les romans de Chrétien de Troyes», *Cahiers de Civilisation Médiévale* XV (1972), págs. 193-293; XVI, págs. 283-293.

Le Goff, J. y P. Vidal-Naquet, «Lévi-Strauss en Brocéliande. Esquisse pour une analyse d'un roman courtois», en la obra colectiva *Claude Lévi-Strauss*, París 1979, págs. 265-319 [*Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona 1985].

Luttrell, C., *The Creation of First Arthurian Romance: a quest*, Edimburgo / Londres 1974.

Maddox, D. L., «Yvain et le sens de la coutume», *Romania* 109 (1988), págs. 1-17.

Micha, A., *La tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, París 1966 (reed.).

Mollat, M., *Les pauvres au Moyen Âge, étude sociale*, París 1978.

Nitze, W. A., «Yvain and the myth of the Fountain», *Speculum* XXX (1955), págs. 170-179.

- Owen, D. D. R., *Arthurian Romance: Seven Essays*, Edimburgo / Londres 1971.
- Pickens, R. T., *Essays on Chrétien de Troyes*, Lexington 1983 (obra colectiva).
- Pirenne, H., *Histoire économique et sociale du Moyen Âge*, París 1969 [*Historia económica y social de la Edad Media*, F. C. E., México 1977].
- Press, A. R., «Chrétien de Troyes's Laudine: A Belle Dame sans Mercy?», *Forum for Modern Language Studies*, Saint Andrews, Escocia 1983.
- Reason, J. H., «An inquiry into the structural style and originality of Chrétien de Troyes' *Yvain*», *Studies in Romance Languages and Literatures*, Washington 1958.
- , «Réception critique de l'œuvre de Chrétien de Troyes», *Œuvres Critiques*, 2, París 1980 (obra colectiva).
- Vance, E., «Le combat érotique chez Chrétien de Troyes», *Poétique* 12 (1972), págs. 544-571.
- , «From Topic to Tale: Logic and Narrativity in the Middle Ages», *Theory and History of Literature* 47 (1987), Univ. of Minnesota Press.
- Vinaver, E., *The Rise of Romance*, Oxford University Press, Oxford 1970.
- Woledge, B., *Commentaire sur Yvain (Le chevalier au lion)*, 2 vols., Droz, Ginebra 1986-1988.

Epílogo

Heinrich Zimmer

Los relatos de la Mesa Redonda han ejercido su hechizo durante cientos de años sobre el alma de Europa. Elaborados por los poetas de los siglos XII y XIII de Francia, Alemania e Inglaterra con materiales procedentes en gran medida de los antiguos tesoros celtas, estas leyendas de magia, de búsqueda y desencantamiento se han impreso en la conciencia (y también en el inconsciente) de los descendientes de aquellos que las disfrutaron primero. No entraré en las circunstancias que me indujeron a echar una mirada desde mi campo específico de la antigua mitología hindú a esta tradición que pertenece al rincón más lejano de la antigua Europa, ni haremos una pausa para justificar y elaborar la técnica de la interpretación comparativa que nos lleva a esta aventura diletante de intento de dilucidación. El método no tiene intención ni expectativas de llegar a resultados de importancia filológica; los paralelos señalados no son presentados como pruebas para una historia comparada de motivos y versiones. El objetivo de esta re-creación es, simplemente, dejar que los viejos personajes y sus aventuras simbólicas continúen activando y estimulando la imaginación viva para, al revivirlos, despertar en nosotros la antigua capacidad de leer con comprensión intuitiva esta escritura pictórica que fue en un tiempo el soporte del sustento espiritual de nuestros antepasados. Las respuestas a los enigmas de la existencia que los cuentos encarnan —ya fueran sus autores conscientes de ello o no— están todavía moldeando nuestras vidas.

Pero han pasado los siglos y, aunque en un sentido profundo es sin duda cierto que los mensajes de estos antiguos relatos es-

tán muy cercanos a nosotros, en otro sentido son lejanos. Muchos de nosotros disfrutamos de ellos en nuestra infancia en alguna de aquellas encantadoras ediciones ilustradas y llenas de color, destinadas a los muy jóvenes, y algunos hemos hurgado en obras de la auténtica tradición: la *Morte d'Arthur* de Malory, por ejemplo. Pero, en conjunto, podemos encontrar poco o nada del momento actual en estos a menudo interminables documentos de una época pasada. Los poetas medievales se extendían insistentemente en los problemas específicos, sociales y psicológicos de su sociedad feudal, de manera que ahora nos parecen más bien singulares y aburridos, muy pertenecientes al pasado. Y por eso, aunque encantaran durante un tiempo nuestra infancia y los siglos de formación de nuestra civilización, nos sentimos contentos de dejarlos (como precio de la lectura adulta) a los filólogos y a aquellos desafortunados estudiantes que deben ejercitar su mente en las lenguas muertas y sus oídos en los laberintos de metros que ya han perdido su sonido. Chrétien de Troyes, Wolfram von Eschenbach y el poeta Gawain encontraron su lugar de descanso en un polvoriento rincón de un ático moderno, junto con el resto de baratijas que nosotros, occidentales modernos, almacenamos fuera de nuestra vista cuando perdemos con la edad las convenciones caballerescas del mundo medieval.

Y sin embargo, las generaciones que forjaron estos relatos no son solamente nuestros antepasados espirituales, sino también, en alguna medida, físicos. Están dentro de nuestros huesos, aunque sean desconocidos para nosotros; y cuando escuchamos, también ellos escuchan; cuando leemos, algún oscuro ego ancestral del que somos inconscientes puede estar asintiendo de manera aprobatoria al escuchar de nuevo su propio antiguo relato, alegrándose al reconocer de nuevo aquello que alguna vez fue parte de su propia antigua sabiduría. Y si prestamos atención, esta presencia interior puede enseñarnos también cómo escuchar, cómo reaccionar ante estos relatos, cómo comprenderlos y cómo servirnos de ellos en el mundo cotidiano.

Uno de los cuentos más populares fue el de Owain, o Yvain, «El Caballero del León y la Dama de la Fuente»¹, una historia

¹ Chrétien de Troyes, *trouvère* en la elegante corte de la condesa María de

realmente maravillosa de cómo un joven y heroico aventurero viajó hasta la fuente de la vida y la conquistó, se ganó a la Dama de la Fuente y la volvió a perder, pero entonces, después de desdichas y locuras, pruebas y triunfos, la redescubrió y se convirtió, esta vez para siempre, en Señor de la Fuente y de su reina. Aparentemente, las aventuras representan algún tipo de iniciación a la madurez, la trayectoria de un héroe leal dotado con poderes intuitivos, pero ciego por inconsciencia.

El rey Arturo estaba en Caerleon upon Usk, y un día estaba sentado en su cámara, y con él estaban Owain, hijo de Urien, Kynon, hijo de Clydno, Kai, hijo de Kyner, y Ginebra y su doncella con su bordado junto a la ventana. Aunque se decía que había portero en el palacio de Arturo, en realidad no lo había. Glewlwyd Gavaelwawr estaba allí, actuando de portero, para dar la bienvenida a los huéspedes y a los extraños y recibirlos con honor, y para informarles de las maneras y las costumbres de la corte; les in-

Champaña (hija de Leonor de Aquitania y del rey Luis VII de Francia), elaboró su versión del relato en torno a 1173 (la fecha no se conoce con exactitud). Chrétien parece haber sido el primero en contar en francés la mayor parte de las aventuras de los caballeros de la Mesa Redonda. Alrededor de 1300, su *Yvain, ou Le Chevalier au Lion* fue traducido al alemán por Hartmann von Aue, el más destacado de los poetas-novelistas de la Alemania de la época; un poco después al inglés (bajo el título de *Yvain and Gawain*) por un poeta anónimo del norte, de talento sobresaliente; y durante el siglo XV de nuevo al alemán por el bávaro Ulrich Furterer. Se conocen también traducciones suecas, danesas e islandesas.

El siguiente estudio no se basará, sin embargo, en Chrétien ni en ninguno de sus traductores, sino en la versión galesa, como se conservaba en el *Red Book of Hergest* del siglo XIV. Aunque la tradición continental de los caballeros de la Mesa Redonda se reelabora en el pequeño y montañoso país de origen del rey Arturo, modificándose allí las leyendas nativas, no obstante la condición y el espíritu originalmente celtas se mantienen en este relato y las aventuras reflejan una voluntad y una comprensión vigorosas. Los relatos del *Red Book of Hergest* fueron traducidos a principios del siglo pasado por Charlotte Guest y publicados con el título *The Mabinogion* (1838-1849), ahora disponible en Everyman's Library, n.º 97. La historia de Owain aparece ahí como «La Dama de la Fuente» [«La Dama de la Fuente», en *Mabinogion*, Siruela, Madrid 1988].

dicaba dónde estaba el vestíbulo, o la sala en la que el rey recibe a sus invitados, o el alojamiento que se les había asignado.

En el centro de la cámara el rey Arturo estaba sentado sobre una silla de juncos verdes, sobre la que había extendida una cubierta de raso de luminoso colorido, con un cojín de raso rojo bajo su codo.

Entonces habló Arturo:

—Si no os burláis de mí —dijo—, dormiría un rato antes de comer; y vosotros podríais entreteneros contando cuentos, con una jarra de hidromiel y algo de carne de Kai.

Y el rey se fue a dormir.

Kai fue a la cocina y a la bodega, y volvió con una jarra de hidromiel, una copa de oro y un manojo de brochetas en las que estaban ensartadas rodajas de carne. Comieron los filetes y bebieron el hidromiel. Y convencieron al joven caballero Kynon para que contara una historia: el relato de cómo había intentado una cierta aventura y había fallado.

Kynon se había equipado para viajar por desiertos y regiones lejanas; un día alcanzó la cima de un risco donde encontró un espacio abierto; había en el centro un árbol alto, bajo el árbol una fuente, y junto a la fuente una losa de mármol con un tazón de plata sujeto por una cadena de plata. Kynon tomó el tazón y lo vertió lleno de agua sobre la losa; tras lo cual, inmediatamente, un poderoso trueno conmocionó el cielo, se desencadenó una tormenta terrorífica y un chaparrón de granizo puso en peligro la vida del héroe. Protegió la cabeza de su caballo y la suya propia con su escudo, y cuando el chaparrón hubo pasado, comprobó que todas las hojas del árbol habían sido arrastradas por la tormenta. Pero entonces el cielo se volvió claro y a la pavorosa devastación sucedió un ambiente primaveral que compensaba todo el miedo pasado. Grandes bandadas de pájaros multicolores iluminaron el árbol y cantaron, cubriendo sus ramas desnudas, como un melodioso follaje.

—Y en verdad, Kai —afirmó Kynon—, nunca escuché una melodía como aquélla, ni antes ni después.

Pero cuando Kynon estaba más encantado escuchando a los pájaros, una voz susurrante se dejó oír a través del valle, acercándose a él, y que decía:

—Oh caballero, ¿qué te ha traído hasta aquí? ¿Qué daño te he hecho, para que actuaras hacia mí y mis posesiones como lo has hecho? ¿No sabes que la tormenta de hoy no ha dejado con vida, en mis dominios, ni hombre ni animal de los que se vieron expuestos a ella?

E inmediatamente vio aparecer un caballero montando un caballo negro, vestido con terciopelo negro como el azabache, y cubierto con un tabardo de lino negro. Cargaron uno contra otro; el choque fue violento, y Kynon fue derribado. Entonces el caballero pasó el asta de su lanza por la brida del otro caballo y cabalgó con los dos caballos, dejando a Kynon donde estaba. Y el joven y temerario héroe de la corte del rey Arturo se volvió por el camino por el que había venido.

El joven Owain, mientras escuchaba este relato de su amigo, decidió en su corazón intentar por su parte la notable aventura. Al día siguiente, con el alba, se puso la armadura y montó en su corcel, viajó por tierras lejanas y atravesó desiertas montañas. Finalmente llegó la primera aventura de su viaje, que fue precisamente como Kynon la había descrito: el más hermoso valle del mundo, cubierto por árboles de igual tamaño, y un río que lo cruzaba con un sendero que discurría a su lado; finalmente un gran castillo, al pie del cual había un torrente. El señor del castillo otorgó al joven caballero errante una generosa bienvenida. Allí estaban las doncellas, trabajando en sus bordados, sentadas en sillas de oro, y que se levantaron para presentar sus respetos a Owain; le quitaron sus ropas manchadas, le pusieron otras limpias y le sirvieron una comida con todo tipo de carnes y licores, como jamás antes hubiera visto. Cuando el anfitrión supo del destino de su huésped, sonrió gentilmente y le dijo:

—Si no temiera los males que te pueden ocurrir, te mostraría lo que buscas. Pero si quieres que te muestre lo que te puede ser perjudicial, mejor que lo que podría ser tu beneficio, lo haré.

Y describió a Owain la aventura que le esperaba. Tras una noche de sueño, Owain encontró que su caballo había sido preparado para él por las doncellas y partió.

La tentación de quedarse y disfrutar de la suntuosa mesa entre las seductoras hijas del señor del Castillo de la Abundancia («la menos hermosa de ellas era más hermosa que la doncella

más hermosa que hayas visto nunca en la isla de Bretaña») quedaba atrás, pero una segunda tentación, a saber, la del miedo, estaría pronto ante él. Siguiendo el camino descrito por Kynon y el anfitrión, se adentró en las tierras vírgenes y llegó a un gran claro donde encontró a un hombre vestido de negro, de gran estatura, sentado en lo alto de un montículo. Su tamaño no era inferior al de dos hombres juntos de este mundo. Era extraordinariamente feo, no tenía más que un pie y un ojo en la mitad de la frente. Llevaba un garrote de hierro de tamaño prodigioso. Era el Guardián del Bosque, dueño y señor de las tierras vírgenes. Owain vio a miles de animales salvajes pastando a su alrededor. Golpeó con su garrote a un venado que bramó poderosamente, y entonces todos los animales acudieron, tan numerosos como las estrellas del firmamento, de manera que era difícil encontrar un lugar para colocarse entre ellos. Había serpientes y dragones y todo tipo de animales. Pero Owain no se amedrentó en estas terribles circunstancias, sino que fue hacia el gigante y le preguntó por su camino. Y percibiendo la intrepidez del joven, el señor de las tierras vírgenes le indicó el camino. Así el caballero continuó, con aquella tentación también tras él: la tentación del miedo ante el terror de las tierras vírgenes y las despiadadas fuerzas del reino animal.

Owain llegó a la maravillosa fuente y, siguiendo todas las instrucciones, cogió el tazón de plata y vertió el agua sobre la losa de mármol. Y he aquí que inmediatamente se escuchó el trueno, y luego se desató el chaparrón, más violento aún de lo que Kynon lo había descrito. Cuando de nuevo el firmamento recuperó su luminosidad, el árbol de la fuente estaba desnudo de follaje, pero llegaron los pájaros y se instalaron por todo el árbol, y cantaron su canción celestial.

Derramando las aguas de vida, el héroe había ocasionado un aumento de la vida, pero también de la muerte, pues ambas se compensaban recíprocamente en misteriosa proporción. El furor de la tempestad había dejado al árbol de la vida reducido a su condición invernal, pero a esto había seguido una milagrosa primavera, con brotes emplumados que podían cantar y volar. Ahora, sin embargo, aparecería el Caballero Negro, el señor de la Dama de la Fuente. Vestido con el negro de la muerte, carga-

ría con el poder de la tormenta de la misma muerte; y quien se atreviera a aproximarse saldría derrotado.

Owain oyó y vio al Caballero Negro, que venía hacia él a través del valle, dispuesto a recibirle y enfrentarse con él violentamente. Ambas lanzas se rompieron; sacaron sus espadas y combatieron hoja contra hoja. Entonces Owain dio un golpe que atravesó las tres piezas que protegían la cabeza del caballero y cortó la piel, la carne y el hueso hasta el cerebro mismo. El Caballero Negro, sintiendo que había recibido una herida mortal, hizo dar media vuelta a su caballo y huyó. Owain le persiguió. Siguiéndole de cerca, divisó un castillo, grande y resplandeciente, en cuya puerta se permitió entrar al Caballero Negro, pero el rastrillo cayó sobre Owain. Golpeó al caballo tras la silla y lo cortó en dos, arrancando las ruedas de las espuelas de los talones de Owain. El rastrillo había bajado hasta el suelo². Las ruedas de las espuelas y parte del caballo quedaron fuera, mientras Owain, con la otra parte del caballo, quedaba entre las dos puertas; y la puerta interior estaba cerrada, de modo que Owain no podía salir de allí; su situación era complicada.

Podía ver, a través de una abertura de la puerta, una calle frente a él, con una fila de casas a cada lado. Vio entonces a una doncella de rubios cabellos rizados y con una diadema de oro en la cabeza; llevaba un vestido de raso amarillo y zapatos de cuero jaspeado. Se acercó a la puerta, con intención de abrirla.

—Sabe el cielo, señora —dijo Owain—, que me es tan imposible abrirla desde aquí como lo es para vos liberarme desde ahí.

Ella le habló cortésmente y le lisonjeó como caballero singularmente fiel en el servicio de las damas; le entregó un anillo que le haría invisible, y tras aconsejarle sobre cómo debía comportarse, le describió el lugar donde le esperaría.

Los del castillo vinieron a darle muerte, y al no encontrar nada sino la mitad de su caballo, mucho lo lamentaron. Owain desapareció por entre ellos; invisible, llegó hasta donde le esperaba

² Véase Ananda K. Coomaraswamy, «Symplegades», en M. F. Ashley Montague (comp.), *Studies and Essays in the History of Science and Learning offered in Homage to George Sarton on the Occasion of his Sixtieth Birthday*, Nueva York 1947, págs. 463-488.

la doncella, puso la mano en su hombro, como ella le había ordenado, y fue conducido a una cámara grande y hermosa. La doncella encendió un fuego, le proporcionó agua para bañarse y le trajo comida en recipientes de oro y plata. Y Owain comió y bebió hasta muy tarde, cuando he aquí que oyeron un enorme clamor en el castillo; Owain preguntó a la doncella qué era aquel alboroto.

—Están administrando la extremaunción —le dijo ella— al noble propietario del castillo.

Y Owain se fue a dormir.

En mitad de la noche, escucharon un griterío de aflicción.

—El noble propietario del castillo ha muerto —dijo la doncella.

Por la mañana Owain observó desde su ventana un gran número de mujeres, a caballo y a pie, y a todos los eclesiásticos de la ciudad que iban cantando, y con ellos una enorme multitud que llenaba las calles, de modo que el mismo cielo parecía resonar con la vehemencia de sus gritos. Llevaban el cuerpo del Caballero Negro hacia la iglesia. Mirando la procesión, Owain vio a una señora manchada de sangre y con el vestido desgarrado. Era un milagro que no se dañara los dedos ante la violencia con que se apretaba las manos. Y su lamento era más sonoro que el grito de los hombres o el clamor de las trompetas.

Entonces Owain preguntó a la doncella quién era aquella señora, pues nada más verla se había sentido inflamado por su amor.

—Es la Condesa de la Fuente —le dijo la doncella—, la esposa del hombre al que mataste.

—En verdad —dijo Owain—, ésa es la mujer que más amo.

—En verdad —dijo la doncella—, ella no te ama ni poco ni mucho.

La doncella se levantó, encendió el fuego, llenó una marmita con agua y la puso a calentar, trajo una toalla de blanco lino y lavó la cabeza de Owain, le afeitó, le secó la cabeza y la garganta con la toalla, le trajo algo de comer y arregló su lecho.

—Ven aquí —le dijo—, y duerme; yo iré y haré la corte por ti.

Owain se acostó; la doncella salió y cerró la puerta.

Pues, aparentemente, ésa era la ley que prevalecía en el Castillo de la Fuente: quienquiera que asesinara al guardián se convertiría en el guardián, en Caballero Negro, señor y consorte de

la Dama de la Fuente. Es la misma vieja ley que James Frazer descubrió cuando dirigió su atención a las costumbres del antiguo bosquecillo y santuario del lago Nemi, en las afueras de Roma, y que descubre en su monumental estudio *La rama dorada*³. «En aquella mitológica arboleda sagrada crecía un árbol alrededor del cual, en algún momento del día, y probablemente en la noche, podía verse merodear una figura feroz. Llevaba en la mano una espada y miraba atentamente, con cautela, a su alrededor, como si en todo momento esperara ser atacado por algún enemigo. Era sacerdote y asesino; y el hombre por quien vigilaba iba más tarde o más temprano a asesinarle a él y accedería al sacerdocio en su lugar. Tal era la regla del santuario. El candidato al sacerdocio sólo podía asumir esa función matando al sacerdote, y una vez le hubiera dado muerte, mantendría su cargo hasta que él mismo fuera asesinado por otro más fuerte o más astuto.» Como Frazer demuestra, el sacerdote, que era llamado «Rey del Bosque», era considerado como una encarnación del dios consorte de Diana, la diosa del lago y la arboleda; y su unión matrimonial era fuente de fertilidad de la tierra, de todos los animales y de la humanidad⁴.

Comparable es el caso del Caballero Negro y la Dama de la Fuente. Ella no puede estar destinada a guardar luto permanente por la muerte del caballero consorte, pues simboliza el poder perenne de la vida, ininterrumpida y sin límites. No puede estar alienada por las circunstancias de su propia condición, que es, precisamente, persistencia más allá de todas las vicisitudes de la aflicción y el desastre. Por lo tanto, el superviviente, el más fuerte, el caballero que triunfa en la competición, se convierte en su señor y asume la ley consuetudinaria del castillo.

La doncella que había asistido a Owain en el castillo, actuando al servicio de los poderes eternos del santuario milagroso, cerró cuidadosamente la puerta, dejándole descansar, y apretó el

³ James G. Frazer, *The Golden Bough*, 1890, reeditada en 12 volúmenes, 1907-1915; un solo volumen en edición abreviada, 1922 [*La rama dorada*, F. C. E., Madrid 1951]. El pasaje citado (edición en un volumen, pág. 1) se reimprime con el permiso de The Macmillan Company.

⁴ *Ibid.*, págs. 139-142.

paso hasta los aposentos de su recién enviudada señora. Cuando llegó allí, no encontró sino llanto y pesar; la condesa, en su cámara, no podía soportar la vista de nadie, sumida en su pena. La doncella entró y la saludó, pero la condesa no le contestó. La doncella se dirigió hacia ella y le dijo:

—¿Qué es lo que tanto os aflige que no contestáis a nadie?

—Luned —dijo la condesa, con iracunda mirada—, ¿qué cambio ha acontecido en ti que no has venido a visitarme en mi pena? Algo malo hay en ti para que no hayas venido a verme en mi aflicción. Algo malo hay en ti.

—En verdad —dijo Luned—, pensé que vuestro buen sentido era mayor de lo que es. ¿Por qué guardar luto por ese buen hombre o por cualquier otra cosa que ya no podáis tener?

—Juro al cielo —dijo la condesa— que en todo el mundo no hay hombre que le iguale.

—No es así —dijo Luned—, pues un hombre, aunque fuera feo, podría ser tan bueno o mejor que él.

—Juro al cielo —dijo la condesa— que, si no me repugnara causar la muerte a quien he educado, haría que fueras ejecutada por hacerme tal comparación. Pero voy a desterrarte.

—Me alegra —dijo Luned— que no tengáis otro motivo para hacerlo que el haber estado de servicio para vos, mientras no erais capaz de ocuparos de vuestro propio bien. Y a partir de ahora, caiga la maldición a cualquiera de nosotras que dé el primer paso hacia la reconciliación con la otra, sea que yo busque una invitación de vuestra parte o que vos misma queráis invitarme.

Con estas palabras la doncella se fue, y la condesa se levantó y la siguió hasta la puerta de la cámara y comenzó a toser ruidosamente. Luned miró hacia atrás, y la condesa le hizo señas, a las que ella acudió.

—En verdad —dijo la condesa— que tienes mal carácter, pero si sabes qué es lo mejor para mí, dímelo.

—Lo haré —dijo Luned.

La muchacha le planteó entonces la necesidad de mantener la fuente adecuadamente defendida.

—A menos que podáis defender la fuente, no podréis mantener vuestros dominios; y nadie puede defender la fuente, si no es un caballero de la casa de Arturo; iré a la corte de Arturo, y mal-

quita sea si no vuelvo de allí con un guerrero que pueda guardar la fuente tan bien, o incluso mejor, que aquel que la defendió hasta ahora.

—No te será fácil hacer eso —dijo la condesa—. Pero ve y da prueba de lo que has prometido.

Cuando, llegado el momento, le fue presentado Owain, la condesa le miró fijamente y dijo:

—Luned, este caballero no tiene el aspecto de un viajero.

—¿Qué mal hay en ello, señora? —dijo Luned.

—Estoy segura —dijo la condesa— de que no otro sino éste fue quien hizo salir el alma del cuerpo de mi señor.

—Tanto mejor para vos, señora, si así fuere —dijo Luned—, pues si no hubiera sido más fuerte que tu señor, no podría haberle privado de la vida. No hay remedio para lo pasado, sea como fuere.

—Vuelve a tu residencia —dijo la condesa—, y yo pediré consejo.

Al día siguiente, la condesa convocó a todos sus súbditos y les explicó que su condado había quedado sin defensa y que no podría ser protegido sino con caballo y armas y arte militar.

—Por lo tanto —dijo—, esto es lo que propongo a vuestra elección: que uno de vosotros me tome, o que deis vuestro consentimiento para que tome como marido a un hombre venido de otra parte que pueda defender mis dominios.

Así llegaron a la determinación de que lo mejor era que se casase con alguien de otro lugar; e, inmediatamente, envió a buscar a obispos y arzobispos, para que celebrasen sus nupcias con Owain. Y los hombres del condado homenajearon a Owain. Y Owain defendió la fuente con lanza y espada.

Si la condesa, la Dama de la Fuente, hubiera sido una mujer, un ego, una personalidad que respondiese a las diversas situaciones tal como lo hace un ser humano, habría sido normal el ceder al dolor de la pérdida causada por la muerte del consorte. Podría haber renunciado a la vida y las alegrías de su condición de mujer y al amor. Pero, como Señora de la Fuente de la Vida, no es sino la ciega fuerza encarnada de la vida; no le es posible renunciar. Y cumpliendo con la ley consuetudinaria del Castillo de la Vida, ella y el hombre que acabó con su anterior marido, su predecesor, se pertenecen mutuamente. El difunto Caballero Negro es el vínculo que ahora existe entre los dos. Ella había si-

do conquistada por el Caballero Negro y el Caballero Negro había sido derrotado por Owain. La mirada con que la Dama de la Fuente recibió a su nuevo consorte debe haber sido muy semejante a aquella con la que la ninfa del antiguo santuario del lago Nemi recibió al nuevo sacerdote. La sangre del viejo sacerdote asesinado, chorreando de las manos de su santo asesino, fue el ungüento de la iniciación que le instalaba sacramentalmente como sucesor en el oficio sagrado del servidor sacrificado ritualmente.

Así entra Owain en el mundo de la magia, la esfera trascendental de los poderes cósmicos supremos. Como consorte de la Dama de la Fuente y guardián de las Aguas Perpetuas, el caballero perfecto excede los límites de su humanidad y llega a ser iniciado en la fuente de los misterios de la fuerza de la vida, cualificado para ello por el cumplimiento de su conquista sobrehumana. Como señor de la fuente, Owain es ahora un ser aparte, liberado y separado de la corriente omnicomprensiva de la vida, que arrastra en su fluir a la ordinaria existencia humana. Es proyectado más allá del mundo que estaba acostumbrado a conocer, el del conocimiento normal de los seres humanos, representado en el lenguaje pictórico de los relatos de la Mesa Redonda por la comunidad de los caballeros y sus aventuras, los torneos y los festivales galantes que habitualmente se celebran. El valiente aventurero se pierde para el mundo en un sentido amplio. Ha sido hechizado por la magia de la esfera de las fuerzas invisibles a la que sólo el elegido puede acercarse y en la que sólo él puede entrar.

Y, sin embargo, él es una criatura de la esfera de los hombres. Owain es humano. Y el mundo no rechazará al hijo que ha creado, no rebajará su exigencia. Insistirá en su parte, incluso con desprecio por la esfera trascendental que le ha abstraído y lo mantiene ahora cautivo como su sacerdote hechizado; pues las dos esferas —la de nuestra existencia y nuestro conocimiento humanos y normales, y la superior, la de las fuerzas primordiales y sus iniciaciones—, en mutua oposición, plantean sus derechos sobre el alma humana. Y es labor central del desarrollo del alma llegar a un equilibrio apropiado entre las dos, dar a cada cual lo que le corresponde. Por eso, si el alma, absorta en el encanta-

miento por una iniciación en los misterios de la esfera divina y superior, renuncia al mundo cotidiano sin que ningún anhelo le mueva a regresar, entonces esa esfera mundana mandará a un enviado a que golpee a su puerta, haga añicos el sortilegio supremundano y despierte al encantado de su mágico sueño.

Así sucedió en el caso de Owain. Pues el rey Arturo y sus caballeros se sintieron preocupados por la prolongada ausencia de su desaparecido compañero, y, pasados tres años de inquietud creciente, determinaron ponerse en camino en una expedición de búsqueda. Kynon, que había contado a Owain la historia del Caballero Negro de la Fuente, sospechó que podía haber intentado la aventura, y por eso, cuando el grupo de los valerosos caballeros dejó los salones y los patios del castillo real en Caerleon —con el propio rey Arturo poderosamente armado y cabalgando con ellos—, fue él, Kynon, quien asumió la función de guía.

Se detuvieron en el Castillo de la Abundancia, y aunque el séquito del rey Arturo era numeroso, su presencia apenas fue advertida en el castillo, tan vasta era su extensión. Llegaron al claro de las tierras vírgenes, donde estaba el terrorífico gigante de un solo ojo sentado en su montículo entre los animales; la estatura del hombre le pareció a Arturo aún mayor de lo que se le había contado. Finalmente alcanzaron la fuente, y Kai, con el permiso del rey, arrojó un tazón lleno de agua sobre la losa. Inmediatamente surgió el trueno, y tras el trueno, el aguacero. Muchos de los acompañantes que estaban en el séquito de Arturo murieron víctimas del aguacero. Cuando la tormenta hubo cesado, el cielo se volvió claro, y al mirar el árbol lo vieron completamente deshojado. Entonces los pájaros se posaron en él y su canto era más dulce que cualquier sonido que hubieran escuchado anteriormente. Vieron entonces a un caballero, montado a lomos de un caballo tan negro como el carbón, vestido de raso negro, que avanzaba rápidamente hacia ellos. Kai fue a su encuentro y combatió con él, mas no había pasado mucho tiempo antes de que Kai cayera derrotado. El caballero se retiró y Arturo y su hueste acamparon durante la noche. Cuando se levantaron por la mañana, percibieron la señal del combate en la lanza del caballero. Y de nuevo Kai fue hacia el caballero. El golpe desmontó a Kai y el Caballero Negro le golpeó con la punta de

su lanza en la cabeza, de modo que le rompió las piezas protectoras y le traspasó la piel y la carne, llegando incluso hasta el hueso. Kai volvió con sus compañeros.

Después de esto, todos los caballeros de Arturo, uno tras otro, fueron a combatir con el Caballero Negro, siendo sucesivamente derrotados, hasta que sólo quedaron Arturo y Gawain. Arturo se armó para enfrentarse al caballero.

—Oh, mi señor —dijo Gawain—, permitidme luchar con él primero.

Arturo le dio su permiso y Gawain salió al encuentro del caballero, vistiendo, tanto él como su caballo, un hábito de raso de honor. Cargaron uno contra el otro y lucharon todo el día hasta llegar la noche, pero ninguno de los dos fue capaz de desmontar al otro.

Al día siguiente lucharon con lanzas gruesas, mas tampoco ninguno se mostró superior a su rival.

Al tercer día se enfrentaron con lanzas excepcionalmente fuertes. Estaban furiosos, coléricos, y lucharon con todas sus fuerzas hasta el mediodía. Se enfrentaron entonces con tal violencia que las cinchas de sus caballos se rompieron, de modo que ambos fueron derribados y cayeron al suelo. Se levantaron rápidamente, sacaron sus espadas y continuaron el combate; y entre la multitud que lo presenciaba, todos tenían la certeza de que nunca antes habían visto a dos hombres tan valientes o tan poderosos. Si hubiera sido medianoche, la oscuridad se habría iluminado por la luz del fuego que despedían sus armas.

El caballero dio a Gawain un golpe que le quitó el yelmo de su rostro, de modo que el caballero se dio cuenta de que su oponente no era otro que Gawain.

Entonces Owain dijo:

—¡Mi señor Gawain! No reconocí en ti a mi primo, debido a la capa que te envuelve; toma mi espada y mis armas.

—Tú, Owain, eres el vencedor —replicó Gawain—. Toma tú mi espada.

Y en eso, Arturo, viendo que estaban conversando, avanzó hacia ellos.

—Mi señor Arturo —dijo Gawain—, aquí está Owain, que me ha vencido y no quiere coger mi espada.

—Dadme vuestras espadas —dijo Arturo—, y así ninguno de los dos habrá vencido al otro.

Entonces Owain puso sus brazos alrededor del cuello de Arturo y se abrazaron. Y todo el séquito se apresuró hacia Owain para verlo y abrazarlo; y a punto estuvo de haber víctimas, de tan grande como era la presión de la multitud.

Owain invitó al rey Arturo, a los caballeros y al numeroso séquito a quedarse con él y su señora en el Castillo de la Fuente hasta que se recobrasen de las fatigas del prolongado viaje.

—Pues he estado lejos de ti estos tres años —dijo Owain—, durante todo ese tiempo hasta este mismo día, he estado preparando un banquete para ti, sabiendo que vendrías a buscarme.

Todos fueron al castillo de la Condesa de la Fuente, y el banquete que se había estado preparando durante tres años fue consumido en tres meses.

Cuando el rey Arturo estuvo listo para partir, envió una embajada a la condesa para suplicarle que permitiera a Owain volver con él por espacio de tres meses. La condesa dio su consentimiento, aun siendo muy doloroso para ella. Así se despidió Owain de la esfera mágica de la Fuente de la Vida y volvió a su antigua vida de caballero entre los nobles y las bellas damas de la isla de Bretaña en la corte del rey Arturo. Y una vez más, entre sus parientes y amigos, permaneció con ellos tres años, en lugar de tres meses. Y de esta manera la fuente quedó sin guardián y la dama sin su señor consorte.

Este segundo ejemplo de olvido es la contrapartida del primero. Habiendo estado totalmente absorto por la esfera superior, sirviendo como guardián iniciado de la Fuente de la Vida y hechizado compañero de la Dama de la Fuente en su dominio de eternidad, el caballero había descuidado injustamente las necesidades del mundo de la conducta humana ordinaria, tal como está representada por la vida social de los caballeros de la Mesa Redonda. Interiormente absorto —habiendo penetrado en la fuente suprema—, Owain había olvidado la longitud y la anchura de la corriente de la existencia, volviendo completamente la espalda a la esfera de sus relaciones personales y las ocupaciones de la caballería de su tiempo. Ahora esa esfera, para vengarse, lo arranca de sí mismo, logra la completa posesión

de su ser y le implica hasta tal grado en los acontecimientos vivos de la esfera normal de la exteriorización que todo recuerdo de los misterios del camino interior se pierde por completo. Y así el iniciado pierde la memoria de su unción; la personalidad y el papel místico superior en el que había madurado, como Caballero Negro, desaparecen; y el elegido ya no es el elegido.

Se puede prever que quede todavía ante Owain otra crisis —y otra prueba muy dolorosa— antes de que pueda descubrir el secreto de la unión equilibrada de las dos esferas de la humanidad de su alma. Pues la superior, como la inferior, cuando ha esperado mucho tiempo en vano, sabe cómo emplazar de nuevo al desertor. Su método, sin embargo, es algo menos directo y resuelto. Veamos.

Un día, una joven hizo su aparición en la corte del rey Arturo, sobre un caballo bayo de crin rizada; la brida y todo lo que se veía de la silla era de oro. La joven iba ataviada con un vestido de raso amarillo. Se acercó a Owain y le sacó de su mano el anillo que la Condesa de la Fuente le había concedido como signo de su alianza.

—De esta manera —dijo—, será tratado el embustero, el traidor, el infiel y el desgraciado. ¡Que la vergüenza caiga sobre ti!

Volvió grupas y partió. Entonces Owain recordó su aventura y se sintió afligido. Al habersé cortado de forma tan ruda el lazo inconsciente que secretamente le había unido a la esfera mágica, su conciencia se había sentido conmovida; la diosa había retirado hasta el último recuerdo de su presencia y su existencia. Las aguas del ser que él había descubierto, que le habían absorbido, que le habían enviado renacido y que luego le habían sostenido oscuramente incluso en los años de su olvido, ahora se habían retirado por completo y le habían dejado solo y desamparado. Owain dejó sus aposentos en la corte y aquella noche hizo los preparativos; al levantarse, al día siguiente, no volvió de nuevo a la corte. Vagó errante, fuera de Caerleon, por lugares distantes y montañas desérticas.

Sigfrido, en *El crepúsculo de los dioses*, sufre una prueba idéntica. Como Owain, el joven Sigfrido es símbolo del alma heroica, inmaculada, con derecho por su naturaleza a comulgar con las fuerzas cósmicas, y eminentemente apto para la realización

suprema. Como muchas figuras de las tradiciones mitológicas del mundo, no procedía de matrimonio humano, sino de algún dudoso y misterioso nacimiento; como Zeus, como Krishna, fue criado en secreto, y como Perseo mató al dragón, porque —como Owain, como Gawain, como el Buda— no conocía el miedo. Sigfrido poseía el anillo de oro que produciría, si su joven mente lo pidiera, el poder cósmico ilimitado. Su espada era la espada de Wotan, Padre de los Dioses; forjándola de nuevo, el héroe probaba su derecho a ella. Como Aquiles, hijo de una diosa, era invulnerable. Y como los sabios héroes de Oriente, comprendía el lenguaje de los pájaros.

La gran victoria y pecado de Sigfrido fueron esencialmente los mismos que los de Owain. Habiendo vencido al dragón, atravesó el fuego cósmico que rodeaba la cima de la montaña divina y liberó a Brunilda de su sueño encantado. Ella era la hija favorita de Wotan y se convirtió en la esposa del héroe que la había liberado. De este modo Sigfrido se había unido a las fuerzas trascendentes, precisamente como Owain, convirtiéndose en el señor consorte de una dama mágica y sobrenatural. Y como Owain, cuando descendió de nuevo la montaña en busca de aventuras en el mundo inferior de los asuntos humanos, Sigfrido olvidó por completo a la dama de su alma. Y lo que es más, habiendo bebido una poción para propiciar el olvido, inconscientemente la cambió por una hija ordinaria de hombre. La venganza no tuvo misericordia ni límites.

En el caso de Sigfrido, como en el de Owain, había culpa sin intención: inocencia, pero al mismo tiempo culpa⁵. Pues en la esfera de lo sobrehumano el elegido no es disculpado por su igno-

⁵En el caso de Perceval, el héroe clásico de la Demanda del Graal, volvemos a encontrar este oscuro tema de la culpa inconsciente. Criado en las tierras vírgenes por una madre viuda, lejos de la corte del rey Arturo e ignorante del mundo de la caballería, vio pasar un día una tropa de caballeros y, yéndose tras ellos, dejó que su madre muriera con el corazón roto. Ése fue el primer gran crimen de su inocencia. El segundo tuvo lugar cuando en lo más alto de su carrera llegó al Castillo del Graal y fue privilegiado para asistir al santo misterio. Falló al preguntar el sentido oculto de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos, y así atrajo la maldición del dominio místico.

rancia o su buena voluntad. Es juzgado según su capacidad y sus actos. Y puesto que los poderes de esa esfera impregnan invisiblemente todos los del mundo visible, todo aquello con lo que el elegido se encuentra es, en definitiva, una prueba. Una y otra vez sus decisiones son sus pruebas, y cada vez que falla, muere o sufre lo que es equivalente a la muerte. La sobrehumana y verdadera fuerza de la vida es tan vengativa como ciega en su terrible embestida en el momento en que se siente decepcionada y traicionada.

De acuerdo con esta terrible ley, la hermosa doncella Luned, que había conducido a Owain a presencia de la Dama de la Fuente, fue también arrojada, al mismo tiempo que Owain, a la oscuridad exterior; pues había ayudado a un hombre inadecuado para la condición de señor y guardián de la fuente. Dos vasallos de la condesa llegaron un día y se la llevaron brutalmente, encerrándola en un calabozo remoto en las tierras vírgenes, amenazándola con la muerte a menos que el mismo Owain llegara a liberarla antes de un cierto día. Pero Luned no tenía a nadie para que fuera a buscar a Owain. Y el caballero por quien estaba condenada a esperar estaba enloqueciendo.

Owain, tras la pérdida del anillo y el recuerdo de su estado anterior, había sido incapaz de volver al círculo de los caballeros de la Mesa Redonda, pues había sido roto el hechizo, al que la superficial conciencia de la existencia meramente social de la caballería le había arrojado temporalmente tras su regreso con el rey Arturo a la corte. Como guardián, unido con los poderes cósmicos, había dejado atrás ese estilo de vida. La breve visita había sido sólo temporal, una violenta oscilación hacia el lado olvidado. Pero ahora tampoco podía echarse hacia atrás, inclinarse hacia el otro modo de existencia, pues la diosa le había rechazado y había reclamado su anillo. Había desaparecido la antigua intuición que una vez le guiara inconscientemente y con paso firme a la comunión con las fuerzas sobrenaturales. Aunque el mundo de la caballería había quedado atrás, el condado de la fuente ya no podía ser encontrado, ni siquiera buscado. Owain quedaba excluido de lo humano y de lo sobrehumano. El relato describe su hundimiento hasta los últimos extremos.

Se nos dice que el héroe en su miseria habitó y vagó por las

tierras vírgenes «hasta que toda su indumentaria se desgastó, y su cuerpo estaba consumido, y su cabello muy crecido. Y vivió con las bestias salvajes, y comía con ellas, hasta que se acostumbraron a él».

Los poderes se habían vengado con una crueldad extrema. Separado de su guía, Owain había sido abandonado para que se hundiera en el nivel más bajo de la existencia, el de la oscura inconsciencia instintiva y la intuitiva búsqueda del forraje del mundo animal. Nos recuerda la prueba durísima y la metamorfosis de Juan Boca de Oro, y el extraño comentario, en el libro de Daniel, del rey Nabucodonosor, que descendió de su trono y, a gatas, fue a unirse a los animales. Tanto el santo como el rey volvieron pronto a la posesión plena de su razón. Y podemos anticipar un proceso semejante para el caballero Owain.

Vivió con los animales salvajes y comió con ellos hasta que se familiarizaron mutuamente, pero al final llegó a estar tan débil que ya no podía soportar su compañía. Bajó entonces de las montañas al valle y llegó a un parque que era propiedad de una cierta condesa viuda. Y esta condesa fue un día junto con sus doncellas a pasear por los alrededores de un lago que se encontraba en medio del parque. Vieron la forma de un hombre y quedaron aterrorizadas. Sin embargo, se acercaron y le tocaron y miraron; y vieron que había vida en él, aunque estaba agotado por el calor del sol. La condesa regresó al castillo, y cogió un frasco lleno de un maravilloso ungüento y se lo dio a una de sus doncellas.

—Toma esto —dijo—. Coge aquel caballo y aquellas ropas y ponlos junto al hombre que acabamos de ver. Y frótale con este bálsamo cerca del corazón; si hay vida en él, la eficacia de este ungüento lo salvará. Observa entonces qué es lo que hace.

La doncella se fue y extendió todo el bálsamo sobre Owain; dejó el caballo y las ropas a su alcance, y se alejó un poco, escondiéndose para observarlo. Al poco, vio que empezaba a mover los brazos, se levantó y se miró y se avergonzó de lo indecoroso de su apariencia. Entonces vio el caballo y las ropas que estaban junto a él. Se arrastró hasta que consiguió coger las ropas que estaban sobre la silla. Se vistió con dificultad y montó en el caballo. Entonces la joven se descubrió ante él y le saludó. Él

se alegró al verla y le preguntó qué tierra y qué territorio era aquél.

—Una condesa viuda —dijo la doncella— es la dueña de aquel castillo. A la muerte de su esposo recibió dos condados, pero al día de hoy no tiene sino esa morada: lo único que no le ha sido arrebatado por un joven conde, su vecino, que pretende convertirla en su esposa, a lo que ella se niega.

—Es triste —dijo Owain.

Él y la doncella se dirigieron al castillo; Owain desmontó y la doncella le condujo a una agradable cámara, encendió el fuego y lo dejó. La joven fue entonces a ver a la condesa y le entregó el frasco.

—¡Ah, doncella! ¿Qué has hecho con el resto del bálsamo?

—¿No debía usarlo todo? —dijo la joven.

—Oh, muchacha —dijo la condesa—, no podré perdonarte esto fácilmente; es lamentable que hayas desperdiciado el valor de siete libras de precioso ungüento en un extraño al que no conozco. De todos modos, atiéndele hasta que esté recuperado del todo.

Así lo hizo la doncella, que le proporcionó comida, bebida, fuego, alojamiento y medicamentos, hasta que se encontró bien de nuevo. Y en tres meses consiguió recobrar su antigua apariencia y se volvió incluso más atractivo que antes.

Owain liberó a la condesa de su indeseado pretendiente. Fue a caballo hasta donde él se encontraba cuando avanzaba con un numeroso ejército, lo cogió, lo tiró de la silla y volvió con el desgraciado hasta el pórtico del castillo, donde se lo entregó a la condesa como regalo.

—Tomad, una compensación para vos por vuestro bendito bálsamo.

Ella estaba rebosante de alegría. Y el conde restituyó a la condesa, como rescate por su vida, los dos condados que le había quitado, y por su libertad le dio la mitad de sus propios dominios, y todo su oro y su plata y sus joyas, además de rehenes.

Owain se preparó para partir. La condesa y sus súbditos le suplicaron que se quedara, pero Owain optó por vagar a través de tierras y desiertos lejanos. Habiendo sido durante un tiempo el guardián de la Fuente de la Vida y consorte durante tres años

de su mágica dama, no podía ahora ser tentado por el mero ofrecimiento de vivir como un caballero inmensamente rico, con una magnífica propiedad feudal y una esposa encantadora. En un hermoso corcel negro que la condesa le había dado, Owain se marchó, vagabundo sin hogar, buscando sin ningún objetivo tangible, entre las dos esferas conocidas pero inaccesibles. Éste es el camino eterno para la recuperación de la integridad humana.

Un día, cuando viajaba, acertó a escuchar un fuerte y terrible aullido, en un bosque cercano, que después se repitió una segunda y una tercera vez. Espoleó al corcel hasta el lugar y vio un enorme cerro escarpado en la mitad del bosque, y junto a él una roca. En la roca había una hendidura y en su interior se encontraba una serpiente. Junto a la roca había un león negro, y cada vez que el león trataba de pasar, la serpiente se precipitaba hacia él para atacarle.

Owain desenvainó su espada y se acercó a la roca, y cuando la serpiente saltó, la golpeó con su espada partiéndola en dos. Limpió la espada y continuó su camino. Pero el león le siguió y andaba jugueteando a su alrededor, como si hubiera sido un galgo al que hubiera criado.

Al llegar la noche, Owain desmontó y dejó a su caballo suelto en una pradera llana y arbolada. Encendió fuego, y cuando el fuego estuvo encendido, el león le trajo combustible suficiente para tres noches. Desapareció entonces el león, pero volvió de inmediato trayendo un corzo grande, que dejó en el suelo delante de Owain.

De esta manera, el caballero se había ganado un compañero, un buen compañero, un segundo ego, por decirlo así. Este león debía ayudarle, en el futuro, en muchos enfrentamientos contra fuerzas superiores, que Owain habría perdido si hubiera tenido que combatir solo. Los enemigos eran más fuertes que él y poco honorables, y el caballero procuró siempre entablar combate cara a cara, hombre a hombre, según el código de caballería. Pero el león, sin que Owain se lo pidiera, incluso prohibiéndoselo, al final hacía siempre su aparición, precisamente en el momento oportuno, aparición sobrecogedora en el campo de batalla. Esos oportunos auxilios fueron necesarios para convencer al ca-

ballero de que debía aceptar en sus valerosas decisiones la intuición superior del animal real que estaba a su lado. En las etapas finales de su búsqueda, aceptó la guía muda de este animal, de este *alter ego*, como un tipo de consejo superior.

La muerte de la serpiente corresponde, simbólicamente, a la muerte del dragón por Sigfrido, Tristán, Perseo, Indra y los demás matadores de dragones de todas las leyendas del mundo. Owain, mediante esa acción, expresó su decisión en favor del león. La recompensa fue la fiel compañía del león: una especial manifestación de la bendición divina del poder sobrehumano que siempre y en todas partes se deriva de la hazaña de matar al dragón. Pues, inconscientemente, Owain escoge, de entre todos, al animal real por excelencia para que sea su compañero y complemento inseparable. Instintivamente reconoció su afinidad biológica y espiritual con el animal de sangre caliente, el noble mamífero, cuando decidió rescatarlo de la amenaza del animal de sangre fría, la venenosa y astuta serpiente. El acto le invistió con el poder animal en su forma más elevada, combinando orgullo y fuerza con generosidad y dominio de sí. De esta manera descubrió, por decirlo así, su animal tótem, e integró el poder de ese instinto del animal en su persona humana como una función saludable y obediente, sumando al vigor de su renacida caballería algo de la fuerza que le dominaba ciegamente cuando se hizo semejante a los animales y vivía entre las criaturas del bosque. La fuerza y sabiduría del león real se convirtió en su guía. Obediente, y sin embargo actuando por su cuenta como una especie de intuición superior, esta exteriorización del aspecto físico de su ser debía conducirlo de vuelta a la dama, a la que había perdido cuando llegó a quedar sumido y absorto en la rutina meramente mundana de la vida social, tal como estaba representada por la dimensión social y las vanas formalidades de la Mesa Redonda.

La primera aventura que aconteció a sir Owain después de su descubrimiento del león fue un buen augurio para el futuro. El agradecido animal le siguió como un perro durante el resto del día, y aquella noche le trajo el corzo para su comida nocturna. Owain lo mató y desolló, y colocó filetes de la carne en brochetas alrededor del fuego. El resto del animal se lo dio al león pa-

ra que lo devorara. Y mientras estaba sentado mirando su carne asada, escuchó un profundo gemido en algún lugar no lejos de allí, y luego un segundo, y después un tercero. Gritó para saber si el sonido procedía de un mortal, y recibió la respuesta.

—¿Quién está ahí? —preguntó Owain.

—Soy Luned —dijo la voz—, la doncella de la Condesa de la Fuente.

—¿Y qué haces aquí? —dijo Owain.

—Estoy prisionera —respondió ella—, a causa del caballero que vino de la corte del rey Arturo y se casó con la condesa. Permaneció un tiempo breve con ella, pero después partió para la corte del rey Arturo, y no ha regresado desde entonces. Era el amigo que yo amaba más en el mundo. Dos de los pajes le difamaron en el aposento de la condesa y le llamaron embustero. Les dije que ni los dos juntos podrían competir con él. Por eso, me encerraron en la cripta de piedra y dijeron que moriría a menos que él mismo viniera a liberarme antes de un cierto día, y el plazo se cumple pasado mañana. Y no tengo a nadie para mandar a buscarle. Su nombre es Owain, hijo de Urien.

—¿Y estás segura de que si ese caballero supiera todo esto vendría a rescatarte?

—Estoy segura de ello —respondió.

Cuando los filetes estuvieron asados, Owain los compartió con la doncella. Y nunca centinela alguno mantuvo una vigilancia más estricta sobre su señor como el león aquella noche sobre Luned y Owain.

Ya en camino pues, con Luned montada con él en el caballo y el león trotando como un perro a su lado, Owain se detuvo en un castillo muy semejante al anterior Castillo de la Abundancia, sólo que este lugar, a primera vista idílico, estaba sumido en un ambiente de tristeza, pues los dos hijos del señor del castillo habían sido capturados por un gigante terrible —muy semejante al gigante negro de un solo ojo, el Guardián del Bosque— y estaban en peligro de ser devorados. Owain fue al encuentro del monstruo, y el león le siguió. Cuando el gigante vio que Owain estaba armado, se precipitó hacia él y lo atacó. Y el león se peleó con el gigante más fieramente de lo que lo hiciera el mismo Owain.

—Realmente —protestó el gigante—, no tendría ninguna dificul-

tad en luchar contigo, si no fuera por el animal que te acompaña.

Entonces Owain llevó al león hasta el castillo y cerró la puerta tras de sí, volviendo a continuación a luchar de nuevo con el gigante. El león rugió con fuerza, pues veía que las cosas se presentaban difíciles para Owain; luego trepó a la parte superior del salón del conde, y desde allí subió a lo más alto del castillo; luego, saltando desde las murallas, se unió a Owain. Y el león propinó al gigante un zarpazo con tal fuerza que le desgarró desde los hombros a la cadera; hasta su corazón quedó al descubierto, y el gigante cayó muerto. Entonces Owain devolvió a los dos jóvenes rescatados a su padre.

Siendo un caballero del solemne círculo de la Mesa Redonda, Owain, como Gawain y Lancelot, es el hombre perfecto, según la concepción cortés de la Edad Media; es decir, como ser social y caballero del mundo, es la caballeridad encarnada. Por otra parte, el león, incapaz de hablar, la fuerza animal de la vida en su aspecto más majestuoso y generoso, representa, como el maravilloso caballo de la historia de Conn-eda, el principio conductor intuitivo que lleva al héroe a la esfera del poder sobrenatural, que está al mismo tiempo por encima y por debajo del plano social. La perfecta conciencia humana del caballero, unida al instinto subhumano y suprahumano del rey de los animales, se muestra más fuerte incluso que el titán del desierto y prevalece donde la caballeridad humana carece de sagacidad y de fuerza.

Cuando el Caballero del León venció al salvaje gigante, se le pidió que se quedase allí, pero él se negó, y despidiéndose de la agradecida familia, continuó hasta la pradera donde Luned le esperaba. Cuando llegó allí, vio encendido un gran fuego y dos jóvenes de hermoso cabello castaño llevando a la doncella para arrojarla a las llamas. Eran los brutales pajes del castillo de la Condesa de la Fuente, que, el año anterior, habían llevado a Luned al desierto y volvían ahora a ejecutar su amenaza. Owain les desafió, los dos fueron contra él, el león rugió, y la lucha fue terrible. Owain estaba fatigado tras su largo combate con el gigante. Sin embargo, con la ayuda del león, la doncella se salvó de ser quemada. Después, Owain volvió con Luned a los dominios de la Condesa de la Fuente.

Los detalles acerca de la reunión y la reconciliación del caba-

llero con su señora sobrenatural no son descritos por el texto galés que hemos seguido, a saber, el *Red Book of Hergest*, pero aparecen, con la formalidad y el decoro francés, en la versión del relato elaborado por Chrétien de Troyes. Según este relato cortés, la misma señora había estado presente con los dos pajes cuando fueron a desnudar y quemar a Luned (cuyo nombre es ahora, en francés, Lunete), y fue testigo de la victoria del caballero y el león, pero no le reconoció; pues la armadura que él llevaba era extraña para ella, y no sabía su nombre. Tras la derrota de los dos pajes, éstos fueron quemados en la pira que ellos mismos habían encendido para la joven, «pues es justo y correcto que quien ha juzgado mal a otro sufra el mismo tipo de muerte a la que había condenado al otro». Lunete estaba contenta por haberse reconciliado con su señora. Sin reconocer al caballero, todos los presentes le ofrecieron sus servicios mientras durara su vida, e incluso la señora, que inconscientemente poseía su corazón, le rogó que se quedara hasta que él y el león hubieran recobrado sus fuerzas.

El caballero replicó:

—Señora, no puedo quedarme en lugar alguno hasta que desaparezca el disgusto y la ira que mi señora siente contra mí. Entonces llegará el fin de mis afanes.

—De veras —dijo ella—, que tal cosa me apena. Creo que no puede ser muy cortés la dama que tan mal os quiere. No debería cerrar su puerta a tan valeroso caballero como vos, a menos que éste hubiera cometido un grave error.

—Señora —respondió el caballero—, por grande que sea la dificultad, cualquier cosa que ella quiera, a mí me place. Pero no hablemos más de eso, pues nada diré de la causa o el crimen, salvo a aquellos que están informados de ello.

—¿Lo sabe alguien, pues, además de vosotros dos?

—Sí, señora.

—Bien, decidme al menos vuestro nombre, buen señor; entonces seréis libre de marcharos.

—¿Libre, mi señora? No, no seré libre. Debo más de lo que puedo pagar. Sin embargo, no debo ocultaros mi nombre. Nunca oiréis hablar del Caballero del León sin oír hablar de mí, pues por ese nombre deseo ser conocido.

—Por Dios, señor, ¿qué significa ese nombre? Pues nunca os vi hasta ahora, ni nunca antes oímos mencionar ese nombre.

—De eso, señora, podéis concluir que mi fama no es muy grande.

—Una vez más, si no os molesta —insistió la señora—, os ruego que os quedéis.

—No osaría hacerlo hasta saber con certeza que he recuperado el beneplácito de mi señora.

—Bien, entonces, id en el nombre de Dios, buen señor, y, si es Su voluntad, que Él convierta vuestro dolor y vuestra tristeza en alegría.

—Que Dios escuche vuestra oración —dijo él, añadiendo en voz baja—: Señora, vos sois quien tenéis la llave, y aunque no lo sepáis, quien tenéis el cofre en el que está guardada mi felicidad.

Entonces se alejó con gran angustia, y nadie lo reconoció, salvo Lunete, que cabalgaba ahora con él y le acompañó durante un trecho.

Sólo Lunete le acompañó, y él le suplicó insistentemente que nunca revelara su nombre.

—Señor —dijo ella—, jamás haré tal cosa.

Entonces él le hizo otra petición: que no le olvidara y guardara un lugar para él en el corazón de su señora siempre que surgiera la ocasión. Ella le dijo que eso sería fácil, pues nunca le olvidaría, ni sería infiel, ni perezosa. Entonces, él le dio mil gracias y partió pensativo y angustiado a causa de su león, al que debía llevar, pues estaba herido y era incapaz de seguirle a pie. Preparó para él un lecho de musgo y de helechos en su escudo. Cuando lo hubo confeccionado, lo depositó en él tan suavemente como pudo y así lo llevó sobre la silla tumbado en la parte interior del escudo⁶.

El relato de Chrétien de Troyes describe otras muchas aventuras que ilustran la mutua lealtad del león y su amo, hasta que

⁶ Chrétien de Troyes, *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, vv. 4533 y ss. [pág. 104], editado por W. Foerster, Max Niemeyer Verlag, Halle 1887; traducido al inglés por W. Wistar Comfort, *Arthurian Romances by Chrétien de Troyes*, Everyman's Library, n.º 698, págs. 239-241.

finalmente lleva al errante caballero a su última tarea, la de la difícil reunión con la Diosa de la Vida. Aún acompañado por el animal, llega un día a la fuente milagrosa bajo el árbol encantado y, repitiendo el misterioso y conocido ritual, sacó el agua y la derramó sobre la piedra. El estampido de la tormenta sacudió el país, haciendo estremecerse los muros del castillo. El gran árbol quedó desnudo de follaje, y después de la tormenta llegaron numerosos pájaros y cantaron con gran belleza. Owain se sentó y esperó. Pero ningún Caballero Negro apareció para defender la fuente. Los habitantes del castillo y su ciudad estaban tan aterrorizados que no sabían qué hacer.

—¡Maldito sea el primer hombre —decían— que construyó una casa en este país y los que levantaron esta ciudad! En todo el mundo no podían haber encontrado un lugar tan detestable, pues un solo hombre es capaz de invadirnos y atacarnos.

Y también la señora sintió gran temor.

La joven Lunete, que había estado durante dos semanas preparando a su señora para el regreso del caballero, aprovechó rápida y brillantemente la oportunidad.

—Sin duda —instó—, estaréis en una difícil situación, señora, si no concebís algún plan.

—Tú que eres tan sabia —le respondió la condesa—, dime qué plan puedo concebir, y seguiré tu consejo.

—Señora —dijo Lunete—, de cierto que si tuviera algún plan, gustosamente os lo diría, pero necesitáis un consejero más sabio que yo. Así que no me atreveré a entrometerme, y con los demás, soportaré la lluvia y el viento hasta que, si Dios lo quiere, vea aparecer en vuestra corte algún hombre de valor que asuma la responsabilidad y el peso del combate.

Pero la condesa insistió en escuchar sus sugerencias, y Lunete le dijo entonces que, según ella pensaba, el Caballero del León sería un defensor competente. La condesa mostró su acuerdo, sin sospechar todavía que fuera su marido. Lunete cabalgó hasta encontrarse con el caballero, que todavía esperaba en la fuente, entregándole un salvoconducto para entrar en el castillo. Y aunque la condesa se indignó cuando se levantó la visera y descubrió que el caballero con quien se había comprometido era su infiel y rechazado esposo, sin embargo abandonó su altivez y

consintió cuando él se mostró humilde⁷. La pareja se reconcilió, y tras un período de gran felicidad, Owain encontró dispuesta a la Señora de la Fuente a regresar con él al elegante mundo de la Mesa Redonda. «Cuando se fue de allí —leemos—, se llevó a la condesa a la corte de Arturo.»⁸ Y así consiguió su objetivo e integró las dos esferas opuestas, lo que siempre había sido el oculto objetivo de su búsqueda.

Pues las dos esferas son una, a pesar de la aparente dualidad de sus manifestaciones fenoménicas. Y, de forma preliminar, Owain ya las había reunido cuando logró establecer su silente y misteriosa amistad con el león. Ése había sido el secreto para poder regresar. El nuevo nombre que se dio a sí mismo, *Le Chevalier au Lion*, que era la máscara, la nueva personalidad, por medio de la cual fue apaciguada la condesa, era el símbolo de un renacimiento espiritual. La diosa nunca habría aceptado al caballero en su imagen antigua. Pero ahora había crecido por la relación muda y profunda con el principio instintivo en su interior y en el reino de la naturaleza. Se había convertido en el irresistible Hombre-León, el señor y héroe consumado de los dos mundos.

La mitología en general conoce varios ejemplos de Hombre-León, por no hablar de la multitud de figuras impresionantes que combinan rasgos animales y humanos. Vishnú en la India, por ejemplo, asumió la forma monstruosa conocida como el «Mitad-Hombre, Mitad-León» (*Narasimha*, con cuerpo humano, pero cabeza y garras de león) para aniquilar a cierto demonio prodigioso, de nombre «Vestido de Oro», que había trastocado el orden del mundo. En los mitos griegos se nos habla de otro gran Hombre-León —más cercano a nuestra propia imaginación y por lo tanto más fácilmente descifrable—, a saber, Hércules, que, por sus heroicas hazañas, se convirtió en el modelo de la Antigüedad, como Owain para las gentes del mundo básicamente celta del norte medieval. Hércules, sin embargo, se unió con el principio «león» a la manera griega, que es, precisamente, el reverso de la céltica. No fue seguido por su animal como por un perro fiel, sino que lo venció, lo mató y lo desolló, en la for-

⁷ Chrétien de Troyes, *op. cit.*, vv. 6517-6813 [págs. 134-138].

⁸ *Red Book of Hergest*, *op. cit.*, págs. 174-175.

ma del invencible monstruo de Nemea; luego se vistió con su piel, que llevó desde entonces como su traje característico, tanto para presumir de la victoria como para asustar a amigos y enemigos. Con las terribles garras cruzadas sobre su heroico pecho, la feroz boca con sus quijadas abiertas por encima de la cabeza, y la cola colgando por detrás, andaba con paso majestuoso por todo el país como un superleón bípedo, hombre conquistador de la «leonidad», es decir, de todo el reino animal en virtud de la conquista de su rey.

Pero Hércules mató también a la Hidra, la serpiente titánica. En la escritura pictórica de las mitologías antiguas, eso es tanto como decir que el elegido entre los hombres, en su ascenso a la perfección, dominó *las dos* esferas mutuamente antagónicas del reino animal. El héroe ideal de la civilización griega —preparando el camino para el cristianismo y la era del hombre moderno— liberó a la mente de su arcaica reverencia por aquellos rasgos y formas animales que habían sido tan patentes en las mitologías y religiones anteriores de Mesopotamia y Egipto. Moisés y los profetas, al fundamentar la fe judía del Antiguo Testamento, efectuaron una transformación comparable cuando combatieron resueltamente, una y otra vez, contra las recaídas de su pueblo en el culto a las divinidades locales del Mediterráneo en forma de toro, el «becerro de oro» de la Biblia, y los demás dioses animales del mundo pagano circundante. Griegos y hebreos llevaron a cabo una humanización de la esfera de lo divino, que representaba el alba de una nueva edad e iba a conducir al hombre moderno a una ruptura decisiva con la desde entonces arcaica tradición que había sido heredada por el mundo antiguo del hombre primitivo, que experimentaba en sí mismo y veneraba un parentesco intrínseco con el dominio animal.

El hombre arcaico se consideraba a sí mismo parte del mundo de la naturaleza animal y se identificaba con los rasgos y poderes más impresionantes de sus vecinos animales. La tradición celta (como podemos ver en la historia de Conn-eda, así como en la de Owain) era, en este sentido, arcaica. Y a lo largo de la Edad Media este ancestral instructor de sentimientos y creencias, hablando a través de innumerables cuentos de hadas, endechas románticas y poemas épicos de aventuras, repetía su anti-

gua lección al hombre medieval, que sufría entonces un proceso de humanización bajo la doble influencia de la fe cristiana y el ideal caballeresco, señalando el camino opuesto, el «otro» camino hacia la perfección; a saber, no el camino de matar el alma animal interior y separarse de ella, sino de convertir a ese animal a la causa humana, triunfando sobre él, de manera que pudiera servir como buen compañero en la enorme y muy difícil tarea de fraguar la unión entre los poderes humanos y extrahumanos que habitan no sólo en el cosmos, sino también en nosotros mismos. El relato artúrico del Caballero del León significa un acuerdo entre la humanidad caballeresca cristiana, tal como se simboliza en la caballería de la Mesa Redonda, y los poderes totales de la vida, tal como los representan la fuente santa y secreta (la fuente de la que manan perpetuamente todos los poderes de la vida), la Dama de la Fuente y el león real que guió y ayudó al héroe en su objetivo.

Si al animal interior lo mata una moral demasiado estricta o incluso si lo «enfría» únicamente, como dejándolo en hibernación por una mera rutina social, la personalidad consciente nunca será vivificada por las fuerzas ocultas que subyacen en ella y la sostienen oscuramente. El animal interior pide ser aceptado, que se le permita vivir con nosotros, como un singular y a menudo enigmático compañero. Aunque mudo y obstinado, conoce sin embargo mejor que nuestra personalidad consciente, y conoceríamos mejor, si fuéramos capaces de aprender a escuchar su voz confusamente audible. Esa voz es la voz y el impulso del instinto, y es lo único que nos puede rescatar de los callejones sin salida a los que nuestra personalidad consciente nos lleva de continuo mientras permanecemos envueltos en el orgullo de ser completamente humanos, al margen de todo contacto intuitivo con la fuente oculta de la vida del mundo.

Así pues, Owain es un Hombre-León diametralmente opuesto a los ideales de la tradición griega y moderna. Como símbolo de la perfección humana, lo formaron la mente y el espíritu celta, en consonancia con una actitud hacia lo demoníaco-suprahumano que claramente hace pensar en el Oriente arcaico más que en el Occidente posterior. El motivo del león negro en conjunción con la serpiente gigante sugiere también el Oriente, es-

pecialmente Siria y Mesopotamia. Y el símbolo del pozo del que mana la preciosa agua de la vida es familiar a los países cálidos del Oriente Próximo, siempre obsesionados por el miedo a la sequía y el peligro de la muerte por sed; no es una imagen inspirada, en el primer ejemplo, por el clima lluvioso de las islas británicas.

Mucho antes de la conquista romana, la vieja madre Asia cedió una parte de su abundante patrimonio mitológico a los remotos pueblos de las islas occidentales. Los fenicios, navegando desde la costa de Palestina, viajaron a través de las Puertas de Hércules y arribaron a Cornualles para explotar allí las minas de estaño, tan valiosas para las grandes civilizaciones del bronce de su tiempo. Los símbolos y cuentos de la civilización preclásica egipcio-babilónica fueron así llevados directamente hasta las poblaciones precélticas y célticas de Bretaña, Gales e Irlanda. Y aunque estos remotos dominios fueron aplastados, sucesivamente, por la invasión cristiana, luego la germánica-inglesa y la caballería normanda, oleada tras oleada, sin embargo la sabiduría anterior sobrevivió. Hasta el día de hoy, el genio de la raza celta sigue sin ser superado por ninguna otra a la hora de tejer los mágicos tapices del eterno relato mítico del corazón humano. La Europa continental estuvo encantada por su magia durante siglos, hasta el alba del Renacimiento. Y hoy llega de nuevo hasta nosotros, encantando el alma del hombre moderno (un alma muy antigua, por cierto) por medio de la poesía de William Butler Yeats, Fiona Macleod (William Sharp), John Synge y otros representantes del nuevo despertar del espíritu celta, así como a través del Parsifal artúrico y el Tristán de Richard Wagner.

Es difícil estimar el grado de comprensión con que los relatos simbólicos arcaicos fueron recibidos y reelaborados en el Medioevo, pero hay en ellos una fuerza que parecería sugerir la persistencia de una tradición consciente efectiva. No todos los poetas sabían lo que estaban haciendo, pero, sin duda, había ciertamente algunos que lo supieron. Los distintos relatos caballerescos revelan muchos signos de una derivación no del todo remota del pasado precristiano, e incluso podría decirse preuropeo.

El caballero, sir Owain, en su aventura, salva como mera prueba preliminar las dos que constituían el conjunto de la aventura de sir Gawain. En el Castillo de la Abundancia sobrevive a la tentación de la satisfacción sensual, que fue el sentido del incidente de Gawain entre las cortinas del lecho, y ante el negro Guardián del Bosque de un solo ojo desafía al terror de la muerte, que Gawain conoció cuando inclinaba su cuello bajo el hacha. La larga aventura de Owain está relacionada con un significado adicional y más elevado. Mediante un proceso de laboriosa reintegración, gradualmente vuelve a obtener lo que originalmente poseía, cuando, moviéndose como si estuviera en un sueño, recorrió el camino a la Fuente de la Vida. Realiza una armoniosa fusión de las personalidades consciente e inconsciente, la primera al tanto de los problemas y formas de controlar el mundo fenoménico visible, la segunda con la intuición de las fuentes más profundas del ser, de donde proceden perpetuamente el mundo fenoménico y su testimonio consciente. Ese estilo de vida armoniosamente integrado es la bendición que la naturaleza otorga a cada niño, de una manera preliminar, no decisiva, y que el niño en crecimiento pierde luego con el desarrollo de su individualidad autoconsciente. La novela de Owain enseña, a través de su escritura pictórica, cómo lograr de nuevo esa bendición en el nivel de la madurez, la beatitud del reino de los cielos: inocencia renacida y fuerza re-establecida según el modelo de ese estado originario de la infancia iluminada que Cristo señala como modelo para el perfecto.

